

BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual

San Juan de los Lagos, Jal.

Abril de 1999

Nº 201



4^a Visita de S.S. Juan Pablo II a México *(Puerta de América)*

Enero 22-26. 1999

SUMARIO

A) 4ª VISITA DE S.S. JUAN PABLO II A MÉXICO:

Programa de la Visita del Papa a México.....	1
1.- Palabras del presidente Ernesto Zedillo en la bienvenida	2
2. Discurso de S.S. Juan Pablo II.....	4
3. Discurso de bienvenida de Cuauhtémoc Cárdenas	6
4. Saludo del Cardenal Juan Sandoval en la firma de la Exhortación Sinodal	8
5. Saludo al Papa Juan Pablo II Card. Norberto Rivera Carrera en la Basílica	9
6. Homilía de S.S. Juan Pablo II en la Santa Misa para la Conclusión de la Asamblea Especial para América del Sínodo de los Obispos.....	11
7. Palabras del presidente Ernesto Zedillo, en los Pinos	15
8. Mensaje de S.S. Juan Pablo II al Cuerpo Diplomático	16
9. Saludo del Cardenal Norberto Rivera Carrera en el Autodromo	19
10. Homilía de S.S. Juan Pablo II en el Autodromo	21
11. Angelus en el Autodromo.....	24
12.- Mensaje de S.S. Juan Pablo II a los enfermos	25
13. Saludo del Cardenal Norberto Rivera Carrera en el Estadio Azteca	28
14. Mensaje de S.S. Juan Pablo II en el Estadio Azteca.....	30
15. Palabras del presidente Ernesto Zedillo, en la despedida	35
16. Despedida del Papa en la Ceremonia de despedida	37

B) JUBILEO 2000

Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in América.....	39
10 Lectio Divina.....	42

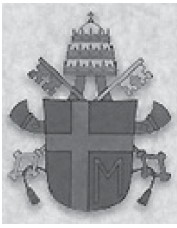
C) VARIOS:

Mensaje de la CEM antes del viaje de Su Santidad	62
Exhortación 1999 de la Región Pastoral de Occidente	66
Familia`s para las Familias.....	70
Onomásticos y Defunciones: Abril	71
Ordenaciones: Abril	72
Agenda de Abril	Contraportada

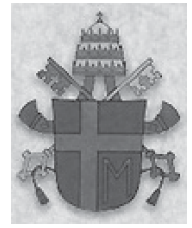


Responsable:
Equipo Diocesano
de Pastoral





Programa de la Visita del Papa a México.



Viernes, 22 de Enero

- 09.00 Salida del aeropuerto internacional Leonardo da Vinci (Fiumicino) de Roma hacia la ciudad de México.
- 15.15 Ceremonia de bienvenida en el aeropuerto internacional Benito Juárez de la Ciudad de México. *Discurso del Santo Padre.*
- 17.30 Firma de la exhortación apostólica postsinodal de la Asamblea especial para América del Sínodo de los obispos, en un salón de la nunciatura apostólica.

Sábado, día 23

- 10.00 Santa misa para la conclusión de la Asamblea especial para América del Sínodo de los obispos, en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe. *Homilía del Santo Padre.*
- 18.00 Visita de cortesía al presidente de la República en la residencia presidencial de Los Pinos. Encuentro con el Cuerpo diplomático. *Discurso del Santo Padre.*

Domingo, día 24

- 10.15 Santa misa en el autódromo Hermanos Rodríguez. *Homilia del Santo Padre.*
- Rezo del Angelus.
Palabras del Santo Padre.
- 17.45 Visita a los enfermos en el hospital Licenciado Adolfo López Mateos. *Mensaje del Santo Padre.*

Lunes, día 25

- 09.00 Santa misa en la nunciatura apostólica.
- 12.30 Encuentro con los cardenales y presidentes de las Conferencias episcopales de América, en la nunciatura apostólica.
- 17.00 Encuentro con los representantes de todas las generaciones del siglo, en el estadio Azteca. *Discurso del Santo Padre.*

Martes, día 26

- 07.00 Santa misa en privado, en la capilla de la nunciatura.
- 09.00 Ceremonia de despedida en el aeropuerto internacional Benito Juárez. *Discurso del Santo Padre.*
- 09.30 Salida hacia San Luis (Estados Unidos)

1.- Palabras del presidente Ernesto Zedillo, durante la ceremonia en la que dio la bienvenida a Su Santidad, Juan Pablo II



Hangar presidencial de la Ciudad de México.

Su Santidad, Juan Pablo II:

Con el mayor cariño, los mexicanos damos a usted la más cordial bienvenida. Nos sentimos muy contentos de que, por cuarta ocasión, visite nuestra patria. Los mexicanos sabemos que usted nunca olvidará la alegría, la emoción y la gratitud con que hace 20 años lo recibimos en la primera gira pastoral de su pontificado.

Como en cada una de las visitas de Su Santidad, lo espera un pueblo que lo quiere, lo respeta y lo admira, por traernos siempre un mensaje de paz, que es ideal supremo de la humanidad.

Los mexicanos estamos orgullosos de que nuestro país siempre haya defendido la paz entre las naciones; de que México nunca haya sido una nación expansionista ni agresora; y de que siempre haya dado refugio a los perseguidos.

La visita de Su Santidad nos alegra profundamente, pues usted representa el afán de justicia que debe estar en el corazón de cada ser humano y que debe guiar la tarea diaria de toda persona y toda sociedad.

Su visita será un gran aliento para los mexicanos, pues usted siempre ha llamado a la unidad que debe hermanarnos a todos.

Unidos los mexicanos lo recibimos con júbilo y esperanza, pues usted siempre ha exaltado el valor de la solidaridad que nos mueve a ayudarnos unos a



otros, a sumar voluntades, a que cada uno se sienta más fuerte, apoyado en la fortaleza de todos.

Recibe a Su Santidad, un pueblo que sufre carencias en lo material, pero que tiene una inmensa

riqueza espiritual. Esa riqueza espiritual nutre el esfuerzo y la perseverancia del pueblo de México para multiplicar las oportunidades, disminuir las desigualdades que tanto nos lastiman y lograr una vida digna para todos.

Recibe a Su Santidad, un pueblo que con entera convicción está edificando una democracia fundada en la ley, el respeto a los derechos humanos, el diálogo y la participación ciudadana.

El pueblo mexicano está orgulloso de ser mezcla de razas, lenguas y culturas; está orgulloso de que, siendo la segunda nación con mayor población católica en el mundo, en nuestro territorio convivan libre y fraternalmente hombres y mujeres de distintas religiones y creencias.

Su Santidad podrá comprobar que el pueblo mexicano mira con confianza hacia el porvenir, porque cuenta con el ímpetu noble y generoso de los jóvenes y sabe guardar respeto a sus mayores; porque tiene el ejemplo de responsabilidad y ternura de las mujeres; y cuenta con la fuerza moral de las familias.

Los mexicanos tenemos confianza en el porvenir, porque nos estimula la entereza y el afán de

superación de quienes son afectados por alguna discapacidad, y porque aprendemos de la dignidad de nuestras comunidades indígenas y nos apremia a saldar la deuda de justicia que tenemos con ellas.

Los mexicanos recibimos a Su Santidad con una muy especial gratitud, porque sabemos que ha escogido nuestra tierra para dar un mensaje de paz, esperanza y concordia que aguarda toda América.

En esta visita pastoral háganos favor de pronunciar su palabra, que será escuchada y muy apreciada por todos; pero también háganos favor de disfrutar nuestros colores, nuestros sabores, nuestros cantos.

De manera especial, le pedimos que disfrute el fervor religioso, la devoción guadalupana, el amor y la alegría de los católicos mexicanos.

Sus palabras darán dicha y fortaleza de ánimo, a todo hombre y toda mujer de buena voluntad.

Por eso quiero decir a Su Santidad, en nombre de millones y millones de mexicanos, que lo recibimos con el corazón en la mano.

Su Santidad, Juan Pablo II, sea bienvenido a su muy amado y su muy hermoso México; sea muy bienvenido a su México amigo.



2. Discurso de S.S. Juan Pablo II

**Aeropuerto Internacional
Benito Juárez de Ciudad de México**
22 de enero de 1999



Señor Presidente de la República
Señores Cardenales y Hermanos en el episcopado
Amadísimos hermanos y hermanas de México

1. Como hace veinte años, llego hoy a México y es para mi causa de inmenso gozo encontrarme de nuevo en esta tierra bendita, donde Santa María de Guadalupe es venerada como Madre querida. Igual que entonces y en las dos visitas sucesivas, vengo cual apóstol de Jesucristo y sucesor de San Pedro a confirmar en la fe a mis hermanos, anunciando el Evangelio a todos los hombres y mujeres. En esta ocasión, además, esta Capital va a ser lugar de un encuentro privilegiado y excepcional por una cita histórica: junto con Obispos de todo el continente americano presentaré mañana en la Basílica de Guadalupe los frutos del Sínodo que hace más de un año se celebró en Roma.

Los Obispos de América trazaron entonces los rasgos fundamentales de la acción pastoral del futuro que, desde la fe que compartimos, deseamos responda en plenitud al plan salvífico de Dios y a la dignidad del ser humano en el marco de las sociedades justas, reconciliadas y abiertas en un proceso técnico que sea convergente con el necesario progreso moral. Tal es la esperanza de los Obispos y de los fieles que expresan su fe católica en español, inglés, portugués, francés o en las múltiples lenguas propias de las culturas indígenas, que representan las raíces de este continente de la esperanza.

Esta tarde, en la sede de la Nunciatura, tendré el gozo de firmar la exhortación apostólica en la que he recogido las ideas y las propuestas expresadas por el episcopado de América.

A través de la Evangelización de la Iglesia quiere revelar mejor su identidad: estar más próxima a

Cristo y a su Palabra, manifestarse auténtica y libre de condicionamientos mundanos, ser mejor servidora del hombre desde una perspectiva evangélica, ser fermento de unidad y no de división de la humanidad que se abre a nuevos, dilatados y aún no bien perfilados horizontes.

2. Me complace saludar ahora al licenciado Ernesto Zedillo Ponce de León, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, agradeciéndole las amables palabras que ha querido dirigirme para darme la bienvenida. En su persona Señor Presidente, saludo a todo el pueblo mexicano, este noble y querido pueblo que trabaja, reza y camina en busca de un futuro siempre mejor en las amplias llanuras de Sonora o de Chihuahua, en las selvas tropicales de Veracruz o de Chiapas, en los hacendados centros industriales de nuevo León o de Coahuila, a los pies de los grandes volcanes que emergen de los serenos valles de Puebla y de México, en los acogedores pueblos del Atlántico y del Pacífico. Saludo también a los millones de mexicanos que viven y trabajan más allá de las fronteras patrias. Siendo éste un viaje con un matiz continental, saludo también a todos los que de un modo y otro están siguiendo estos actos.

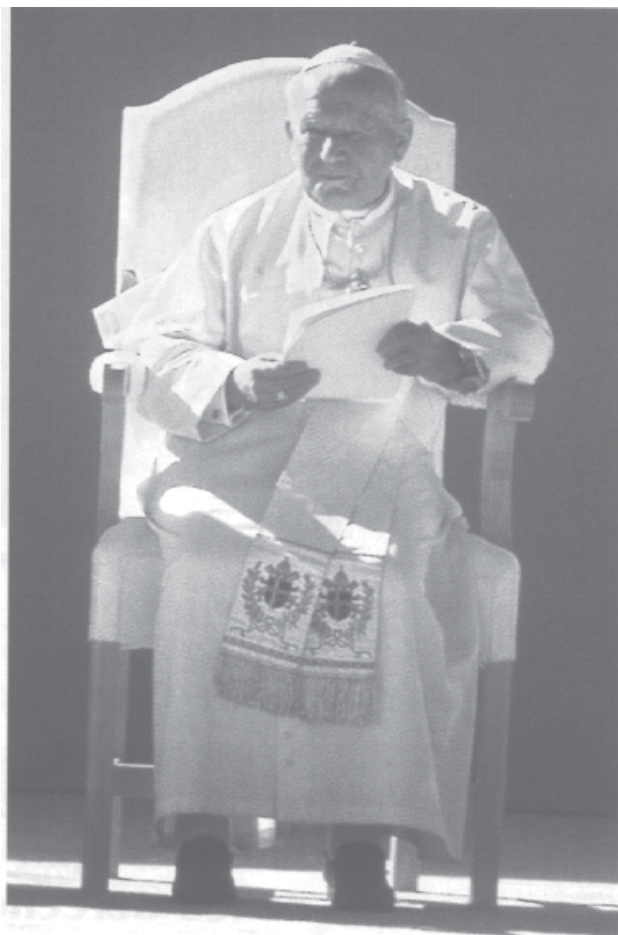
Saludo entrañablemente a mis hermanos en el Episcopado, en particular al Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo Primado de México, al Presidente y miembros de la Conferencia del Episcopado Mexicano, así como a los demás obispos que han venido de otros países para participar en los actos de esta Visita Pastoral y de este modo renovar y fortalecer los estrechos vínculos de comunión y afecto entre todas las Iglesias particulares del Continente americano. En este saludo mi corazón se abre también con gran afecto a los queridos sacerdo-

tes, diáconos, religiosos, religiosas, catequistas y fieles, a los que me debo en el Señor. Quiera Dios que esta visita que hoy comienza sirva de ánimo a todos en el generoso esfuerzo por anunciar a Jesucristo con renovado ardor al nuevo milenio que se acerca.

3. El pueblo mexicano, desde que me acogió hace veinte años con los brazos abiertos y lleno de esperanza, me ha acompañado en muchos de los caminos recorridos. He encontrado mexicanos en las audiencias generales de los miércoles y en los grandes acontecimientos que la Iglesia ha celebrado en Roma y en otros lugares de América y del mundo. Aún resuenan en mis oídos los saludos con que siempre me acogen: ¡México Siempre Fiel y siempre presente!

Llego a un país donde la fe católica sirvió de fundamento al mestizaje que transformó la antigua pluralidad étnica y antagónica en unidad fraternal y de destino. No es posible, pues, comprender a México sin la fe traída desde España a estas tierras por los doce primeros franciscanos y cimentada más tarde por dominicos, jesuitas, agustinos y otros predicadores de la palabra salvadora de Cristo. Además de la obra evangelizadora, que hace del catolicismo parte integrante y fundamental del alma de la nación, los misioneros dejaron profundas huellas culturales y prodigiosas muestras de arte que son hoy motivo de legítimo orgullo para todos los mexicanos y rica expresión de su civilización.

Llego a un país cuya historia recorren, como ríos a veces ocultos y siempre caudalosos, realidades que unas veces se encuentran y otras revelan sus diferencias complementarias, sin jamás confundirse del todo: la antigua y rica sensibilidad de los pueblos indígenas que amaron Juan de Zumarraga y Vasco de Quiroga, a quienes muchos de esos pueblos siguen llamando padres, el cristianismo arrai-



gado en el alma de los mexicanos; y la moderna racionalidad de corte europeo, que tanto ha querido enaltecer la independencia y la libertad. Sé que no son pocas las mentes clarividentes que se esfuerzan en que estas corrientes de pensamiento y de cultura consigan conjugar mejor sus caudales mediante el diálogo, el desarrollo sociocultural y la voluntad de construir un futuro mejor.

Vengo a ustedes, mexicanos de todas las clases y condiciones sociales, y a ustedes hermanos del Continente americano, para saludarles en nombre de Cristo: Dios que se hizo hombre para que todos los hombres pudieran tomar conciencia de su llamada a la filiación divina en Cristo.

Junto con mis hermanos obispos de México y de toda América vengo a postrarme ante la tilma del Beato Juan Diego. Pediré a Santa María de Guadalupe, al final de un milenio fecundo y atormentado, que el próximo sea un milenio en el que en México, en América y en el mundo entero se abran vías seguras de fraternidad y de paz que en Jesucristo puedan encontrar bases seguras y espaciosos caminos de progreso. Con la paz de Cristo deseo a los mexicanos éxito en la búsqueda de la concordia entre todos, ya que constituyen una gran Nación que los hermana.

4. Sintiéndome ya postrado ante la Morenita del Tepeyac, Reina de México y Emperatriz de América, desde este momento encomiendo a sus maternos cuidados los destinos de esta nación y de todo el Continente. Que el nuevo siglo y el nuevo milenio favorezcan un renacer general bajo la mirada de Cristo, vida y esperanza nuestra, que nos ofrece siempre los caminos de fraternidad y de sana convivencia humana. Que Santa María de Guadalupe ayude a México y América a caminar unidos por esas sendas seguras y llenas de luz.

3. Discurso de bienvenida de Cuauhtémoc Cárdenas

Jefe de Gobierno del Distrito Federal. al Papa Juan Pablo II:

Tenerlo una vez más en esta tierra. Vino usted la primera ocasión, en los primeros meses de su Pontificado, que recientemente cumplió los 20 años. De entonces para acá, muchos cambios han tenido lugar en el mundo, en México y en esta Capital. Terminó el enfrentamiento bipolar de las potencias, aunque no acaban todavía las guerras. Se han fortalecido los esfuerzos de integración económica y política entre naciones, en todos los continentes.



Los modelos económicos dominantes han mostrado su incapacidad para resolver los problemas de las grandes mayorías de la población: elevar las condiciones de vida, generar empleo, garantizar educación y salud. A resultados de eso, se generaliza la toma de conciencia sobre el lugar principalísimo, que en las políticas públicas, deben ocupar las cuestiones de la gente. México, en estas dos décadas, ha vivido también y vive todavía, tiempos de

transformaciones profundas. Como en muchas otras partes, la imposición en este periodo de políticas económicas antisociales ha tenido como consecuencia el deterioro sostenido de los ingresos de la mayor parte de la población, el aumento constante del número de mexicanos en la pobreza, el crecimiento de la desocupación, una concentración sin precedente de la riqueza en unas cuantas manos, así como la penetración de la corrupción y las compli-

cidades del crimen en tejidos vitales de la nación. Esta situación por otro lado, ha impulsado a la gente para organizarse mejor social y políticamente, a exigir con mayor fuerza el respeto a sus derechos y la consolidación de cambios, que ya son importantes para ampliar los espacios de vida democrática.

Hoy se da una mayor participación en las decisiones, existe un amplio e intenso debate político, y se tiene una clara conciencia de transformaciones importantes que están aun por realizarse. Esta ciudad, en este tiempo, ha contribuido en forma decisiva en la realización de los cambios que son, a un tiempo, sociales, culturales y de moral

publica. Ahora bien, en la Nación Mexicana, por razones evidentes, son muy amplias y decisivas la presencia y las contribuciones, incluso con sus confrontaciones de la Iglesia Católica.

En el mundo secularizado de hoy es posible advenir, ya sin las pasiones de otras épocas, el significado de la cultura religiosa, en la formación de los valores del humanismo que identifican pueblo y nación. En la vida cultural, en nuestro patrimo-

nio arquitectónico y pictórico se localizan los legados intelectuales y materiales de hombres y mujeres de la Iglesia Católica. Ahí están Bartolomé de las Casas, quien defendió los derechos de los indios y los tuvo en su igualdad con otros hombres de otros continentes y otras civilizaciones. Vasco de Quiroga, Tata Vasco, el primer Obispo de Michoacán, que en sus hospitales llevara a la práctica la utopía humanista. Ahí están también, desde Alonso de la Veracruz, Bernardino de Sahagún, Francisco Javier Clavijero, Diego José Abad y Sor Juana Inés de la Cruz, hasta Alfonso Méndez Plancarte y Angel María Garibay, que tanto aportaron al conocimiento del país y sus recursos, a su educación, al desarrollo de las ciencias, la literatura y la poesía.

Y ahí están *las* grandes figuras que se entregaron a la lucha por la libertad de la nación. Sacerdotes, que en su Ministerio conocieron y compartieron las angustias los sufrimientos y las exclusiones de un pueblo oprimido y explotado, como Fray Servando Teresa de Mier, el Cura Miguel Hidalgo, que enarbolando el pendón con la Virgen de Guadalupe dio el grito de independencia y José María Morelos, el Siervo de la nación, quien aportó el mayor contenido social a aquella lucha. En todos ellos y en muchos más, la fe resultó una componente esencial de su acción.

En esta ciudad, abundan los signos de la Iglesia Católica en las iglesias y edificios religiosos. En sitios principales de encuentro e identificación de la población, en su historia, en sus tradiciones, danzas y festividades, y muy especialmente en el culto Guadalupano que son todos ellos, componentes básicos de las manifestaciones de fe y de la convivencia de la sociedad. Por las múltiples razones de un planeta tan populoso y tan irremediamente diverso, su Pontificado ha sido muy distinto a los anteriores.

Sus visitas pastorales han alcanzado todos los rincones del planeta, han sido determinantes sus

enérgicas denuncias de la opresión y las injusticias sociales, y se destaca el acercamiento de la Iglesia Católica con otros cleros, con los judíos, por ejemplo, y los cristianos no católicos, invitados al diálogo que contribuya a la paz entre hombres y mujeres de buena voluntad. En su pensamiento, expresado en su ir y venir por el mundo, figura una insistencia, la necesidad que el desarrollo eleve la calidad de vida de la gente y que los estados recuperen ampliadas, sus responsabilidades sociales.

Dijo usted en Puebla, ante los Obispos y Cardenales del continente. aquellos sobre los cuales recae

la responsabilidad y la vida pública de los estados y naciones, deberán comprender que la paz interna y la paz internacional sólo estará asegurada si tiene vigencia un sistema social y económico basado sobre la justicia. Cuando Paulo VI declaraba -decía usted- que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, tomaba en consideración los mecanismos, que por encontrarse impregnados no de auténtico humanismo, sino de materialismo, producen a nivel internacional ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres. No hay regla económica capaz de cambiar por sí misma estos mecanismos. hay que apelar en la vida interna-

cional a los principios de la ética, a las exigencias de la justicia, al mandamiento primero que es el Amor.

Hay que darle la primacía a lo moral, a lo espiritual, a lo que nace de la verdad plena sobre el hombre. Es un honor para esta ciudad, para su gente y su gobierno, tenerlo hoy entre nosotros. Me es a mí particularmente satisfactorio, en nombre de los habitantes de esta capital, a quienes creo interpretar en sus sentidos y a usted y su visita y del gobierno de la ciudad de México, entregarle las llaves de la ciudad, que le ha abierto sus puertas y lo declara huésped distinguido.

El gesto simbólico es también la disposición amistosa y permanente. le deseamos a usted la más grata de las estancias en esta ciudad capital.



Esta es la llave que el gobierno del Distrito Federal entregó a su Santidad

4. Saludos del Cardenal Juan Sandoval en la firma de la Exhortación

Nunciatura Apostólica

Santo Padre:

Sea usted bienvenido a estas tierras de América y de México, cuyos habitantes han estado guardando su visita con ilusión y esperanza, porque saben que su presencia y su palabra son una bendición. Al estar con nosotros el Vicario de Cristo es el mismo Cristo quien nos visita. Le saludamos los obispos, pastores de estas comunidades, y le traemos el saludo afectuoso de muchos de nuestros sacerdotes, religiosos y laicos, que al no poderse acercar personalmente, nos han pedido que le digamos que lo aman en Cristo y que esperan los bendiga y pida por sus necesidades.

Su Santidad tiene una cita con los pueblos de este continente para entregarles los frutos del Sínodo de América en el documento postsinodal. Tiene una cita con Nuestra Señora de Guadalupe en su santuario del Tepeyac, así se lo sugirieron los padres sinodales y usted lo aceptó de buena gana. Por ello en la misa de clausura del Sínodo se comprometió con la Virgen de Guadalupe a venir a visitarla a su santuario.

El Sínodo de América es obra de usted, Santo Padre, que lo sugirió, lo convocó y lo presidió, como parte muy importante de la preparación para el gran jubileo del 2000. Estamos prestos a recibir con actitud de fe y apertura de corazón el documento postsinodal, avalado por la autoridad pontificia, sabiendo que



la voz de Pedro es la del mismo Cristo.

Ya desde ahora nos comprometemos, asistidos por la fuerza del Espíritu Santo y guiados de la mano de María, a poner en práctica sus orientaciones en el trabajo pastoral en favor de nuestras comunidades y a participar así en el empeño común de la nueva evangelización a la que usted a convocado a toda la Iglesia en los umbrales del tercer milenio del cristianismo. Cristo viviente nos pide convertirnos, vivir la comunión de fe y de caridad en el ámbito de la Iglesia y ser solidarios unos

con otros, para encontrar en él solución a los muchos problemas de orden espiritual y social que nos aquejan y sobre todo encontrar nuestro camino hacia el Padre.

Su Santidad, estamos ya desde ahora pendientes de su palabra, que nos invita a una mayor fidelidad en nuestras vidas y a una acción pastoral generosa en este continente mayoritariamente cristiano de América, esperanza del futuro de la Iglesia.



5. Saludo al Papa Juan Pablo II

Basílica de Guadalupe

Cardenal Norberto Rivera Carrera. Arzobispo de México



Padre Santo:

Hace veinte años iniciaba su pontificado como misionero de la Palabra y como mensajero itinerante de la paz en este suelo mexicano. Desde entonces Su Santidad imprimió algunas características al papel fundamental del Sucesor de Pedro, como es el confortar, a través de la redondez de la tierra, y tener el corazón abierto a las multitudes sedientas de una palabra creíble de paz, de libertad, de justicia, de respeto a los derechos humanos y sobre todo de amor misericordioso.

«El Papa debe tener una geografía universal», pronunció Su Santidad en una ocasión. Y ahora, después de haber caminado todas las latitudes del mundo y de haberse impregnado de todas las geografías, vuelve a esta tierra con un corazón henchido con el amor a los hombres.

Se han conjuntado hoy, Santísimo Padre, dos hechos misteriosos: viene el Papa a Guadalupe y también América llega en sus obispos a arrodillarse ante Jesús, cubiertos por la presencia morena de la Virgen del Tepeyac. ¡América y el Papa, bajo la mirada siempre dulce y tierna de esta Reina de México y Emperatriz de América! Hace veinte años Su Santidad se enamoró de Ella, y Ella, María, lo condujo a roturar los campos del mundo y a sembrar por todas partes el Rostro de Dios.

El hombre y la vida del hombre, la familia y los más pobres y desprotegidos, los jóvenes, especialmente los que viven en situación de riesgo, han sido la consigna y la bandera de su Pontificado. Sus palabras y los ecos de los ecos de sus palabras han llegado a los confines del mundo. Y hoy estamos muy contentos y agradecidos por su presencia entre nosotros, porque, desde el dolor, el cansancio y la cruz, quiere entregar personalmente a sus hijos y hermanos en el Episcopado la Exhortación apostólica «Ecclesia in America», fruto de la comunión eclesial y del afecto colegial de los Obispos de América con el Sucesor de Pedro, fruto del encuentro de los Pastores de este Continente con el Señor





resucitado que nos conduce a la conversión, la comunión y la solidaridad en América. Y nos la entrega aquí, en esta Basílica de nuestros amores, en este momento, centro de toda la ancha América. Padre Santo, María de Guadalupe y Juan Diego saben de misiones, pues ellos fueron los principales Misioneros por quienes los moradores de estas tierras recibimos la fe en Jesucristo.

En este momento absurdo del mundo, en este «hoy» de la desesperanza y de la injusticia, cuando América, «el Continente de la esperanza» se debate entre la corrupción y la violencia, y nos angustiamos, me parece oír resonar en este recinto la voz de Ella, salida de sus labios de rosas: «¿Acaso no estoy yo aquí, yo que tengo el honor de ser tu Madre? ¿Acaso no estás bajo mi sombra, bajo mi amparo? ¿Acaso no soy la fuente de tu alegría? ¿Qué no estás en mi regazo, en el cruce de mis brazos? Y todos, Santidad, entendemos que María está con nosotros y que saldremos de aquí con la frescura de sus



palabras en nuestros corazones. La «Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive», impulsó a nuestros misioneros, padres antiguos de nuestra fe; Ella impulsa la Barca de la Iglesia en medio de las borrascas; por Ella, América está aquí y ahora, esperando la palabra de Pedro, la palabra de Aquél en quien Pedro siempre ha confiado: «Señor, ¿a quién iremos?, sólo tú tienes palabra de vida eter-

na». Ella nos impulsará, a todos los Agentes de Pastoral de América, a proclamar con imaginación y valentía el Evangelio de Salvación que Su Santidad nuevamente nos propone. La Señora del Cielo hará que una nueva primavera de fe haga florecer nuestro continente. Nace un milenio... reafirmamos la fe en Cristo esperanza de América.



Beatísimo Padre: un gozo inmenso nos invade, y en este gozo interior, ponemos nuestros corazones en su corazón; nuestra geografía americana, en las inmensas llanuras de amor del Papa. Y todos a una le damos las gracias por su presencia en el Tepeyac y le pedimos que siga guardando, para siempre, en su corazón, las manos, el manto, el bello rostro de la Morenita y el verdadero Sol de Justicia que trae en su seno e ilumina todo su cuerpo, también lleve consigo la fe y la adhesión que la Santa Señora ha sabido inculcarnos para los que son «Representantes de nuestro Señor».

6. Homilía de S.S. Juan Pablo II en la Santa Misa para la Conclusión de la Asamblea Especial para América del Sínodo de los Obispos

Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe,
23 de enero de 1999

Amados hermanos en el Episcopado y en el Sacerdocio. Queridos hermanos y hermanas en el Señor:

1 . «Al llegar la plenitud de los tiempos, Dios mandó a su hijo, nacido de mujer» (*Gál 4,4*). ¿Qué

es la plenitud de los tiempos? Desde la perspectiva de la historia humana la plenitud de los tiempos es una fecha concreta. Es la noche en que el Hijo de Dios vino al mundo en Belén, según lo anunciado por los profetas, como hemos escuchado en la primera lectura: «el Señor mismo va a daros una



señal: He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel» (Is 7,14). Estas palabras pronunciadas muchos siglos antes, se cumplieron en la noche en que vino al mundo el Hijo concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen María.

El nacimiento de Cristo fue precedido por el anuncio del ángel Gabriel. Después, María fue a la casa de su prima Isabel para ponerse a su servicio. Nos lo ha recordado el Evangelio de Lucas, poniendo ante nuestros ojos el insólito y profético saludo de Isabel y la espléndida respuesta de María: «Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se llena de júbilo en Dios mi Salvador» (1,46-47). Estos son los acontecimientos a los que se refiere la liturgia de hoy.

2. La lectura de la Carta a los Gálatas, por su parte, nos revela la dimensión divina de esta plenitud de los tiempos. Las palabras del apóstol Pablo resumen toda la teología del nacimiento de Jesús, con la que se esclarece al mismo tiempo el sentido de dicha plenitud. Se trata de algo extraordinario: Dios ha entrado en la historia del hombre. Dios, que es en sí mismo el misterio insondable de la vida; Dios, que es Padre y se refleja a sí mismo desde la eternidad en el Hijo, consustancial a Él y por el que fueron hechas todas las cosas (cf. Jn 1, 13); Dios, que es unidad del Padre y del Hijo en el flujo de amor eterno que es el Espíritu Santo.

A pesar de la pobreza de nuestras palabras para expresar el misterio inenarrable de la Trinidad, la verdad es que el hombre, desde su condición temporal, ha sido llamado a participar de esta vida divina. El Hijo de Dios nació de la Virgen María para otorgarnos la filiación divina. El Padre ha infundido en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, gracias al cual podemos decir «Abbá, Padre» (cf. Gál 4,6). He aquí, pues, la plenitud de los tiempos, que colma toda aspiración de la historia y de la humanidad: la revelación del misterio de Dios, entregado al ser humano mediante el don de la adopción divina.

3. La plenitud de los tiempos a la que se refiere el Apóstol está relacionada con la historia humana. En cierto modo, al hacerse hombre, Dios ha entrado en nuestro tiempo y ha transformado nuestra historia en historia de salvación. Una historia que abarca todas las vicisitudes del mundo y de la humanidad, desde la creación hasta su final, pero que se desarrolla a través de momentos y fechas importantes. Una

de ellas es el ya cercano año 2000 desde el nacimiento de Jesús, el año del Gran Jubileo, al que la Iglesia se ha preparado también con la celebración de los Sínodos extraordinarios dedicados a cada Continente, como es el caso del celebrado a finales de 1997 en el Vaticano.

4. Hoy en esta Basílica de Guadalupe, corazón mariano de América, damos gracias a Dios por la Asamblea especial para América del Sínodo de los Obispos —auténtico cenáculo de comunión eclesial y de afecto colegial entre los Pastores del Norte, del Centro y del Sur del Continente— vivida con el Obispo de

Roma como experiencia fraterna de encuentro con el Señor resucitado, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América.

Ahora, un año después de la celebración de aquella Asamblea sinodal, y en coincidencia también con el centenario del Concilio Plenarío de la América Latina que tuvo lugar en Roma, he venido aquí para poner a los pies de la Virgen mestiza del Tepeyac, Estrella del Nuevo Mundo, la Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, que recoge las aportaciones y sugerencias pastorales de dicho Sínodo, confiando a la Madre y Reina de este Continente el futuro de su evangelización.

5. Deseo expresar mi gratitud a quienes, con su trabajo y oración, han hecho posible que aquella Asamblea sinodal reflejara la vitalidad de la fe católica en América. Así mismo, agradezco a esta Arquidiócesis Primada de México y a su Arzobispo, el Cardenal Norberto Rivera Carrera, su cordial acogida y generosa disponibilidad. Saludo con afecto al nutrido grupo de Cardenales y Obispos que han



venido de todas las partes del Continente y a los numerosísimos sacerdotes y seminaristas aquí presentes, que llenan de gozo y esperanza el corazón del Papa. Mi saludo va más allá de los muros de esta Basílica para abrazar a cuantos, desde el exterior, siguen la celebración, así como a todos los hombres y mujeres de las diversas culturas, etnias y naciones que integran la rica y pluriforme realidad americana.

(lengua portuguesa)

6. «Bem-aventurada és tu que creste, pois se ha de cumprir as coisas que da parte do Senhor te foram ditas» (Lc 1,45). Estas palavras que Isabel dirige a Maria, portadora de Cristo em seu seio, podem-se aplicar também a Igreja neste Continente. Bem-aventurada és tu, Igreja na América, que, acolhendo a Boa Nova do Evangelho, geraste à fé numerosos povos! Bem-aventurada por crer, bem-aventurada por esperar, bem-aventurada por amar, porque a promessa do Senhor se cumprirá! Os heróicos esforços missionários e a admirável gesta evangelizadora destes cinco séculos não foram em vão. Hoje podemos dizer que, graças a isso, a Igreja na América é a Igreja da Esperança. Basta ver o vigor de sua numerosa juventude, o valor excepcional que se dá à família, o florescimento das vocações sacerdotais e de consagrados e consagradas, sobretudo, a profunda religiosidade dos seus povos. Não esqueçamos que no próximo milênio, já iminente, a América será o continente com o maior número de católicos.

(en lengua francesa)

7. Toutefois, comme les Pères synodaux l'ont souligné, si l'Église en Amérique connaît bien des motifs de se réjouir, elle est aussi confrontée à des graves difficultés et à d'importants défis. Devons-nous pour autant nous décourager? En aucune manière: «Jésus Christ est le Seigneur» (Phil 2,11). Il a vaincu le monde et Il a envoyé son Esprit Saint pour faire toutes choses nouvelles. Serait-il trop ambitieux d'espérer que, après cette Assemblée

synodale —le premier Synode américain de l'histoire— se développe sur ce continent majoritairement chrétien une manière plus évangélique de vivre et de partager? Il existe bien des domaines dans lesquels les communautés chrétiennes du Nord, du Centre et du Sud de l'Amérique peuvent manifester leurs liens fraternels, exercer une solidarité réelle et collaborer à des projets pastoraux communs, chacune apportant les richesses spirituelles et matérielles dont elle dispose.

(en lengua inglesa)

8. The Apostle Paul teaches us that in the fullness of time God sent his Son, born of a woman, to redeem us from sin and to make us his sons and daughters. Accordingly, we are no longer servants but children and heirs of God (cf. Gal 4:4-7). Therefore, the Church must proclaim the Gospel of life and speak out with prophetic force against the culture of death. May the

Continent of Hope also be the Continent of life! This is our cry: life with dignity for all! For all who have been conceived in their mother's womb, for street children, for indigenous peoples and Afro-Americans, for immigrants and refugees, for the young deprived of opportunity, for the old, for those who suffer any kind of poverty or marginalization.

Dear brothers and sisters, the time has come to banish once and for all from the Continent every attack against life. No more violence, terrorism and drug-trafficking! No more torture or other forms of abuse! There must be an end to the unnecessary recourse to the death penalty! No more exploitation of the weak, racial discrimination or ghettos of poverty! Never again! These are intolerable evils which cry out to heaven and call Christians to a different way of living, to a social commitment more in keeping with their faith. We must rouse the consciences of men and women with the Gospel, in order to highlight their sublime vocation as children of God. This will inspire them to build a better America. As a matter of urgency, we must stir up a



new springtime of holiness on the Continent so that action and contemplation will go hand in hand.

(en lengua castellana)

9. Quiero confiar y ofrecer el futuro del Continente a María Santísima, Madre de Cristo y de la Iglesia. Por eso, tengo la alegría de anunciar ahora que he declarado que el día 12 de diciembre en toda América se celebre a la Virgen María de Guadalupe con el rango litúrgico de fiesta.

Oración:

¡Oh Madre! tú conoces los caminos que siguieron los primeros evangelizadores del Nuevo Mundo, desde la isla Guanahaní y La Española hasta las selvas del Amazonas y las cumbres andinas, llegando hasta la tierra del Fuego en el Sur y los grandes lagos y montañas del Norte. Acompaña a la Iglesia que desarrolla su labor en las naciones americanas, para que sea siempre evangelizadora y renueve su espíritu misionero. Alienta a todos aquellos que dedican su vida a la causa de Jesús y a la extensión de su Reino.

¡Oh dulce Señora del Tepeyac, Madre de Guadalupe! Te presentamos esta multitud incontable de fieles que rezan a Dios en América. Tú que has entrado dentro de su corazón, visita y conforta los hogares, las parroquias y las diócesis de todo el

Continente. Haz que las familias cristianas eduquen ejemplarmente a sus hijos en la fe de la Iglesia y en el amor del Evangelio, para que sean semillero de

vocaciones apostólicas. Vuelve hoy tu mirada sobre los jóvenes y animales a caminar con Jesucristo.

¡Oh Señora y Madre de América! Confirma la fe de nuestros hermanos y hermanas laicos, para que en todos los campos de la vida social, profesional, cultural y política actúen de acuerdo con la verdad y la ley nueva que Jesús ha traído a la hu-

manidad. Mira propicia la angustia de cuantos padecen hambre, soledad, marginación o ignorancia. Haznos reconocer en ellos a tus hijos predilectos y danos el ímpetu de la caridad para ayudarlos en sus necesidades.

¡Virgen Santa de Guadalupe, Reina de la Paz! Salva a las naciones y a los pueblos del Continente. Haz que todos, gobernantes y ciudadanos, aprendan a vivir en la auténtica libertad, actuando según las exigencias de la justicia y el respeto de los derechos humanos, para que así se consolide definitivamente la paz.

¡Para ti, Señora de Guadalupe, Madre de Jesús y Madre nuestra, todo el cariño, honor, gloria y alabanza continua de tus hijos e hijas americanos! Amén.



7. Palabras del presidente Ernesto Zedillo, durante la recepción que le ofreció a S. S. Juan Pablo II,

Residencia oficial de Los Pinos.

Doy a usted la bienvenida a esta Residencia Oficial de los Pinos, que es casa de todos los mexicanos.

Hoy las puertas de esta casa se han abierto a niños y jóvenes de toda la República, a hombres y mujeres de toda condición, a familias unidas por su amor a México y por su fe en el mensaje de paz de Su Santidad.

Quienes se han congregado aquí para recibirle a usted, con miembros de familias unidas por altos valores, hondamente arraigados en los hogares mexicanos. Algunos proceden de colonias populares donde los retos de cada día se superan con trabajo, entusiasmo y solidaridad; otros proceden de comunidades indígenas donde se viven con orgullo las raíces más profundas de nuestra cultura y se trabaja en concordia y con esperanza fundada por un futuro de oportunidades y justicia. Todos están aquí para expresar el respeto y el cariño que sienten por Su Santidad.



Estas mexicanas y estos mexicanos están aquí, contentos y alentados por el exhorto que hoy ha hecho Su Santidad, desde la Basílica de Guadalupe, para que todos nos propongamos hacer del próximo milenio una época de fraternidad, equidad y solidaridad entre los hombres y mujeres de este Continente, entre los hombres y mujeres de todo el mundo.

Quienes nos acompañan comparten el júbilo y el agradecimiento de los Católicos mexicanos por el anuncio de Su Santidad, de que el 12 de diciembre será, desde ahora, día de fiesta de la Iglesia Católica en toda nuestra América.

Estas mexicanas y estos mexicanos han querido estar aquí para hacer sentir a Su Santidad la alegría de tenerlo en nuestro país, nuestra capital, en nuestra casa.

Sea usted muy bienvenido a ésta, que es su casa.

8. Mensaje de S.S. Juan Pablo II

Encuentro con el Cuerpo Diplomático

Señor Presidente de la República,
Excelentísimos Embajadores y Jefes de Misión,
Distinguidas Señoras y Señores:

1. Estoy muy agradecido al Señor Presidente, Licenciado Ernesto Zedillo Ponce de León, por sus amables palabras al introducirme ante los Jefes de Misión diplomática acreditados en México. El presentarlos al Papa en ésta su residencia oficial de Los Pinos es un deferente gesto que aprecio muy cordialmente.

En el marco de esta visita pastoral, me es muy grato encontrarme con Ustedes, que tienen la responsabilidad de las relaciones de sus respectivos Estados con México, fortaleciéndolas desde el diálogo y la cooperación, a la vez que atestiguan la importancia de esta Nación en el mundo. Representan, además, a la comunidad internacional con la que la Santa Sede mantiene antiguas y sólidas relaciones, que confirman una tradición secular que cada día adquiere nuevo vigor.

2. Vivimos en un mundo que se presenta complejo y a la vez unitario; se hacen más cercanas entre sí las diversas comunidades que lo confor-

man y son más extensos y rápidos los sistemas financieros y económicos de los que dependen el desarrollo integral de la humanidad. Esta creciente interdependencia conduce a nuevas etapas de progreso, pero también tiene el peligro de limitar gravemente la libertad personal y comunitaria,

propia de toda vida democrática. Por ello es necesario favorecer un sistema social que permita a todos los pueblos participar activamente en la promoción de un progreso integral, o de lo contrario no pocos de esos pueblos podrían verse impedidos de alcanzarlo.

El progreso actual, sin parangón en el pasado, debe permitir a todos los seres humanos

asegurar su dignidad y ofrecerles mayor conciencia de la grandeza de su propio destino. Pero, al mismo tiempo, expone al hombre -tanto al más poderoso como al más frágil social y políticamente- al peligro de convertirse en un número o en un puro factor económico (cf. Centesimus annus, 49). En esta hipótesis, el ser humano podría perder progresivamente la conciencia de su valor



transcendente. Esta conciencia -unas veces clara y otras implícita- es la que hace al hombre distinto de todos los demás seres de la naturaleza.

3. La Iglesia, fiel a la misión recibida de su Fundador, proclama incansablemente que la persona humana ha de ser el centro de todo orden civil y social, y de todo sistema de desarrollo técnico y económico. La historia humana no puede ir contra el hombre. Ello equivaldría a ir contra Dios, cuya imagen viviente es el hombre, incluso cuando es deformada por el error o la prevaricación.

Esta es la convicción que la Iglesia quiere poner sobre la mesa de las Naciones Unidas o en el diálogo amistoso que mantiene con Ustedes, miembros del Cuerpo Diplomático, y con las autoridades que representan en los diversos lugares del mundo. De estos principios se deducen importantes valores morales y cívicos que pusieron de relieve los Obispos de América reunidos Roma en el Sínodo de 1997.

4. Entre estos valores sobresalen la conversión de las mentes y la solidaridad efectiva entre los diversos grupos humanos como elementos esenciales para la actual vida social a nivel nacional e internacional. La vida internacional exige unos valores morales comunes como base y unas reglas comunes de colaboración. Es cierto que la Declaración Universal de Derechos Humanos, cuyo 50º aniversario hemos celebrado el año pasado, así como otros documentos de valor universal, ofrecen elementos importantes en la búsqueda de esa base moral, común a todos los países o, por lo menos, a un gran número de ellos.

Si miramos el panorama mundial vemos que existen ciertas situaciones fácilmente constatables. El poder de los Países desarrollados se hace cada día más gravoso respecto a los menos desarrollados. En las relaciones internacionales se da, a veces, prioridad a la economía frente a los valores humanos y, con su debilitamiento, se resienten la libertad y la democracia. Por otra parte, la carrera armamentista nos hace ver que, en muchos casos las armas están destinadas a la defensa, pero en otros son instrumentos realmente ofensivos, usados en nombre de ideologías no siempre respetuosas de la dignidad humana. El fenómeno de la corrupción invade lamentablemente grandes es-

pacios del tejido social de algunos pueblos, sin que quienes sufren sus consecuencias tengan siempre la posibilidad de exigir justicia y responsabilidades. El individualismo empaña también la vida internacional, de modo que los pueblos poderosos pueden serlo cada día más y los pueblos débiles son cada día más dependientes.

5. Ante este panorama se impone con urgencia una adecuada conversión de las mentalidades y una solidaridad efectiva, no sólo teórica, entre personas y grupos humanos. Esto es cuanto, en unión con el Papa, viene proponiendo, desde hace decenios, el Episcopado latinoamericano. Esto es lo que han pedido los Obispos del Continente americano en el Sínodo. A este respecto, son dignas de señalar las numerosas iniciativas de socorro a las poblaciones de la cercana Centroamérica afectadas por el huracán Micht, en las que México ha participado generosamente junto con otras naciones, dando así muestra de un común sentimiento de fraternidad y solidaridad.

América es un continente que agrupa a pueblos grandes y técnicamente avanzados y a otros relativamente pequeños, con muy variados índices de desarrollo. También dentro de un mismo país, como es el caso de México, coexisten situaciones sociales y humanas muy diversas, que es necesario afrontar siempre con gran respeto y justicia, utilizando incansablemente los recursos del diálogo y la concertación.

América constituye una unidad humana y geográfica que va del Polo norte al Polo sur. Aunque su pasado ahonda sus raíces en culturas ancestrales -como la maya, la olmeca, la azteca o la inca-, al entrar en contacto con el viejo continente y también con el cristianismo, desde hace más de cinco siglos se ha convertido en una unidad de destino, singular en el mundo. América es por eso mismo un espacio particularmente apropiado para promover valores comunes capaces de asegurar una conversión eficaz de las mentes, en especial de quienes tienen responsabilidades nacionales e internacionales.

6. Este Continente podrá ser el «Continente de la esperanza» si las comunidades humanas que lo integran, así como sus clases dirigentes, asumen una base ética común. La Iglesia católica y las

demás grandes confesiones religiosas presentes en América pueden aportar a esta ética común elementos específicos que liberen las conciencias de verse limitadas por ideas nacidas de meros consensos circunstanciales. América y la humanidad entera tienen necesidad de puntos de referencia esenciales para todos los ciudadanos y responsables políticos. «No matar», «No mentir», «No robar ni codiciar los bienes ajenos», «respetar la dignidad fundamental de la persona humana» en sus dimensiones físicas y morales son principios intangibles, sancionados en el Decálogo común a hebreos, cristianos y musulmanes, y cercanos a las normas de otras grandes religiones. Se trata de principios que obligan tanto a cada persona humana como a las diversas sociedades.

Estos principios y otros afines han de ser un dique contra todo atentado a la vida, desde su principio hasta su fin natural; contra las guerras de expansión y el uso de las armas como instrumentos de destrucción; contra la corrupción que corroe amplios estratos de la sociedad, a veces con dimensiones transnacionales; contra la invasión abusiva de la esfera privada por parte de poderes que aprueban esterilizaciones forzadas o leyes que cercenan el derecho a la vida; contra campañas publicitarias falaces que condicionan la verdad y determinan el estilo de vida de pueblos enteros; contra monopolios que tratan de anular sanas iniciativas y limitar el crecimiento de sociedades enteras; contra la expansión del uso de drogas que minan la fuerza de la juventud e incluso la matan.

7. Mucho se ha hecho ya en este sentido. Abundan las convenciones internacionales que tienen por finalidad poner un límite a algunos de estos abusos. Grupos de naciones se asocian para

crear espacios económicos donde la vida política, económica y social esté debidamente orientada y mejor protegida por principios más justos y conformes con los derechos de cada ciudadano, de cada pueblo y de cada cultura.

Pero aún queda mucho por hacer. Estamos al final de un siglo y de un milenio que, a pesar de las grandes conquistas conseguidas por la ciencia y la técnica, dejan tras de sí evidentes cicatrices que recuerdan, de modo a veces trágico, la poca atención prestada a los mencionados principios morales. En lugar de verlos ulteriormente violados, es necesario que en el nuevo siglo y en el nuevo milenio se consolide su fuerza ética, moralmente vinculante.



8. Al hacerles partícipes de estas consideraciones no me mueve otro interés que el de defender la dignidad del hombre, ni otra autoridad que la de la Palabra divina. Esta Palabra no es mía, sino de Dios que se

hizo hombre para que el hombre llegue a ser hijo suyo. Ajeno a intereses de parte, les ofrezco hoy estas reflexiones con la esperanza de que puedan ayudarles en su labor diplomática y también en su vida personal, deseosos de contribuir a la construcción de un mundo más humano y más justo que el que nos ofrecen el siglo y el milenio que pronto concluirán.

Ojalá que en el próximo futuro predominen el respeto de la vida, de la verdad, de la dignidad de cada ser humano. Este es el cometido apremiante que nos espera. Que Dios bendiga la obra que Ustedes llevan a cabo. Que bendiga a México y a los Países que Ustedes representan en esta Ciudad privilegiada donde América y el mundo se encuentran y dialogan. Muchas gracias por su atención.

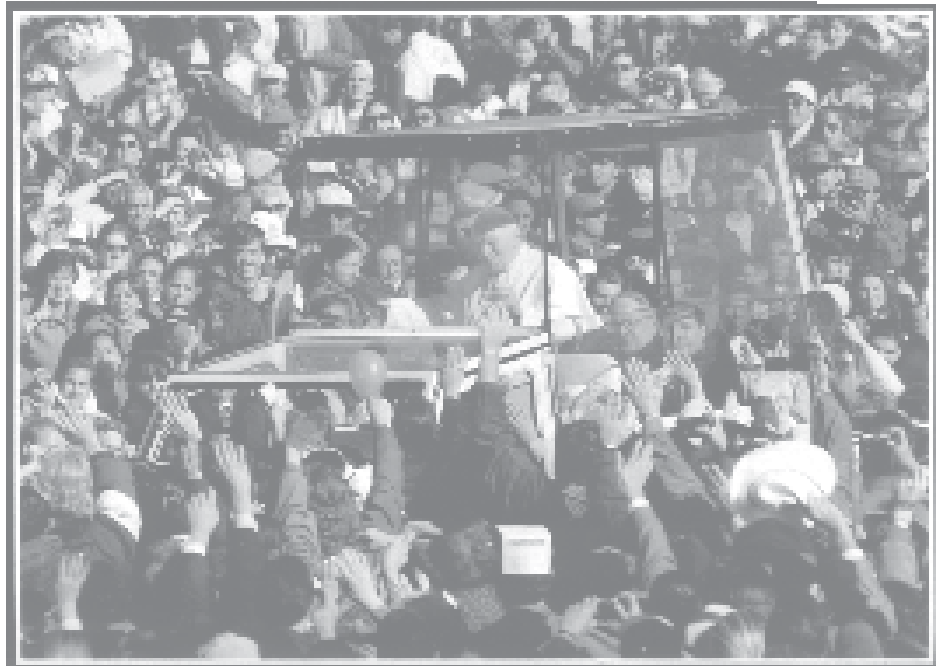
9. Saludo del Cardenal Norberto Rivera Carrera

Autódromo Hermanos Rodríguez

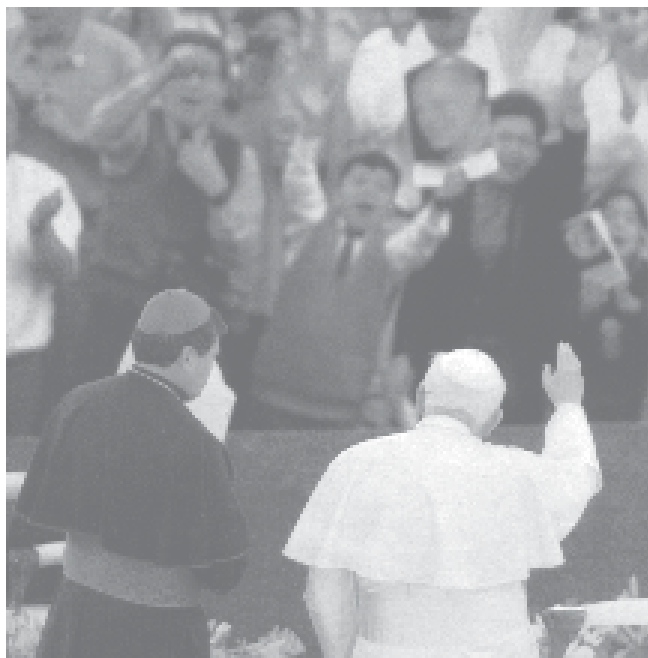
Santísimo Padre:

En este domingo, en el día del Señor, día de la fe y de la esperanza, día de la alegría y del compromiso, reconocemos y agradecemos profundamente el cariño que ha tenido y mantenido por el pueblo de México, desde que hace veinte años, cuando Su Santidad besó por vez primera la bendita tierra de nuestro país. La muchedumbre se volcó a las calles para verlo pasar, para aclamarlo, para cantarle y gritarle cosas buenas. El amor se derramó: todos queríamos tenerlo, mirarlo más largamente, más intensamente. Y a veces, con una irreverencia amorosa, el grito y el canto se hicieron presentes, para que saliera a la ventana de noche o de día, privándole del descanso necesario. Su Santidad dijo aquellas palabras: «los mexicanos gritan mucho», y cuando en las grandes concentraciones, en Roma o en los lugares más remotos, escucha a un grupo que canta y grita, interrumpe su discurso para decir: «mexicanos».

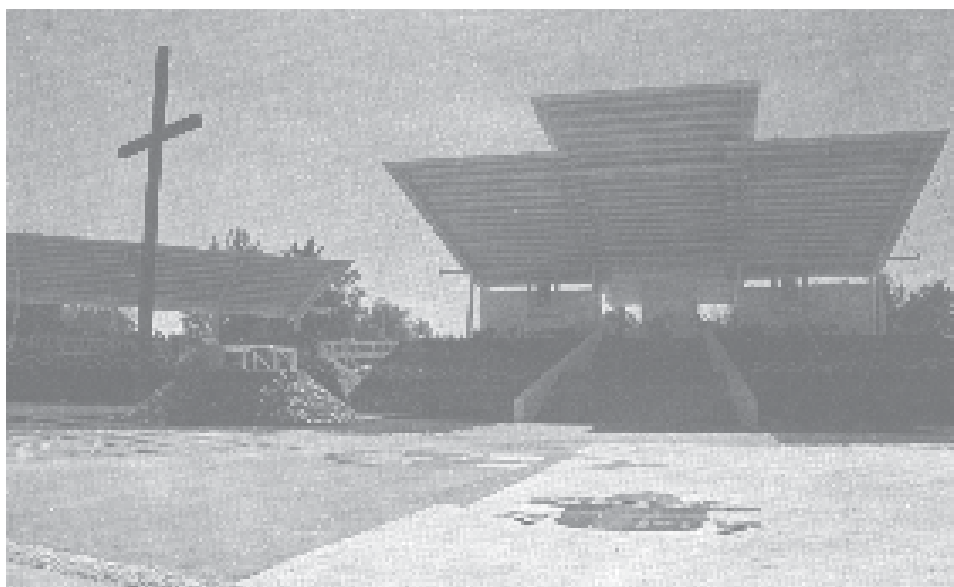
México lo ama, Santo Padre, y necesita de su palabra iluminadora. Por eso, en aquella ocasión y en su segunda y tercera visita, salían por millares a las carreteras para aclamarlo; pasaban las noches a la intemperie para hacerle presente su devoción. «México siempre fiel», nos dijo, y todos nos alegramos. Han pasado veinte años desde su primera visita; después volvió, y la gente despertó de su apatía; nuestros hermanos indígenas también sintieron la magia de su dignidad misteriosa ante el Vicario de Cristo en la tierra. Pero ahora el pueblo



de México está sufriendo profundas transformaciones y tiene retos gigantescos. Está pasando por situaciones difíciles, ha sido engañado y la pobreza lo invade, la violencia y modelos de vida extraños a su idiosincrasia lo están minando. Han pasado muchos años desde su última visita, y nuestra patria paradójicamente ha tenido avances significativos en la democracia, en la educación, en la salud, en la macro-economía, en las comunicaciones y en otras áreas importantes de la vida nacional y al mismo tiempo ha entrado en ese fenómeno mundial, inspirador y retador, que llaman globalización; ha sido presa de los intereses inhumanos de los capitales económicos del mundo y de la deshonestidad interior. La gente sufre, se desespera porque no atisba ninguna solución próxima a sus demandas de justicia, de alimento, de salud, de trabajo dignamente remunerado; la paz parece que no está a su alcance y en ocasiones se siente un títere manipulado ya no por hilos visibles sino por controles remotos.



Es el parto, Santo Padre, de un México nuevo, de un México con futuro, de un México que acepta su vocación en el concierto de las naciones y en la reconfortante comunión de las iglesias particulares del Continente, unidas a quien nos preside en la caridad. Esta nación, Santo Padre, sabe esperar aunque esté sumergida en el dolor. Tiene una fe maravillosa que la mantiene en pie en medio del vendaval. Conserva el amor que el Espíritu Santo ha derramado en su corazón y lo sabe manifestar he-



roicamente en la tragedia y el dolor. Esta noble nación que es México, Padre Santo, quiere oír de sus labios el canto de la esperanza, quiere escuchar palabras de vida, anhela la intervención del médico divino por dolorosa que pueda ser la curación; nuestros hermanos pobres y miserables desde todos los rincones de esta tierra esperan una palabra amorosa del Pastor Universal.

Santísimo Padre, en medio de sus debilidades y herido por el pecado, México sigue siendo fiel a su religión católica, sigue siendo fiel a Jesucristo luz de las gentes, sigue siendo fiel a esa «gran luz» que hace quinientos años nos trajeron los primeros misioneros y que se sigue difundiendo por millares de humildes catequistas, en las «familias» y por una juventud que es sangre nueva en nuestra Iglesia. Aquí está este pueblo, con la fortaleza de su catolicismo y con el corazón abierto a mejores tiempos,

cantando y gritando su fe. Sí, Dios y Santa María de Guadalupe le dan entereza y fuerza para brotar de sus propias cenizas, como una nueva ave Fénix.

Acepte, Santidad, la alegría y la fe de nuestro pueblo que lo ama fervorosa y entrañablemente; acoja en su corazón de Padre este gozo y estas angustias que nos acercan más al gozo y a las tristezas del Pastor Universal de nuestra Iglesia, en este fin de milenio. Y anhelamos, Padre Santo, que su visita haga caer sobre nosotros, vida nueva, esperanza que no defrauda, fe que transforma, amor que todo lo renueva y una larga Bendición Apostólica.

10. Homilía de S.S. Juan Pablo II

Autódromo Hermanos Rodríguez

Queridos hermanos y hermanas,

«Estén perfectamente unidos en un mismo sentir y en un mismo pensar» (1Co 1, 10)

En esta mañana las palabras del apóstol San Pablo nos animan a vivir intensamente este encuentro de fe, como es la celebración eucarística, en «el santo domingo, honrado por la Resurrección del Señor, primicia de todos los demás días» (*Dies Domini*, 19). Me siento lleno de inmensa alegría al estar aquí presidiendo la Santa Misa.

En el plan de Dios el domingo es el día en que la comunidad cristiana se congrega en torno a la mesa de la Palabra de Dios y la mesa de la Eucaristía. En este importante encuentro estamos llamados por el Señor a renovar y profundizar el don de la fe. ¡Sí, hermanos, el domingo es el día de la fe y de la esperanza; el día de la alegría y de la respuesta gozosa a Cristo Salvador, el día de la santidad! En esta asamblea fraterna vivimos y celebramos la presencia del Maestro, que ha prometido: «Yo estaré con Ustedes hasta la consumación del mundo» (Mt 28,20).

2. Quiero agradecer ahora las amables palabras que me ha dirigido el Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera, Arzobispo Primado de México, presentando la realidad de esta querida comunidad eclesial. Saludo también con afecto al Cardenal Ernesto Corripio Ahumada, Arzobispo Emérito de México, así como a los demás Cardenales y Obispos mexicanos y a los que han venido de otras partes del

Continente americano y de Roma. El Papa les anima en el ejercicio de su ministerio y les exhorta a no ahorrar energías en predicar con valor el Evangelio de Cristo.

Saludo también con gran estima a los sacerdotes y a los consagrados y consagradas, alentándolos a santificarse con su irrenunciable entrega a Dios mediante su servicio a la Iglesia y a la nueva evangelización, siguiendo siempre las directrices de sus Pastores. Esto será una gran fuerza para anunciar mejor a Cristo a los demás, especialmente a los más alejados. Tengo asimismo muy presentes a tantas religiosas de clausura, que oran por la Iglesia, por el Papa, por los Obispos y sacerdotes, por los misioneros y por todos los fieles.

Saludo igualmente de manera muy afectuosa a los numerosos indígenas de diversas regiones de México, presentes en esta celebración. El Papa se siente muy cercano a todos Ustedes, admirando los valores de sus culturas, y animándolos a superar con espe-

ranza las difíciles situaciones que atraviesan. Les invito a esforzarse por alcanzar su propio desarrollo y trabajar por su propia promoción. Construyan con responsabilidad su futuro y el de sus hijos. Por eso, pido a todos los fieles de esta Nación que se comprometan a ayudar y promover a los más necesitados de entre Ustedes. Es necesario que todos y cada uno de los hijos de esta Patria mexicana tengan lo necesario para llevar una vida digna. Todos los miembros de la sociedad mexicana son iguales en dignidad, pues



son hijos de Dios y, por tanto, merecen todo respeto y tienen derecho a realizarse plenamente en la justicia y en la paz.

Mi palabra quiere llegar también a los enfermos que no han podido estar aquí con nosotros. Me siento muy cerca de ellos para comunicarles el consuelo y la paz de Cristo. Les pido que, mientras buscan recuperar la salud, ofrezcan su enfermedad por la Iglesia, sabiendo el valor salvífico y la fuerza evangelizadora que tiene el sufrimiento humano asociado al del Señor Jesús.

Agradezco de modo particular a las Autoridades civiles su presencia en esta celebración. El Papa los anima a seguir trabajando diligentemente por el bien de todos, con hondo sentido de la justicia, según las responsabilidades que les han sido encomendadas.

3. En la primera lectura, al referirse a la expectativa mesiánica de Israel, dice el Profeta: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz» (Is 19,1). Esta luz es Cristo, luz traída aquí hace casi quinientos años por los doce primeros evangelizadores franciscanos procedentes de España. Hoy somos testigos de una fe arraigada y de los abundantes frutos que dieron el sacrificio y la abnegación de tantos misioneros.

Como nos recuerda el Concilio Vaticano II, «Cristo es la luz de los pueblos» (*Lumen gentium*, 1). Que esta luz ilumine la sociedad mexicana, sus familias, escuelas y universidades, sus campos y ciudades. Que los valores del Evangelio inspiren a los gobernantes para servir a sus conciudadanos, teniendo muy presentes a los más necesitados.

La fe en Cristo es parte integrante de la nación mexicana, estando como grabada de manera indeleble en su historia. ¡No dejen apagar esta luz de la fe! México sigue necesiéndola para poder construir una sociedad más justa y fraterna, solidaria con los que nada tienen y que esperan un futuro mejor.



El mundo actual olvida en ocasiones los valores trascendentes de la persona humana: su dignidad y libertad, su derecho inviolable a la vida y el don inestimable de la familia, dentro de un clima de solidaridad en la convivencia social. Las relaciones entre los hombres no siempre se fundan sobre los

principios de la caridad y ayuda mutua. Por el contrario, son otros los criterios dominantes, poniendo en peligro el desarrollo armónico y el progreso integral de las personas y los pueblos. Por eso los cristianos han de ser como el «alma» de este mundo: que lo llene de espíritu, le infunda vida y coopere en la construcción de una sociedad nueva, regida por el amor y la verdad.

Queridos hijos e hijas, Ustedes, aún en los momentos más difíciles de su historia, han sabido reconocer siempre al Maestro «que tiene palabras de vida eterna» (cf. Jn 6, 68). ¡Hagan que la palabra de Cristo llegue a los que aún la ignoran! ¡Tengan la valentía de testimoniar el Evangelio en las calles y plazas, en los valles y montañas de esta Nación! Promuevan la nueva evangelización, siguiendo las orientaciones de la Iglesia.

4. En el salmo responsorial hemos cantado: «El Señor es mi luz y mí salvación» (Sal 26, 1). ¿A quién podemos temer si Él está con nosotros? Sean, pues, valientes. Busquen al Señor y en Él encontrarán la paz. Los cristianos están llamados a ser «luz del mundo» (Mt 5, 14), iluminando con el testimonio, de sus obras a la sociedad entera.

Cuando se emprende firmemente el camino de la fe, se dejan de lado las seducciones que desgarran a la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, y no se presta atención a quienes, dando la espalda a la verdad, predicán la división y el odio (cf. 2 Pe 2, 1-2). Hijos e hijas de México y de América entera, no busquen en ideologías falaces y aparentemente novedosas la

verdad de la vida: «Jesús es, Jesús es la verdadera novedad que supera todas las expectativas de la humanidad y así será para siempre» (*Incarnationis mysterium*, 1).

5. En este Autódromo, convertido hoy como en un gran templo, resuenan con fuerza las palabras con que Jesús comenzó su predicación: «Convíertanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos» (Mt 4,17). Desde sus orígenes, la Iglesia transmite fielmente este mensaje de conversión, para que todos podamos llevar una vida más pura, según el espíritu del Evangelio. El llamado a la conversión se hace más acuciante en estos momentos de preparación al Gran Jubileo, en el que conmemoraremos el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios hace dos mil años.

Al comenzar este año litúrgico, con la Bula «*Incarnationis mysterium*», indicaba cómo «el tiempo jubilar nos introduce en el recio lenguaje que la pedagogía de la salvación usa para impulsar al hombre a la conversión y la penitencia, principio y camino de su rehabilitación» (n. 2). Por eso, el Papa los exhorta a convertir su corazón a Cristo. Es necesario que la Iglesia entera comience el nuevo milenio ayudando a sus hijos a purificarse del pecado y del mal; que extienda sus horizontes de santidad y fidelidad para participar en la gracia de Cristo, que nos ha llamado a ser hijos de la luz y a tener parte en la gloria eterna (cf. Col 1, 13).

6. «Sígueme y los haré pescadores de hombres» (Mt 4,19).

Estas palabras de Jesús, que hemos escuchado, se repiten a lo largo de la historia y en todos los rincones de la tierra. Como el Maestro, hago la misma invitación a todos, especialmente a los jóvenes, a seguir a Cristo. Queridos jóvenes, Jesús llamó un día a Simón Pedro y a Andrés. Eran pescadores y abandonaron sus redes para seguirle. Ciertamente Cristo llama a algunos de Ustedes a seguirlo y entregarse totalmente a la causa del Evangelio. ¡No tengan miedo de recibir esta invitación del Señor! ¡No permitan que las redes les impidan seguir el camino de Jesús! Sean generosos, no dejen de responder al Maestro que llama. Síguenle para ser, como los Apóstoles, pescadores de hombres.

Igualmente, ánimo a los padres y madres de familia a ser los primeros en alimentar la semilla de la vocación en sus hijos, dándoles ejemplo del

amor de Cristo en sus hogares, con esfuerzo y sacrificio, con entrega y responsabilidad. Queridos padres: formen a sus hijos según los principios del Evangelio para que puedan ser los evangelizadores del tercer milenio. La Iglesia necesita más evangelizadores. América entera, de la que Ustedes forman parte, y especialmente esta querida Nación, tienen una gran responsabilidad de cara al futuro.

Durante mucho tiempo México ha recibido la abnegada y generosa acción evangelizadora de tantos testigos de Cristo. Pensemos sólo en algunas de esas figuras eximias, como Juan de Zumárraga y Vasco de Quiroga. Otros han evangelizado con su testimonio hasta la muerte, como los Beatos niños mártires de Tlaxcala, Cristóbal, Antonio y Juan, o el Beato Miguel Pro y tantos otros sacerdotes, religiosos y laicos mártires. Otros, en fin, han sido confesores como el Obispo Beato Rafael Guizar.

7. Concluyendo, quiero dirigir mi pensamiento hacia el Tepeyac, a Nuestra Señora de Guadalupe, Estrella de la primera y de la nueva Evangelización de América. A ella encomiendo la Iglesia que peregrina en México y en el Continente americano, y le pido ardientemente que acompañe a sus hijos a entrar con fe y esperanza en el tercer milenio.

Bajo su cuidado maternal pongo a los jóvenes de esta Patria, así como la vida e inocencia de los niños, especialmente los que corren el peligro de no nacer. Confío a su amorosa protección la causa de la vida: ¡que ningún mexicano se atreva a vulnerar el don precioso y sagrado de la vida en el vientre materno!

A la intercesión maternal de Nuestra Señora de Guadalupe, encomiendo a los pobres con sus necesidades y anhelos. Ante Ella, con su rostro mestizo, deposito los anhelos y esperanzas de los pueblos indígenas con su propia cultura que esperan alcanzar sus legítimas aspiraciones y el desarrollo al que tienen derecho. Le encomiendo igualmente a los afroamericanos. En sus manos pongo también a los trabajadores, empresarios y a todos los que con su actividad colaboran en el progreso de la sociedad actual.

¡Virgen Santísima! que, como el Beato Juan Diego, podamos llevar en el camino de nuestra vida impresa tu imagen y anunciar la Buena Nueva de Cristo a todos los hombres. Amén.

11. Angelus

Autódromo Hermanos Rodríguez

Amadísimos hermanos y hermanas:

1. En la Santa Misa que acabamos de celebrar he tenido el gozo de compartir con Ustedes la misma fe y amor en Jesucristo, unidos con la misma esperanza en sus promesas. Les agradezco con todo mi corazón su presencia aquí, tan numerosa... tan numerosa y de nuevo les aliento a vivir firmemente su compromiso cristiano como miembros de la Iglesia que camina hacia el tercer Milenio.

2. La Exhortación apostólica postsinodal «Ecclesia in América», presentada ayer, invita a este amado Continente a dar un renovado «sí» a Jesucristo, acogiendo y respondiendo con generosidad misionera a su mandato de proclamar la Buena Nueva a todas las naciones (cf. Mc 13,10). Bajo la mirada protectora de María pongo de nuevo los frutos evangelizadores del reciente Sínodo de América, el ardor apostólico de sus Iglesias locales y también esta Visita pastoral a la querida nación mexicana.

3. Mañana se concluye la Semana de oración por la unidad de los cristianos, que este año tiene como lema: «Él habitará con ellos. Ellos serán su pueblo y el mismo Dios estará con ellos» (An 21,3b). Alcanzar la plena comunión entre todos los creyentes en Cristo es un objetivo constante de la Iglesia, la cual pide al Padre con renovado fervor en la preparación al Gran Jubileo del 2000 que sea una realidad el deseo de Cristo de que todos sean uno (cf. Jn 17,11). La plena unidad entre los cristianos, hacia la cual se van dando pasos consoladores, es un don del Espíritu Santo que se ha de pedir con perseverancia.

He recibido con dolor la noticia del bárbaro asesinato

de Sor María Aloyius, de las Misioneras de la Caridad en Sierra Leona, así como las informaciones preocupantes sobre episodios de gran violencia contra hombres de la Iglesia en la República del Congo Brazzaville. Ningún motivo puede justificar tan feroz encarnizamiento contra personas e instituciones que desde hace años se prodigan a favor del bien de todos. Roguemos para que el Señor inspire a todos sentimientos dignos del hombre creado a imagen de Dios

4. El amor a la Madre de Dios, tan característico de la religiosidad americana, ayuda a orientar la propia vida según el espíritu y los valores del Evangelio, para testimoniarlos en el mundo. Nuestra Señora de Guadalupe, unida íntimamente al nacimiento de la Iglesia en América, fue la Estrella radiante que iluminó el anuncio de Cristo Salvador a los hijos de estos pueblos, ayudando a los primeros misioneros en su evangelización. A ella, que llevó en su seno al «Evangelio de Dios» (*Evangelii nuntiandi*, 7), pido que les ayude a ser testigos de Cristo ante los demás.

Que María Santísima interceda por nosotros y, con su protección materna, nos acompañe en este compromiso alentador.



12.- Mensaje de S.S. Juan Pablo II a los enfermos

Hospital Lic. Adolfo López Mateos

Queridos hermanos y hermanas:

1. Como en otros viajes pastorales a lo largo y ancho del mundo, también en esta mi cuarta visita a México he deseado compartir con Ustedes, queridos enfermos hospitalizados en este Centro

que lleva el nombre de «Lic. Adolfo López Mateos» -y por medio suyo con todos los demás enfermos del País- unos momentos en la oración y la esperanza. Les quiero asegurar mi afecto y, a la vez, me asocio a su oración y a la de sus seres queridos pidiendo a Dios,

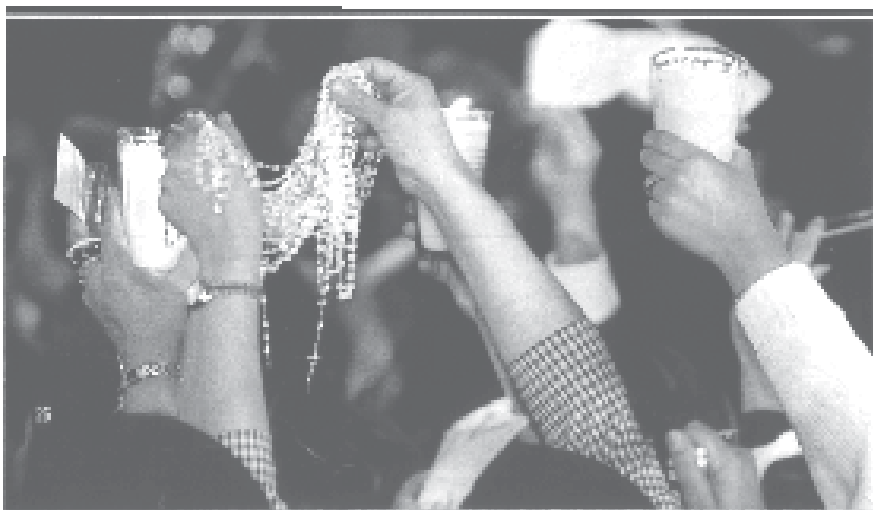
por intercesión de la Santísima Virgen de Guadalupe, la conveniente salud del cuerpo y del alma, la plena identificación de sus sufrimientos con los de Cristo y la búsqueda de los motivos que, basados en la fe, nos ayudan a comprender el sentido del dolor humano.

Me siento muy cercano a cada uno de los que sufren, así como a los médicos y demás profesionales sanitarios que prestan su abnegado servicio a los enfermos. Quisiera que mi voz traspasara estos muros para llevar a todos los enfermos y agentes sanitarios la voz de Cristo, y ofrecer así una palabra de consuelo en la enfermedad y de estímulo en la misión de la asistencia, recordando muy especialmente el valor que tiene el dolor en el marco de la obra redentora del Salvador.

Estar con Ustedes, servirles con amor y competencia no es sólo una obra humanitaria y social, sino sobre todo, una *actividad eminentemente evangélica*, pues Cristo mismo nos invita a imitar al buen samaritano, que cuando encontró en su camino al

hombre que sufría «no pasó de largo», sino «que tuvo compasión y, acercándose, vendó sus heridas [...] y cuidó del él» (Lc 10, 32-34). Son muchas las páginas del Evangelio que nos describen el encuentro de Jesús con personas aqueja-

das de diversas enfermedades. Así, san Mateo nos dice que «Jesús recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del reino y curando toda enfermedad y dolencia en el pueblo. Su fama llegó a toda Siria; y le trajeron todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos diversos, endemoniados, lunáticos y paráliticos, y los curó» (4,23-24). San Pedro, siguiendo los pasos de Cristo, junto a la Puerta Hermosa del templo ayudó a caminar a un tullido (cf. Hch 3, 2-5) y en cuanto se corrió la voz de lo acaecido, «le sacaban enfermos a las plazas y los colocaban en lechos y camillas, para que, al pasar Pedro, siquiera su sombra cubriese a alguno de ellos» (ibíd. 5, 15-16). Desde sus orígenes, la Iglesia, movida por el Espíritu Santo, quiere seguir los



ejemplos de Jesús en este sentido, y por eso considero que es un deber y un privilegio estar al lado del que sufre y cultivar un amor preferencial hacia los enfermos. Por eso, escribí en la Carta Apostólica *Salvifici doloris*: «La Iglesia que nace del misterio de la redención en la Cruz de Cristo, está obligada a buscar el encuentro con el hombre, de modo particular, en el camino de su sufrimiento. En un encuentro de tal índole el hombre ‘constituye el camino de la Iglesia’, y es éste uno de los más importantes» (n. 3).

2. El hombre está llamado a la alegría y a la vida feliz, pero experimenta diariamente muchas formas de dolor, y la enfermedad es la expresión más frecuente y más común del sufrir humano. Ante ello es espontáneo preguntarse: ¿Por qué sufrimos? ¿Para qué sufrimos? ¿Tiene un significado que las personas sufran? ¿Puede ser positiva la experiencia del dolor físico o moral? Sin duda, cada uno de nosotros se habrá planteado más de una vez estas cuestiones, sea desde el lecho del dolor, en los momentos de convalecencia, antes de someterse a una intervención quirúrgica o cuando se ha visto sufrir a un ser querido.

Para los cristianos éstos no son interrogantes sin respuesta. *El dolor es un misterio*, muchas veces inescrutable para la razón. *Forma parte del misterio de la persona humana*, que sólo se esclarece en Jesucristo, que es quien revela al hombre su propia identidad. Sólo desde Él podremos encontrar el sentido a todo lo humano. El sufrimiento -como he escrito en la Carta Apostólica *Salvifici doloris*- «no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior sino interior [...] Pero este proceso interior no se desarrolla siempre de igual manera [...] Cristo

no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta humana sobre el sentido del sufrimiento. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. La respuesta que llega mediante esta participación es... una llamada: ‘Sígueme’, ‘Ven’, *toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo*, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz» (n. 26). Por eso, ante el enigma del dolor, los cristianos podemos decir un decidido «hágase, Señor, tu voluntad» y repetir con Jesús: «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero sino como quieres Tú» (*Mt. 26,39*).



3. La grandeza y dignidad del hombre están en ser hijo de

Dios y estar llamado a vivir en íntima unión con Cristo. Esa participación en su vida lleva consigo el compartir su dolor. El más inocente de los hombres -el Dios hecho hombre- fue el gran sufriente que cargó sobre sí con el peso de nuestras faltas y de nuestros pecados. Cuando Él anuncia a sus discípulos que el Hijo del Hombre debía sufrir mucho, ser crucificado y resucitar al tercer día, advierte a la vez que si alguno quiere ir en pos de Él, ha de negarse a sí mismo, tomar su cruz de cada día, y seguirle (cf. *Lc 9, 22ss*). Existe, pues, una íntima relación entre la Cruz de Jesús -símbolo del dolor supremo y precio de nuestra verdadera libertad- y nuestros dolores, sufrimientos, aflicciones, penas y tormentos que pueden pesar sobre nuestras almas o echar raíces en nuestros cuerpos. El sufrimiento se transforma y sublima cuando se es consciente de la cercanía y solidaridad de Dios en esos momentos. Es esa la certeza que da la paz interior y la alegría

espiritual propias del hombre que sufre generosamente y ofrece su dolor «como hostia viva, consagrada y agradable a Dios» (Rm 12,1). El que sufre con esos sentimientos no es una carga para los demás, sino que contribuye a la salvación de todos con su sufrimiento.

Vistos así, el dolor, la enfermedad y los momentos oscuros de la existencia humana, adquieren una dimensión profunda e, incluso, esperanzada. Nunca se está solo frente al misterio del sufrimiento: se está con Cristo, que da sentido a toda la vida: a los momentos de alegría y paz, igual que a los momentos de aflicción y pena. Con Cristo todo tiene sentido, incluso el sufrimiento y la muerte; sin Él, nada se explica plenamente, ni siquiera los legítimos placeres que Dios ha unido a los diversos momentos de la vida humana.

4. La situación de los enfermos en el mundo y en la Iglesia no es, de ningún modo, pasiva. A este respecto, quiero recordar las palabras que les dirigieron los Padres Sinodales al concluir la VII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos: «Contamos con vosotros para enseñar al mundo entero lo que es el amor. Haremos todo lo posible para que encontréis el lugar al que tenéis derecho en la sociedad y en la Iglesia» (*Per Concilii semitas ad Populum Dei Nuntius*, 12). Como escribí en mi Exhortación apostólica *Christifideles laici* «A todos y a cada uno se dirige el llamamiento del Señor: también los enfermos son enviados como obreros a su viña. El peso que oprime a los miembros del cuerpo y menoscaba la serenidad del alma, lejos de retraerles del trabajar en la viña, los llama a vivir su vocación humana y cristiana y a participar en el crecimiento del Reino de Dios con nuevas modalidades, incluso más valiosas [...] muchos enfermos pueden convertirse en portadores del ‘gozo del Espíritu Santo en medio de muchas tribulaciones’ (1Ts 1,6) y ser testigos de la Resurrección de Jesús» (n. 53). En este sentido, es oportuno tener presente que los que viven en situación de enfermedad no sólo están llamados a unir su dolor a la Pasión de Cristo, sino a tener una parte activa en el anuncio del Evangelio, testimoniando, desde la propia experiencia de fe, la fuerza de la vida



nueva y la alegría que vienen del encuentro con el Señor resucitado (cf. 2Co 4, 10-11; 1P 4, 13; Rm 8, 18ss).

Con estos pensamientos he querido suscitar en cada uno y cada una de Ustedes los sentimientos que llevan a vivir las pruebas actuales con un sentido sobrenatural, sabiendo ver en ellas una ocasión para descubrir a Dios en medio de las tinieblas y los interrogantes, y adivinar los amplios horizontes que se vislumbran desde lo alto de nuestras cruces de cada día.

5. Quiero extender mi saludo a todos los enfermos de México, muchos de los cuales están siguiendo esta visita a través de la radio o de la televisión; a sus familiares, amigos y a cuantos les ayudan en estos momentos de prueba; al personal médico y sanitario, que ofrecen el contributo de su ciencia y de sus atenciones para superarlos o, por lo menos, hacerlos más llevaderos; a las autoridades civiles que se preocupan por el progreso de los hospitales y los demás centros asistenciales de los diferentes Estados y del País entero. Una mención especial quiero reservar a las personas consagradas que viven su carisma religioso en el campo de la salud, así como a los sacerdotes y a los demás agentes pastorales que les ayudan a encontrar en la fe consuelo y esperanza.

No puedo dejar de agradecer las oraciones y sacrificios que ofrecen muchos de Ustedes por mi persona y mi ministerio de Pastor de la Iglesia universal.

Al entregar este Mensaje a Mons. José Lizares Estrada, Obispo auxiliar de Monterrey y Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral de la Salud, les renuevo mi saludo y mi afecto en el Señor y, por intercesión de la Virgen de Guadalupe, que al Beato Juan Diego le dijo «¿No soy yo tu salud?»-manifestándose así como quien invocamos los cristianos con el título de «Salus infirmorum»-, les imparto de corazón la Bendición Apostólica.

Ciudad de México, 24 de enero de 1999.

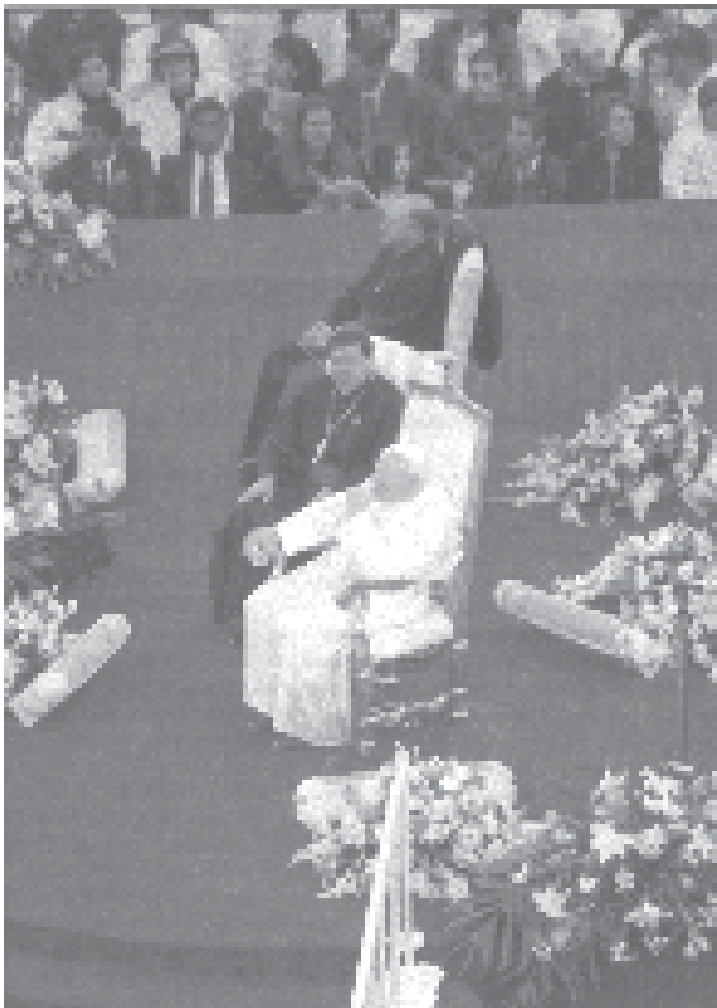
13. Saludo del Cardenal Norberto Rivera Carrera al Papa Juan Pablo II en el encuentro de las generaciones de este siglo con Cristo

Estadio Azteca

Santidad:

Nuestra América, continente rico en culturas, paisajes y talentos humanos, agradece al Padre, principio y origen de todo bien, el papel excepcional que le ha asignado a nuestros pueblos americanos, distinguiéndolos con la presencia siempre viva de Santa María de Guadalupe, quien desde su aparición en el Tepeyac hizo posible que la obra misionera fructificara en la evangelización, forjando la matriz cultural cristiana de estas tierras.

Las semillas del Verbo siempre estuvieron presentes en los moradores de esta nuestra América y en su búsqueda del Dios Único y Verdadero han dejado vestigios extraordinarios a través de la poesía, códices y monumentos. Estas semillas siguen vivas en muchas comunidades indígenas. Santísimo Padre, la Providencia quiso hacer de América tierra fértil



para una vida religiosa, por esto, no se puede quedar en semillas, está llamada a alcanzar la estatura de Cristo, esta es la razón por la que recibe con gusto a los que son de Cristo y anhela ser alimentada con la misma vida de Cristo.

El mestizaje espiritual dio sus frutos y estos frutos nos distinguen y hacen posible el mestizaje sociocultural, colmado de múltiples expresiones abiertas a la generosidad, a la alegría, a la contemplación, al dolor y al heroísmo en la defensa de los valores más profundos del ser humano como la vida, la familia, la propia cultura, la religión y la patria.

Nuestro continente es fecundo en santos y héroes surgidos del anhelo por hacer presente el Reino de Dios en nuestro suelo. Aquí han brotado misioneros, religiosos y laicos, hombres y mujeres, realizadores de obras sociales en todos los campos de la actividad humana, como la educación, la salud, las letras, la archi-

itectura, la pintura, el teatro, la economía, la política y el campo asistencial en sus mas variadas formas.

Sin embargo América vive inmersa en retos gigantescos e inéditos, vive amenazada por el pecado y la debilidad de siempre que toma nuevas formas. La globalidad, los avances de la biología y los maravillosos descubrimientos en el campo de la comunicación, por mencionar sólo algunos fenómenos, abren nuevas perspectivas a la Iglesia y a la humanidad y al mismo tiempo presentan cuestiones que deben resolverse humana y cristianamente. El avance de la pobreza, la injusticia institucionalizada, la corrupción en la vida social y política, la creciente desintegración de la familia, la manipulación de la vida, el surgimiento de un nuevo colonialismo, claman por una nueva evangelización, en donde Dios sea todo en todos, en donde el amor sea la base de las relaciones en los individuos y en los pueblos, en donde los hombres y mujeres concretos de nuestro continente sean el centro de la actividad humana y no las víctimas de los sistemas, de las legislaciones o de los avances científicos y técnicos.

Gracias, Padre Santo, por hacernos sentir, con su palabra y con su presencia, que Jesucristo es en verdad el centro del diseño amoroso de Dios

nuestro Padre en este continente. Las generaciones de este siglo, generaciones que no son fruto de generación espontánea sino cimentadas en el matrimonio y la familia, instituciones de origen divino y no producto de proyectos poblacionales, esta tarde explotan de alegría y de agradecimiento porque usted nos presenta nuevamente el proyecto de Dios como fue al comienzo, nos presenta a Jesús de Nazaret anunciando el evangelio de la vida, compartiendo las esperanzas y las angustias de nuestro pueblo: «Bendito sea Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones...» Jesucristo, y solo Él, es nuestra salvación en América, nuestra justicia, nuestra paz y nuestra reconciliación. En Él fuimos reconciliados con Dios y por Él nos fue confiado el «Ministerio de la Reconciliación». Él, y solo Él, puede derribar los muros que separan a los hombres y a los pueblos de este continente. Gracias, Santidad, porque desde el dolor y la cruz, ha querido venir a proclamar nuevamente el evangelio de salvación, porque desde la luz de la Revelación ha querido iluminar a toda persona, familia y sociedad, porque ha venido a sembrar esperanza cuando aguardamos un nuevo siglo y un nuevo milenio.



14. Mensaje de S.S. Juan Pablo II en el Encuentro con Representantes de todas las Generaciones del Siglo

Estadio Azteca

(1ª parte) Fin de siglo y de milenio a la luz del Concilio Vaticano II

Amados hermanos y hermanas:

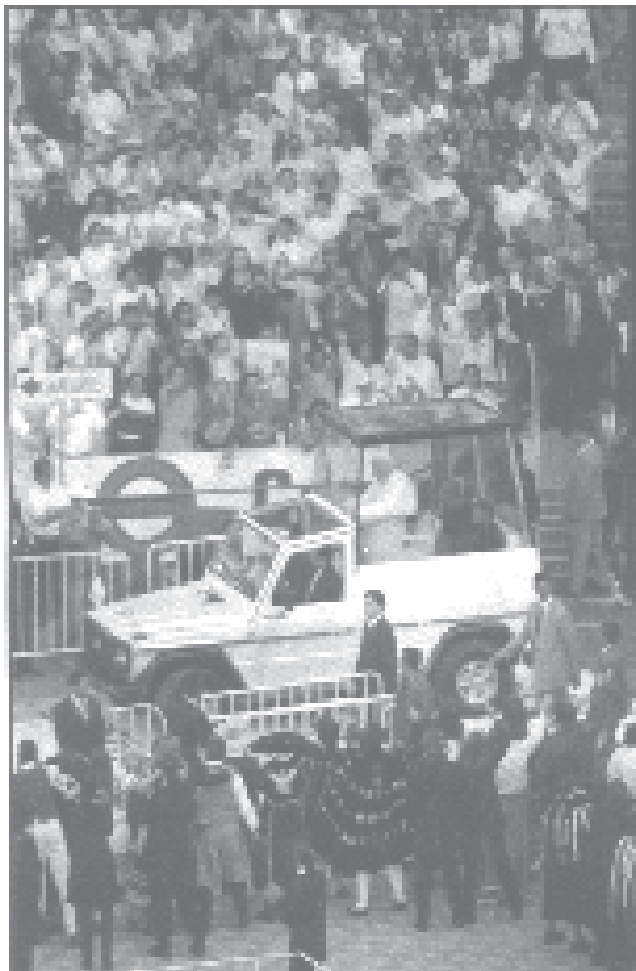
1. Dentro de poco se concluirán un siglo y un milenio trascendentales para la historia de la Iglesia y de la humanidad. En esta hora significativa, Ustedes están llamados a tomar renovada conciencia de ser los depositarios de una rica tradición humana y religiosa. Es tarea suya transmitir a las nuevas generaciones ese patrimonio de valores para alimentar su vitalidad y su esperanza, haciéndoles partícipes de la fe cristiana, que ha forjado su pasado y ha de caracterizar su futuro.

Hace ahora mil años, en el 999 de nuestra era, el furor de quienes adoraban a un dios violento, diciéndose sus representantes, hizo desaparecer a Quetzalcóalt, el rey-profeta de los toltecas, pues se oponía al uso de la fuerza para resolver los conflictos humanos. Al aproximarse a la muerte, llevaba en sus manos una cruz que para él y sus discípulos simbolizaba la coincidencia entre todas las ideas en búsqueda de la armonía. Había transmitido a su pueblo altas enseñanzas: «El bien se impondrá siempre sobre el mal». «El hombre es el centro de todo lo creado». «Las armas nunca serán compañeras de la

palabra; es ésta la que despeja las nubes de la tormenta para que nos llene la claridad divina» (cf. Raúl Horta, *El Humanismo en el Nuevo Mundo*, cap. II). En estas y otras enseñanzas de Quetzalcóalt podemos ver «como una preparación al Evangelio» (cf. *Lumen gentium* 16), que los antepasados de muchos de Ustedes tendrían el gozo de acoger quinientos años más tarde.

2. Este milenio ha conocido el encuentro entre dos mundos, marcando un rumbo inédito en la historia de la humanidad. Para Ustedes es el mile-





nio del encuentro con Cristo, de las apariciones de Santa María de Guadalupe en el Tepeyac, de la primera evangelización y consiguiente implantación de la Iglesia en América.

Los últimos cinco siglos han dejado una huella decisiva en la identidad y el destino del Continente. Son quinientos años de historia común, tejida entre los pueblos autóctonos y las gentes venidas de Europa, a las que se añadieron sucesivamente las provenientes de África y Asia. Con el fenómeno característico del mestizaje se ha puesto de relieve que todas las razas son iguales en dignidad y con derecho a su cultura. En toda esta amplia y compleja andadura, Cristo ha estado incesantemente presente en el caminar de los pueblos americanos, dándoles también como Madre a la suya, la Virgen María, a la que Ustedes tanto aman.

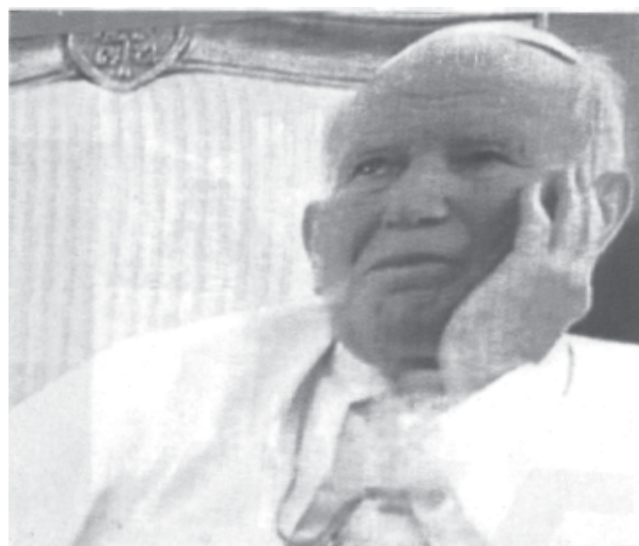
3. Como sugiere el lema con que México ha querido recibir por cuarta vez al Papa, ->Nace un milenio. Reafirmamos la fe<->, la nueva época que se aproxima debe llevar a consolidar la fe de América en Jesucristo. Esta fe, vivida cotidiana-

mente por numerosos creyentes, será la que anime e inspire las pautas necesarias para superar las deficiencias en el progreso social de las comunidades, especialmente de las campesinas e indígenas; para sobreponerse a la corrupción que empaña tantas instituciones y ciudadanos; para desterrar el narcotráfico, basado en la carencia de valores, en el ansia de dinero fácil y en la inexperiencia juvenil; para poner fin a la violencia que enfrenta de manera sangrienta a hermanos y clases sociales. Sólo la fe en Cristo da origen a una cultura opuesta al egoísmo y a la muerte.

Padres y abuelos aquí presentes: a Ustedes les corresponde transmitir a las nuevas generaciones arraigadas convicciones de fe, prácticas cristianas y sanas costumbres morales. En ello, les serán de ayuda las enseñanzas del último Concilio.

4. El Concilio Vaticano II, como respuesta evangélica a la reciente evolución del mundo y comienzo de una nueva primavera cristiana (cf. *Tertio millennio adveniente* 18), ha sido providencial para el siglo XX. Este siglo ha visto dos guerras mundiales, el horror de los campos de concentración, persecuciones y matanzas, pero ha sido testigo también de progresos esperanzadores para el futuro, como el nacimiento de las Naciones Unidas y la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Por eso, me complace en constatar los beneficios aportados por la acogida de las orientaciones conciliares, como son el hondo sentido de comunión y fraternidad entre los Obispos de América



que, en estrecha unión con el Papa, se ha puesto de manifiesto en la celebración del Sínodo que ayer clausuré solemnemente; el creciente compromiso de los laicos en la edificación de la Iglesia; el desarrollo de movimientos que impulsan la santidad de vida y el apostolado de sus miembros; el aumento de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada que se detecta en diversos lugares, entre ellos México.

Aquí están presentes cuatro generaciones, y les pregunto: ¿Es verdad que el mundo en el que vivimos es al mismo tiempo grande y frágil, excelso pero a veces desorientado? ¿Se trata de un mundo avanzado en unos aspectos pero retrógrado en tantos otros? Y sin embargo, este mundo -nuestro mundo- tiene necesidad de Cristo, Señor de la historia, que ilumina el misterio del hombre y con su Evangelio lo guía en la búsqueda de soluciones a los principales problemas de nuestro tiempo (cf. *Gaudium et spes* 10).

Porque algunos poderosos volvieron sus espaldas a Cristo, este siglo que concluye asiste impotente a la muerte por hambre de millones de seres humanos, aunque paradójicamente aumenta la producción agrícola e industrial; renuncia a promover los valores morales, corroídos progresivamente por fenómenos como la droga, la corrupción, el consumismo desenfrenado o el difundido hedonismo; contempla inerme el creciente abismo entre países pobres y endeudados y otros fuertes y opulentos; sigue ignorando la perversión intrínseca y las terribles consecuencias de la «cultura de la muerte»; promueve la ecología, pero ignora que las raíces profundas de todo atentado a la natura-



leza son el desorden moral y el desprecio del hombre por el hombre.

5. ¡América, tierra de Cristo y de María! tú tienes un papel importante en la construcción del mundo nuevo que el Concilio Vaticano II quiso promover. Debes comprometerte para que la verdad prevalezca sobre tantas formas de mentira; para que el bien se sobreponga al mal, la justicia a la injusticia, la honestidad a la corrupción. Acoge sin reservas la visión conciliar del hombre, creado por Dios y redimido por Jesucristo. Así alcanzarás la plena verdad de los valores morales, frente al espejismo de certezas momentáneas, sólo precarias y subjetivas.

Quienes formamos la Iglesia -Obispos, sacerdotes, consagrados y laicos- nos sentimos comprometidos con el anuncio salvador de Cristo. Siguiendo su ejemplo, no queremos imponer su mensaje, sino proponerlo en plena libertad, recordando

que sólo Él tiene palabras de vida eterna y confiando plenamente en la fuerza y la acción del Espíritu Santo en lo más íntimo del corazón humano.

¡Que Ustedes, católicos de todas las generaciones del siglo XX, sean portadores y testigos de la gran esperanza de la Iglesia en todos los ambientes donde Dios los ha enviado como semillas de fe, de esperanza y de un amor sin fronteras para todos sus hermanos!

(2ª parte) El Siglo XXI, siglo de la nueva evangelización y del gran reto de los jóvenes cristianos.

6. El año próximo celebraremos dos milenios desde que «la Palabra se hizo carne, y puso su

Morada entre nosotros» (*Jn 1, 14*). El Hijo de Dios hecho hombre enseñó a todos a ser hombres y mujeres auténticos, compadeciéndose de las muchedumbres que encontraba como ovejas sin pastor y dando su vida por nuestra salvación. Su presencia y acción continúan en la tierra a través de su Iglesia, su Cuerpo Místico. Por eso, cada cristiano está llamado a anunciar, testimoniar y hacer presente a Cristo en todos los ambientes, en las diferentes culturas y épocas de la historia.

7. La evangelización, tarea primordial, misión y vocación propia de la Iglesia (cf. *Evangelii nuntiandi 14*), nace precisamente de la fe en la Palabra, que es la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (cf. *Jn 1,9*). A cuantos hoy se encuentran unidos al Papa, aquí o a través de los medios de comunicación, les digo: ¡Siéntanse responsables de difundir esta luz que han recibido!

Pronto terminarán un siglo y un milenio, en los cuales a pesar de tantos conflictos, se ha promovido el valor de la persona por encima de las estructuras sociales, políticas y económicas. A este respecto, la nueva evangelización lleva también consigo la respuesta de la Iglesia a este importante cambio de perspectiva histórica. Cada uno de Ustedes, con su modo de vivir y su compromiso cristiano, ha de testimoniar, a lo largo y ancho de América y del mundo, que Cristo es el verdadero promotor de la dignidad humana y de su libertad.

8. Los discípulos de Cristo deseamos que en el próximo siglo prevalezca la unidad y no las divisiones; la fraternidad y no los antagonismos; la paz y no las guerras. Esto es también un objetivo esencial de la nueva evangelización. Ustedes, como hijos de la Iglesia, deben trabajar para que la

sociedad global que se acerca no sea espiritualmente indigente ni herede los errores del siglo que concluye.

Para ello es necesario decir sí a Dios y comprometerse con Él en la construcción de una nueva

sociedad donde la familia sea un ámbito de generosidad y amor; la razón dialogue serenamente con la fe; la libertad favorezca una convivencia caracterizada por la solidaridad y la participación. En efecto, quien tiene al Evangelio como guía y norma de vida no puede permanecer en una actitud pasiva, sino que ha de compartir y difundir la luz de Cristo, incluso con el propio sacrificio.



9. La nueva evangelización será semilla de esperanza para el nuevo milenio si Ustedes, católicos de hoy, se esfuerzan en transmitir a las generaciones venideras la preciosa herencia de valores humanos y cristianos que han dado sentido a su vida. Ustedes, hombres y mujeres que con el paso de los años han acumulado preciosas enseñanzas de la vida; Ustedes tienen la misión de procurar que las nuevas generaciones reciban una sólida formación cristiana durante su preparación intelectual y cultural, para evitar que el pujante progreso les cierre a lo trascendente. En fin, preséntense siempre como infatigables promotores de diálogo y concordia frente al predominio de la fuerza sobre el derecho y a la indiferencia ante los dramas del hambre y la enfermedad que acucian a grandes masas de la población.

10. Por su parte, Ustedes, jóvenes y muchachos que miran hacia el mañana con el corazón lleno de esperanza, están llamados a ser los artífices de la historia y de la evangelización ya en el presente y luego en el futuro. Una prueba de que no han recibido en vano tan rico legado cristiano y humano será su decidida aspiración a la santidad, tanto

en la vida de familia que muchos formarán dentro de unos años, como entregándose a Dios en el sacerdocio o la vida consagrada si son llamados a ello.

El Concilio Vaticano II nos ha recordado que todos los bautizados, y no sólo algunos privilegiados, están llamados a encarnar en su existencia la vida de Cristo, a tener sus mismos sentimientos y a confiar plenamente en la voluntad del Padre, entregándose sin reservas a su plan salvífico, iluminados por el Espíritu Santo, llenos de generosidad y de amor incansable por los hermanos, especialmente los más desfavorecidos. El ideal que Jesucristo les propone y enseña con su vida es ciertamente muy alto, pero es el único que puede dar sentido pleno a la vida. Por eso, desconfíen de los falsos profetas que proponen otras metas, más confortables tal vez, pero siempre engañosas. ¡No se conformen con menos!

11. Los cristianos del siglo XXI tienen también una fuente inagotable de inspiración en las comunidades eclesiales de los primeros siglos. Quienes habían convivido con Jesús, o escuchado directamente el testimonio de los Apóstoles, sintieron sus vidas como transformadas e inundadas de una nueva luz. Pero debieron vivir su fe en un mundo indiferente e incluso hostil. Hacer penetrar la verdad del Evangelio, trastocar muchas convicciones y costumbres que denigraban la dignidad humana, supuso grandes sacrificios, firme constancia y una gran creatividad. Sólo con la fe inquebrantable en Cristo, alimentada constantemente por la oración, la escucha de la Palabra y la participación asidua en la Eucaristía, las primeras generaciones cristianas pudieron superar aquellas dificultades y consiguieron fecundar la historia humana con la novedad del Evangelio, derramando, tantas veces, la propia sangre.

En la nueva era que despunta, era de la informática y de los poderosos medios de comunicación, abocada a una globalización cada vez más fluida de las relaciones económicas y sociales, Ustedes, queridísimos jóvenes, y sus coetáneos tienen ante

sí el reto de abrir la mente y el corazón de la humanidad a la novedad de Cristo y a la gratuidad de Dios. Sólo de este modo se alejará el riesgo de un mundo y una historia sin alma, engreída de sus conquistas técnicas pero carente de esperanza y de sentido profundo.



11. Ustedes, jóvenes de México y de América, han de procurar que el mundo que un día se les confiará esté orientado hacia Dios, y que las instituciones políticas o científicas, financieras o culturales se pongan al servicio auténtico del hombre, sin distinción de razas ni clases sociales. La sociedad del mañana ha de saber gracias a Ustedes, por la alegría que dimana de su fe cristiana vivida en plenitud, que el corazón humano encuentra la paz y la plena

felicidad sólo en Dios. Como buenos cristianos, han de ser también ciudadanos ejemplares, capaces de trabajar junto con los hombres de buena voluntad para transformar pueblos y regiones, con la fuerza de la verdad de Jesús y de una esperanza que no decae ante las dificultades. Traten de poner en práctica el consejo de San Pablo: «No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien» (*Rm 12, 21*).

12. Les dejo como recuerdo y como prenda las palabras de despedida de Jesús, que iluminan el futuro y alientan nuestra esperanza: «Yo estoy con Ustedes todos los días hasta el fin del mundo» (*Mt 28, 20*).

En nombre del Señor, vayan Ustedes decididamente a evangelizar el propio ambiente para que sea más humano, fraterno y solidario; más respetuoso de la naturaleza que se nos ha encomendado. Contagien la fe y los ideales de vida a todas las gentes del Continente, no con confrontaciones inútiles, sino con el testimonio de la propia vida. Revelen que Cristo tiene palabras de vida eterna, capaces de salvar a los hombres de ayer, de hoy y de mañana. Revelen a sus hermanos el rostro divino y humano de Jesucristo, Alfa y Omega, Principio y Fin, el Primero y el Último de toda la creación y de toda la historia, también de la que Ustedes están escribiendo con sus vidas.

15. Palabras del presidente Ernesto Zedillo, durante la ceremonia de despedida a S. S. Juan Pablo II

Hangar presidencial. Ciudad de México

Su Santidad, Juan Pablo II:

A nombre de millones de mexicanos agradezco a Su Santidad esta cuarta visita a nuestro país.

La presencia de Su Santidad ha dado enorme alegría a hombres y mujeres de todo México, y su voz se ha escuchado clara en toda América.

El Papa Juan Pablo II ha reconfortado nuestros hogares y ha quedado presente en el corazón de los mexicanos.

Su mensaje de paz y concordia ha traído aliento a las mujeres, a los jóvenes y a los niños; ha dado dicha a los ancianos; ha brindado consuelo a los enfermos, ánimo a los migrantes y refugiados, esperanza a los marginados.

En particular, usted ha subrayado la responsabilidad que tenemos de superar la pobreza y el abandono que sufren las comunidades indígenas y los campesinos.

Usted ha renovado los lazos de amor, los sentimientos de fraternidad y confianza de las familias mexicanas.

Su mensaje de paz y concordia ha sido bienvenido, incluso, por quienes aun sin compartir su credo religioso, son hombres y mujeres de buena voluntad.



Su Santidad nos ha recordado que todos debemos promover el progreso común en el marco de sociedades justas, abiertas y reconciliadas, y que cada uno comparte el deber de que todos los seres humanos convivamos con respeto, tolerancia y dignidad.

Con sus palabras, Su Santidad nos ha recordado que la responsabilidad de todo gobernante y todo representante es servir a los ciudadanos, hablando siempre con la verdad, actuando con honestidad, trabajando con incansable dedicación.

A la vez, con sus palabras, Su Santidad nos ha recordado que una misión humana fundamental es



diseminar un mensaje de paz y solidaridad, y que ese mensaje debe ser transmitido con humildad y prudencia, nunca con protagonismos vanos.

Con palabras siempre cordiales, Su Santidad nos ha recordado que el anhelo de todos los hombres y mujeres de buena voluntad, es que en el próximo milenio prevalezca la unidad, no las divisiones; prevalezca la fraternidad, no los antagonismos; prevalezca la paz, no las guerras; que entre todos seamos capaces de erigir un mundo más humano, más fraterno, más justo.

Durante estos días, Su Santidad ha constatado que el pueblo mexicano nunca ha estado ni estará abatido; que el pueblo mexicano tiene una gran riqueza espiritual, que le da vigor y alegría cada día, que le da confianza en sus capacidades y entusiasmo por sus tareas.

Por eso, como en cada una de las anteriores visitas pastorales, el júbilo de los mexicanos se ha desbordado al paso de Su Santidad, y esta cuarta visita del Papa, deja a los mexicanos más unidos y más esperanzados en nuestro porvenir.

México quiere al Papa porque sabe cómo quiere el Papa a México.

Estoy seguro de que la visita de Su Santidad nos ha dejado, a todos los mexicanos, mejor preparados para vivir siempre conforme a las exigencias de la ley y el respeto a los derechos humanos; mejor preparados para

avanzar unidos en la libertad y la democracia.

La visita de Su Santidad también ha dejado a los mexicanos mejor preparados para que, con su esfuerzo y perseverancia, construyamos un progreso duradero y equitativo; un progreso con genuino rostro humano; un progreso que sea base firme de una vida digna para todos.

La visita de Su Santidad ha dejado a todos los mexicanos mejor preparados para procurar siempre el diálogo sincero y fecundo, para sumar nuestras voluntades a fin de lograr los acuerdos que sean caminos seguros de prosperidad y de justicia.

Su Santidad, a nombre de millones de mexicanas y mexicanos:

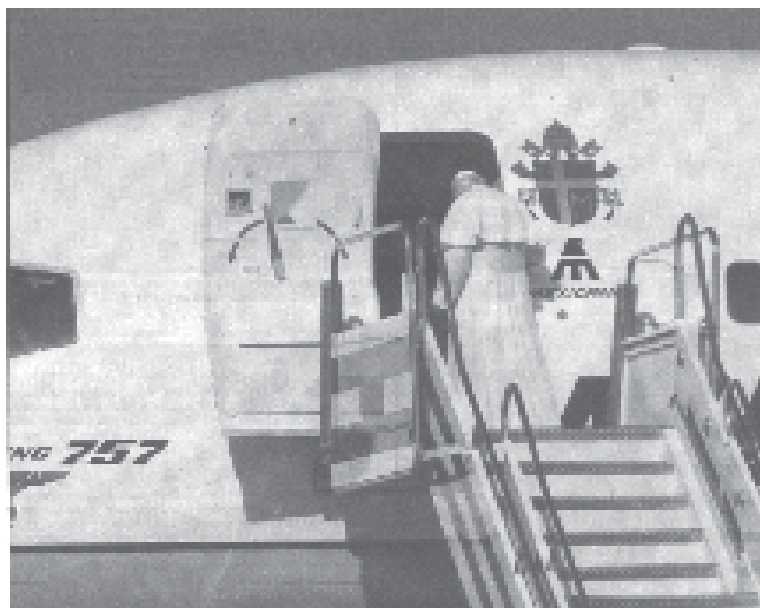
Gracias, muchas gracias, por esta visita que nunca olvidaremos.

Gracias, muchas gracias, por fortalecer la concordia y el amor entre los mexicanos.

Gracias, muchas gracias, por dejarnos con el corazón lleno de esperanza y con un ánimo vigorosamente fortalecido para seguir luchando por el bienestar y la equidad.

Su México amigo le llevará a usted siempre en el corazón. Este México amigo, siempre recordará con cariño y gratitud, al Papa Juan Pablo II.

¡Hasta muy pronto!



16. Despedida del Papa en la Ceremonia de despedida

Hangar presidencial. Ciudad de México

Sr. Presidente.

Señores Cardenales y Hermanos en el Episcopado.

Excelentísimas Autoridades.

Amadísimos hermanos y hermanas de México.

1. Las densas y emotivas jornadas con el Pueblo de Dios que peregrina en tierras mexicanas han dejado en mí una profunda huella. Me llevo grabados los rostros de tantas personas encontradas durante estos días. Estoy muy agradecido a todos por su cordial hospitalidad, expresión genuina del alma mexicana, y sobre todo por haber podido compartir intensos momentos de oración y reflexión en las celebraciones de la Santa Misa en la Basílica de Guadalupe y en el Autódromo «Hermanos Rodríguez», en la visita al Hospital «Licenciado Adolfo López Mateos» y el memorable encuentro con las cuatro generaciones en el Estadio Azteca.

2. Pido a Dios que bendiga y recompense a todos los que han cooperado en la realización de esta Visita. Le estoy muy reconocido, Señor Presidente, por sus amables palabras a mi llegada, por haberme recibido en su Residencia Presidencial, por todas las atenciones que ha tenido hacia mi persona, así como por la colaboración prestada por las Autoridades.

Mi gratitud se extiende también al Señor Cardenal Norberto Rivera Carrera. Arzobispo Primado de México, así como a los demás Obispos mexicanos y a los venidos de todo el Continente, que han colaborado para que esta visita se viviera con toda intensidad. Mi agradecimiento se hace oración in-

vocando al Cielo las mejores bendiciones para este pueblo que en tantas ocasiones ha demostrado su fidelidad a Dios, a la Iglesia y al Sucesor de san Pedro. Por eso, desde aquí elevo mi voz hacia lo alto.



¡Dios te bendiga, México!, por los ejemplos de humanidad y de fe de tus gentes, por los esfuerzos en defender la familia y la vida.

¡Dios te bendiga, México», por la fidelidad y el amor de tus hijos a la Iglesia. Los hombres y mujeres que componen este rico mosaico de tus diversas y féculas culturas encuentran en Cristo la fuerza para superar antiguos o recientes antagonismos y sentirse hijos de un mismo Padre.

¡Dios te bendiga, México!, que cuentas con numerosos pueblos indígenas cuyo progreso y respeto quieres promover. Ellos conservan ricos valores humanos y religiosos y quieren trabajar juntos para construir un futuro mejor.

¡Dios te bendiga, México!, que te esfuerzas en desterrar para siempre las luchas que dividieron a tus hijos mediante un diálogo profundo y constructivo. Un diálogo en el que nadie quede excluido y acumule aún más a todos tus habitantes, a los creyentes fieles a su fe en Cristo y a los que están alejados de El. Sólo el diálogo fraterno entre todos dará vigor a los proyectos de futuras reformas, auspiciadas por los ciudadanos de buena voluntad, pertenecientes a todos los credos religiosos y a los diversos sectores políticos y culturales.

¡Dios te bendiga, México!, que sigues extrañando a tus hijos emigrantes en busca de pan y trabajo. Ellos han contribuido también a propagar la fe católica en sus nuevos ambientes y a construir una América que, como manifestaron los Obispos en el Sínodo, quiere ser solidaria y fraterna.

¡Dios te bendiga, México!, por la libertad religiosa que vas reconociendo para quienes lo añoran dentro de tus fronteras. Esta libertad, garantía de pleno sentido a las demás libertades y derechos fundamentales.

¡Dios te bendiga, México!, por la Iglesia que está presente en tu suelo. Los Obispos, junto con los sacerdotes, consagrados, consagradas y laicos, comprometidos en la nueva evangelización, fieles a Cristo y a su Evangelio, anuncian en su tierra, desde hace casi cinco siglos, el Reino de Dios.

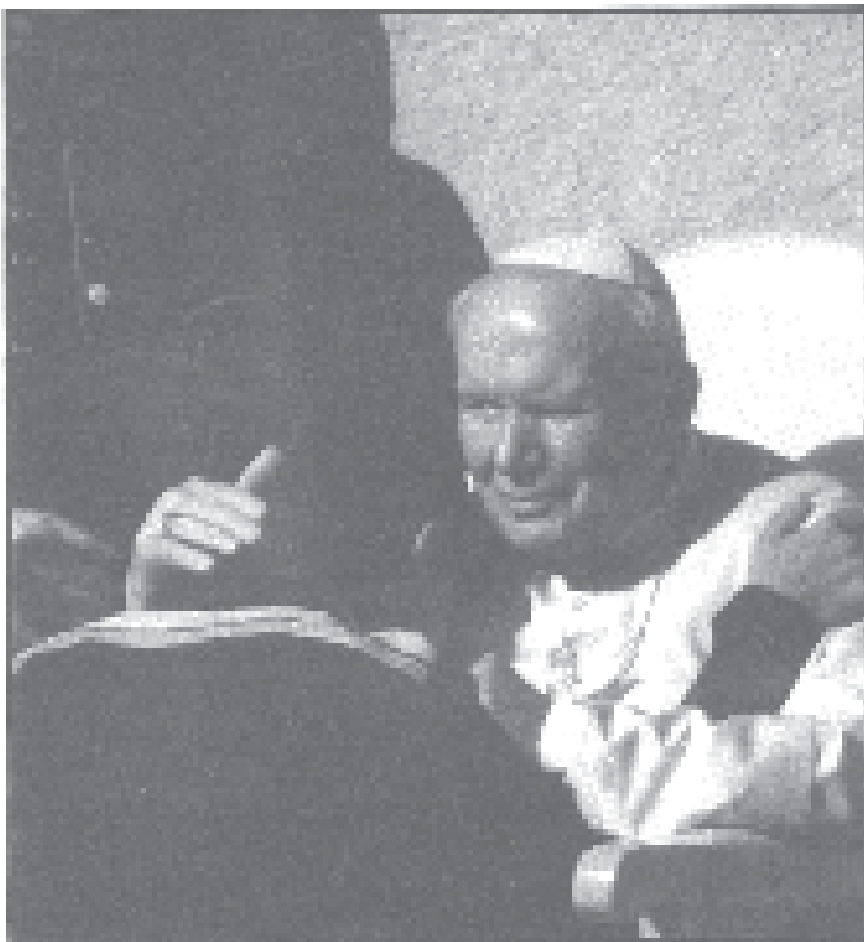
3. México es un gran País, que hunde sus raíces en un gran pasado rico por su fe cristiana y abierto hacia el futuro en su clara vocación americana y mundial.

Recorriendo las calles del Distrito Federal, teniendo presente en el corazón a los Estados que integran a la Nación, he sentido nuevamente el latir de este noble pueblo, que con tanto afecto me recibió en mi primer viaje apostólico fuera de Roma, al inicio de mi ministerio petrino. En su acogida veó el fiel reflejo de una realidad que se abre camino en la vida mexicana: la de un nuevo clima de relaciones respetuosas, sólidas y

constructivas entre el Estado y la Iglesia, superando otros tiempos, que, con sus luces y sobras, son ya historia. Este nuevo clima favorecerá cada vez más la colaboración en favor del pueblo mixicano.

4. Al concluir esta visita pastoral, quiero reafirmar mi plena confianza en el porvenir de este pueblo. Un futuro en el que México, cada vez más evangelizado y más cristiano, sea un país de referencia en América y en el mundo: un país donde la democracia, cada día más arraigada y firme, más transparente y efectiva, junto con la gozoza y pacífica convivencia entre sus gentes, sea siempre una realidad bajo la tierna mirada de su Reina y Madre, la Virgen de Guadalupe.

Para Ella mi última mirada y mi último saludo antes de dejar por cuarta vez esta bendita tierra mexicana. A Ella confío a todos y a cada uno de sus hijos mexicanos, cuyo recuerdo llevo en mi corazón. ¡Virgen de Guadalupe, vela sobre México! ¡vela sobre todo el querido Continente americano!



Exhortación apostólica postsinodal Ecclesia in América

(RESUMEN)

Las palabras con las cuales se abre esta exhortación apostólica - *Ecclesia in América* - indican claramente la pertenencia de la misma a la serie de documentos pontificios que concluyen las diversas asambleas sinodales, continentales y regionales, que el Santo Padre ha convocado en preparación al tercer milenio. Se trata, por lo tanto, de un instrumento del Magisterio del Sumo Pontífice que recoge sintéticamente todos los trabajos sinodales y ofrece las líneas pastorales de la nueva evangelización para la Iglesia que peregrina en el Continente americano.

El documento se articula a través de una introducción, seis capítulos y una conclusión.

En la introducción se presenta brevemente no solo el tema de la Asamblea Especial sino también la génesis del proceso que llevó a su convocación por parte del Santo Padre, en continuidad con la celebración de los quinientos años del comienzo de la evangelización en América y en la perspectiva del Gran Jubileo del año 2000. Así mismo, se pone en relieve la riqueza de la experiencia vivida en el sínodo como expresión de la unidad de los Pastores del Pueblo de Dios con el Sucesor de Pedro en el Colegio episcopal. Esta comunión se presenta como un signo de la

unidad de todo el Continente, a la cual la Iglesia, confiando en la ayuda de Jesucristo vivo y operante en ella, desea servir abriendo los caminos de una nueva evangelización.

Los diversos capítulos que siguen se desenro-

llan según el argumento de fondo propuesto por el tema de la Asamblea sinodal: «Encuentro con Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América». Así, el primer capítulo se refiere al encuentro con el Señor resucitado - tal como es presentado por los diversos relatos del Nuevo Testamento - y a la Iglesia, como lugar donde los hombres pueden descubrir la presencia de Jesucristo y encontrarse con él. Un puesto privilegiado en este itinerario del encuentro



con el Señor, que la Iglesia en América desea recorrer guiada por el Espíritu Santo es asignado a la Santísima Virgen María. Ella, en efecto, ha tenido un papel de gran relieve con su aparición al indio luan Diego en la colina del Tepeyac en el año 1531. Es por este motivo que el Santo Padre, acogiendo gozosamente la propuesta de los Padres sinodales, establece que el día 12 de diciembre se celebre en todo el Continente la fiesta de Nuestra

Señora de Guadalupe, Madre y Evangelizadora de América.

Continuando con el tema del encuentro, el capítulo segundo desarrolla ese mismo argumento en el contexto de la situación actual de América abordando la cuestión desde una perspectiva pastoral. El primer aspecto tratado es el de la identidad cristiana de todo el Continente, expresión del don de la fe recibida y elemento determinante de la fisonomía religiosa americana. Luego se pasa a una visión de conjunto de las manifestaciones de esa identidad cristiana: las vidas de tantos santos y beatos que han enriquecido la Iglesia con sus testimonios de fe, esperanza y caridad, así como también la característica piedad popular profundamente enraizada en las diversas naciones como expresión de la inculturación de la fe católica. Después se abordan diversos otros temas, siempre desde una óptica pastoral, para ser retomados más adelante en orden a la formulación de algunas propuestas concretas: la presencia católico-oriental en América, la acción de la Iglesia en el campo de la educación y de la acción social, el creciente respeto de los derechos humanos, el fenómeno de la globalización, la realidad de la urbanización, el peso de la deuda externa, la corrupción, el comercio y el consumo de drogas y la preocupación por la ecología.

El capítulo tercero entra en el tema de la conversión señalando la urgencia del llamado y la necesidad de dar una respuesta integral, es decir, que contemple no sólo una dimensión personal sino también social y comunitaria. Además, la conversión es presentada como un itinerario permanente que la Iglesia en América, guiada por el Espíritu Santo, está llamada a recorrer para vivir un nuevo estilo de vida centrado en una espiritualidad de la oración comprometida con las exigencias del Evangelio en todos sus aspectos. Una vez más se evidencia la necesidad de la penitencia y la reconciliación - expresión sacramental de la metanoia interior - para alcanzar la meta de la santidad, a la cual está llamado todo ser humano y cuyo camino no es otro que la misma persona del Señor Jesús.

El tema de la comunión es desarrollado en el cuarto capítulo, a partir del concepto de Iglesia como sacramento, es decir, como signo e instrumento de la unidad en Cristo de todos los hombres

entre sí y con Dios. Medios privilegiados para lograr esa comunión de vida en la Iglesia son los sacramentos de la iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía. cuya recepción fructuosa - se recuerda - dependerá de un adecuado esfuerzo catequizador. Un rol especial en la tarea de construir la comunión eclesial es asignado a los obispos, los cuales están llamados a ser promotores de la unidad en sus propias iglesias particulares y en la sociedad en general. La necesidad de trabajar por la comunión se extiende también a la colaboración entre las iglesias particulares de todo el Continente, una de cuyas manifestaciones concretas haya sido la misma realización de la Asamblea sinodal.

A continuación, siempre dentro del mismo capítulo. se tratan otros aspectos que indican otras tantas urgencias pastorales que la Iglesia en América deberá enfrentar para lograr acrecentar cada vez más la comunión en Cristo de todo el Pueblo de Dios: las relaciones con las iglesias católicas orientales; el esfuerzo por consolidar la unidad del presbiterio en cada iglesia particular; el fomento de la pastoral vocacional y la formación de los seminaristas, para vivir en comunión con sus hermanos: la renovación de la institución parroquial, como lugar privilegiado para tener una experiencia concreta de Iglesia: la diligente formación y acompañamiento de los llamados al diaconado permanente; la revalorización de la vida consagrada en el futuro de la nueva evangelización; la participación de los laicos en la vida eclesial; el adecuado reconocimiento de la aportación del genio femenino, tanto en la sociedad como en la Iglesia; la importancia de la familia cristiana como iglesia doméstica; el acompañamiento pastoral de los jóvenes y de los niños, que constituyen la esperanza del futuro: la cooperación y el diálogo con otras Iglesias cristianas y comunidades eclesiales, así como también con las comunidades judías y las religiones no cristianas.

El quinto capítulo está dedicado al tema de la solidaridad, el cual es abordado como fruto de la comunión en Cristo. Un apremiante llamado es dirigido a los agentes de evangelización en América para que anuncien con renovada fuerza la Doctrina Social de la Iglesia ante los graves problemas de orden social. Esta tarea es presentada como una

verdadera prioridad pastoral para enfrentar el complejo fenómeno de la globalización y de sus consecuencias en los diversos campos de la vida social en el Continente americano. Es, a la luz del Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia, que puede apreciarse claramente la real dimensión de los llamados «pecados sociales que claman al cielo». Por ello la Iglesia en América está llamada a no dejar de alzar su voz para recordar que el fundamento sobre el que se basan los derechos humanos es la dignidad de la persona, la cual es la mayor obra divina de la creación. Una especial exhortación es dirigida a toda la Iglesia en América para que continúe a trabajar por los pobres y marginados y para que esta acción pastoral sea cada vez más un verdadero camino para el encuentro con Cristo. También se incluye en este capítulo el problema de la deuda externa; que aflige a muchos pueblos del Continente americano. En este sentido, el Santo Padre se une al deseo, expresado ya por los padres sinodales, de trabajar en el estudio y el diálogo con representantes del Primer Mundo y con responsables de las relaciones económicas internacionales, para encontrar vías de solución a esta compleja realidad. Finalmente se tratan otros aspectos sociales en los cuales la presencia de la Iglesia también ha de ser relevante para crear una verdadera cultura de la solidaridad: la lucha contra la corrupción, el problema de las drogas, la carrera armamentista, la cultura de la muerte como expresión de una sociedad dominada por los poderosos, la realidad de los pueblos indígenas y los americanos de origen africano, así como también la problemática de los inmigrantes.

El sexto capítulo está dedicado a la misión de la Iglesia en el hoy de América, descrita en términos de nueva evangelización. Recordando una vez más el mandato de Cristo de anunciar el Evangelio al mundo entero, el Santo Padre envía a la Iglesia que está en el Continente americano a proclamar a Jesucristo, Buena Nueva y Primer evangelizador.

Él es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre. El verdadero impulso evangelizador surge, por lo tanto, del encuentro con Cristo en la Iglesia. De ahí, la importancia de la catequesis, cuyo objetivo principal es la presentación explícita de la fe en toda su amplitud y con las correspondientes implicancias prácticas en la vida social. La

nueva evangelización alcanza también el campo mas vasto de la cultura. A este respecto, se exhorta a inculturar la predicación del Evangelio para que éste sea anunciado en el lenguaje y la cultura de los que deben recibir el mensaje, sin olvidar, al mismo tiempo, la objetiva validez universal del misterio pascual de Cristo. La promoción de la inculturación de la Buena Noticia debe concretizarse también en la evangelización de los centros educativos y de los medios de comunicación. No pasa inadvertido el problema de las sectas en América, el cual constituye un grave obstáculo para el esfuerzo evangelizador. En relación a este punto, se invita a toda Iglesia que está en el Continente a poner en práctica iniciativas de pastorales coordinadas que excluyendo los métodos proselitistas usados por las mismas sectas, se orienten a **una renovación** de la actividad pastoral a través de un anuncio kerigmático gozoso y transformante. **Finalmente, el Santo Padre** realiza un llamado especial a la Iglesia en América a permanecer abierta a la **misión ad gentes para** que los proyectos pastorales no se limiten a revitalizar la fe de los creyentes rutinarios, sino también a anunciar a Cristo en todos los ambientes donde es desconocido. Más aún, acogiendo una propuesta de los padres sinodales, el Sumo Pontífice invita a fomentar con dinamismo y creatividad una mayor cooperación entre las iglesias hermanas, no sólo dentro del Continente sino también más allá de sus fronteras.

El documento se concluye con palabras de gratitud y esperanza para que la Iglesia en América se disponga a traspasar el umbral del Tercer milenio con confianza serena en el Señor de la historia, y convencida del servicio primordial que ella debe prestar en testimonio de fidelidad a Dios y a los hombres y mujeres del Continente. Confiando en el poder de la oración, el Santo Padre propone una plegaria para las familias, las comunidades y grupos eclesiales donde dos o más se reúnen en nombre del Señor, para que todos se unan a la súplica del Sucesor de Pedro invocando a Jesucristo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad en América.

Con el Santo Padre Juan Pablo II
crucemos el umbral del tercer milenio.

Lectio Divina: "Año del Padre"

PARA DESCUBRIR AL DIOS DE LA MISERICORDIA"

*Libro: Lucas, evangelista de la ternura de Dios
Francesc Ramis Darder (Ed. Verbo divino).*

INTRODUCCION

Lucas es el evangelista que mejor nos describe la ternura y la misericordia de Dios. El objetivo de estas lectio es descubrir la misericordia de Dios con sus amigos, con la finalidad de confirmarnos en el seguimiento de Jesús. Para llevar a término nuestra tarea comentaremos algunos fragmentos propios del tercer evangelio; en esos episodios es donde Lucas ha descrito mejor la ternura y la misericordia del Señor.

Comenzaremos explicando, en líneas generales, la estructura y los grandes temas del evangelio. En esta primera parte pondremos de manifiesto el núcleo de nuestra reflexión: Jesús es el Señor que actúa en nuestra vida mediante la misericordia. Seguidamente leeremos la parábola del hijo pródigo y descubriremos el rostro del Dios de la ternura.

En segundo momento nos haremos una pregunta: ¿cómo actúa el Dios de la misericordia? Responderemos a esta cuestión comentando dos pasajes: la narración de Zaqueo (Lc 19, 1-10), y la curación de los diez leprosos (Lc 17, 11-19). El



primer fragmento nos presenta la misericordia de Dios convertida en perdón y el segundo nos describe la ternura de Dios hecha curación.

La tercera parte de nuestro estudio también comienza con una pregunta: ¿Dónde puedo encontrarme yo con el Señor de la misericordia? Un creyente descubre la proximidad de Dios en cualquier acontecimiento de su vida. Nos encontramos, de manera privilegiada, con el Señor de la misericordia, en dos momentos: durante la celebración de la Eucaristía y en nuestra clara opción por los pobres. La narración de los discípulos de

Emaús (Lc 24, 13-35 nos describe la Eucaristía. La parábola del buen samaritano (Lc 10, 29-37) nos comenta la opción por los pobres.

¿Qué actitudes debemos tener para percibir en la Eucaristía y en los pobres al Dios de la misericordia? Las actitudes son dos: la humildad y la plegaria. La humildad nos la presenta la narración del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14); la actitud de plegaria la encontramos descrita en el episodio del buen ladrón (Lc 23, 39-43).

Nos formulamos otra cuestión: ¿Dónde me lleva el encuentro con el Dios de la misericordia? La respuesta es también sencilla: el encuentro con el Dios de la misericordia me impulsa a seguir en mi vida el proyecto de Jesús. Describiremos el episodio de la sinagoga de Nazaret (Lc 4, 16-22).

La exposición de cada uno de estos temas se realiza mediante una estructura determinada: introducción, situación del episodio en el conjunto del evangelio, lectura del texto, elementos de la narración, síntesis final, propuesta de trabajo en grupo y reflexión personal.

METODOLOGIA

1. PARA LA LECTURA

La vida cristiana reposa en dos certezas esenciales: la conciencia de que estamos «en buenas manos», las manos de Dios, y el compromiso de vivir en nuestra vida cotidiana el amor que Dios nos ha entregado primero. Por tanto, al acercarnos a la lectura del evangelio debemos tener claros estos dos aspectos: es necesario conocer bien el evangelio, es decir, saber cómo son las manos de Dios que nos sostienen. Y es imprescindible vivir el evangelio en la existencia humana, o sea, poner en actuación la misericordia de Dios.

LECTIO DIVINA

La *lectio divina* es un antiguo itinerario para la lectura cristiana de la Biblia. Los padres de la Iglesia pusieron los fundamentos y los monjes medievales desarrollaron los diversos pasos de que consta. El siguiente método de lectura de la Sagrada Escritura está inspirado en la *lectio divina* y consta de los siguientes pasos.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor con una breve oración: «Habla Señor, que tu siervo escucha» (1 Sm 3, 10). Hacemos después unos momentos de

silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál fue el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

- a) *Lectura*. Se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: Todos leen de nuevo el texto ayudados por las notas de su Biblia.
- c) *Compartir*: Los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas, también aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2^o Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social, etc.

- a) *Lectura*. De nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*. Cada uno lee el texto en silencio, preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, tratando de descubrir su voluntad. Conviene fijarse en alguna palabra, en alguna acción de Jesús, en la situación de algún personaje, etc.
- c) *Compartir*. Los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

- a) *Lectura*. Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.
- b) *Silencio*. Cada uno ora personalmente expresando a Dios aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere, y buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social, etc.
- c) *Compartir*. Cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común (Padrenuestro u otra oración conocida por todos). También podemos elegir como conclusión un salmo relacionado con el texto leído o un canto. En esta plegaria pedimos a Dios la fuerza para llevar a término el compromiso que hemos asumido.

Narraciones propias de Lucas:

Estos escritos no son muy numerosos pero son especialmente significativos. Quizás sean los que mejor reflejan la misericordia y la ternura de Dios en favor de los hombres: los episodios referentes a María (Lc 1-2); parábola del buen samaritano (Lc 10, 25-37); parábola del hijo pródigo (Lc 15, 11-31); purificación de diez leprosos (Lc 17, 11-19); Jesús y Zaqueo (Lc 19, 1-9); los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35); parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14); el buen ladrón (Lc 23, 39-44); etc.

La enseñanza de Jesús recorre todos los campos de la existencia cristiana: oración, sinceridad, pobreza, servicio, conversión, misericordia, renuncia, humildad, corrección fraterna, responsabilidad, y sobre todo, el gran mandamiento del amor (10, 27). Esta enseñanza la expone con numerosos discursos y parábolas, poniéndola en práctica con algunos milagros.

Actitudes para poder comprender desde la fe el evangelio de la misericordia de Dios

La actitud de fe es la que nos permite experimentar a Jesús como el Señor que actúa en nuestra vida desde la misericordia, y nos permite conocerle a través de la plegaria constante.

Para comprender el evangelio es necesaria la actitud interior de desear ser «amigo de Dios». Recordemos que «ser amigo de Dios» no es otra cosa sino seguir a Jesús cargando la cruz de cada día. El evangelio no se estudia únicamente para conocer mejor a Jesús, se profundiza para seguirlo mejor. Sólo desde el seguimiento radical de Jesús puede conocerse el verdadero rostro de Cristo. La amistad es la forma más privilegiada del amor, porque es aquella relación que brota de la libertad.

María es el ejemplo de la humildad y de la pobreza necesaria para captar el sentido profundo del Evangelio.

La primera frase destaca la actitud de la humildad y la segunda insiste en la pobreza. Sin una clara opción por los pobres y sin una existencia humilde, no es posible el seguimiento de Jesús.

Pensamos, a menudo, que ser humilde consiste en recorrer la vida teniéndonos por poca cosa, o considerándonos continuamente como inferiores a los demás. Eso es una actitud paralizante que nos impide crecer en humanidad, porque perdemos la vida comparándonos con los demás. No es verdad que seamos nada, la verdad es que somos hijos de Dios.

¿Qué es verdaderamente ser humilde? El término humildad es una voz que se origina en la lengua latina *humus*, *humilis* y significa «tierra». Humilde es aquella persona que está sobre la tierra, que «está con los pies en el suelo». Es decir es humilde aquel que sabe mirarse a sí mismo, a los demás y a las cosas, como realmente son, y no como le gustaría a él que fueran. Humilde es aquel que mirándose a sí mismo no tiene miedo de su persona y sabe discernir que es aquello de lo cual ha de convertirse y qué es aquello en lo que debe aceptarse.

Sólo la verdadera humildad permite el desapego de las riquezas y la determinante opción por los pobres. Aquel que no es humilde tiene necesidad de apegarse a muchas cosas para poder vivir, y esas cosas hacen difícil la opción por el reino de los Cielos.

LECTIO DIVINA NO. 1

EL HIJO PRODIGO*Lucas 15, 11-32*

La parábola del hijo pródigo tiene una única finalidad: presentarnos la intimidad del Dios que nos invita a seguirle. El rostro de Dios Padre tiene los rasgos de la vida. El es quien engendra la vida en aquellos que se deciden a ser discípulos suyos. Dios padre genera la vida porque El es amor. La ternura y la misericordia de Dios no constituyen un concepto, sino que se palpan desde la experiencia de habitar en casa del Padre.

El hijo menor representa al discípulo orgulloso que se ha apartado del camino. Fuera de la casa del Dios de la vida se sorbe la desgracia de los ídolos de muerte. El discípulo decide volver a la senda y allí experimenta la profundidad de la vida. El padre lo acoge de nuevo, de alguna manera vuelve a engendrarlo. El amor maternal, paternal y amistoso del Padre, devuelven a aquel hombre vencido, la certeza de sentirse querido.

El hermano mayor es el prototipo de cristiano que ha creído estar siempre en el camino, pero le ha faltado lo más importante: el encuentro personal con el Dios de la vida. Durante toda su existencia, aquel hijo había habitado la casa y había trabajado con afán en sus campos; pero no había experimentado el hondo gozo del amor del padre.

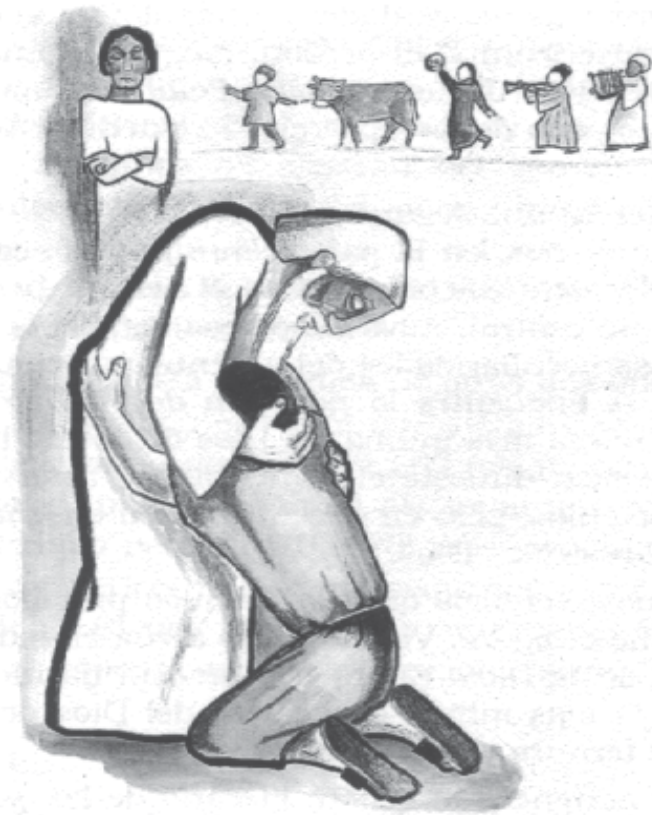
Nuestro Dios es el *Señor de la Vida*. Cuando nos apartamos de El, como el hijo menor, nos sale al encuentro la experiencia del abandono; cuando nos cerramos a El, como el hijo mayor, nos acontece la

rutina del sin sentido y la tristeza. Pero lo más importante es que junto a nosotros está un Dios que es Padre, cuyo rostro es la misericordia y la ternura, y cuya opción es hacernos vivir. El darnos cuenta de que estamos en las buenas manos del Dios de la vida, constituye nuestra suerte y, a la vez, el reto de nuestra existencia.

Nuestro Dios es el Señor de la vida. En ocasiones nos apartamos del camino del Dios de la vida y nos precipitamos, sin darnos cuenta, en las tinieblas del poder de los ídolos. Pero aunque huyamos de Dios, El siempre nos acoge y nos espera porque es amor y ternura. Nuestra parábola es una invitación a volver a la casa del Padre, a reiniciar nuestro camino junto a Dios, y a experimentar juntamente con Él, el gozo de la plenitud vital.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor leyendo estas palabras de la Escritura: «Mira: hoy te pongo delante la vida y el bien, la muerte y el mal. Si obedeces los mandatos del Señor, tu Dios, siguiendo sus caminos, guardando sus preceptos, mandatos y decretos, vivirás y crecerás» (Dt 30, 15-16). Hacemos unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiendo a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.



1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

- a) *Lectura*: se proclama en voz alta la parábola, mientras todos escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: todos leen de nuevo la parábola personalmente y consultan las notas de la Biblia. Luego reflexionan sobre estas preguntas:
 - * ¿Qué personajes intervienen en esta parábola?
 - * ¿Cómo actúa cada uno y cómo reacciona ante lo que los demás hacen o dicen?
 - * ¿Qué razones tienen para actuar de esa manera?
 - * ¿Hay algo que te parezca ilógico o chocante en esta historia?
 - * ¿Qué relación hay entre la parábola y la situación en que Jesús la pronuncia? (Lee Lc 15,1-2).
- c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2^o Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje de la Palabra en nuestra situación personal, comunitaria, social ...

- a) *Lectura*: de nuevo se lee la parábola en voz alta, mientras los demás escuchan con atención.
- b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio y se pregunta:
 - * ¿Con cuál de los personajes de la parábola te identificas espontáneamente? ¿Por qué?
 - * ¿Qué imagen de Dios descubres para tu vida en este pasaje? ¿Es compatible con otras ideas sobre Dios que a veces tenemos?
- c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en el tiempo de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a nuestra vida, desde la luz que nos ha dado la Palabra de

Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

- a) *Lectura*: se lee, de nuevo, el texto en voz alta mientras todos escuchan con esmero.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que la Escritura invita a pedirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la propuesta que nos hace la Palabra. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social...
- c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o, compartir con los demás el compromiso que ha alcanzado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración en común o con un canto apropiado. Tal vez podríamos orar con el Salmo 1, que nos presenta las dos posibles opciones ante la vida: o rezar juntos el Padrenuestro.

¿COMO ACTUA EL DIOS DE LA MISERICORDIA?

Zaqueo

Lucas 19, 1-10

El evangelio de Lucas es el texto de la misericordia de Dios. Jesús es el Señor que nos trae la liberación mediante el ejercicio fiel de la misericordia. La misericordia no es un concepto sino una realidad que se manifiesta con muchas caras. El primer rostro de la misericordia de Dios con los hombres es el perdón. El episodio de Zaqueo nos muestra la misericordia de Dios convertida en perdón.

Zaqueo es el prototipo de persona al que las circunstancias de la vida y sus propias acciones, le han llenado el corazón de amarga culpabilidad. La opinión de las gentes y su propio sentimiento de culpa hacen de Zaqueo una persona empequeñecida. Él piensa que en su vida no es posible ningún cambio. Únicamente es posible sobrevivir provocando miedo en los demás, y soportando la dura respuesta del odio y el desprecio.

En el seno de este círculo vicioso hace acto de presencia inesperadamente Jesús de Nazaret. Él,

con su mirada y su palabra, otorga el perdón a Zaqueo. Una vez perdonado, Zaqueo recobra su dignidad humana y, poniéndose de pie, reconoce a Jesús como el único Señor de su vida. El perdón permite a Zaqueo convertirse, y una vez convertido puede iniciar la senda del bien, que no es otra cosa que repartir entre sus hermanos la misericordia vertida por Jesús en su propia existencia.

Jesús no libera a Zaqueo por casualidad. La vida de Jesús es la encarnación del proyecto liberador de Dios entre los hombres. Jesús «tiene que» liberar al cobrador de impuestos porque para esta misión ha sido enviado. Pero Jesús libera de un modo muy especial. Él es el *Hijo del Hombre* que nos trae la liberación de Dios convertida en servicio, humildad y vida compartida.

LECTIO DIVINA NO. 2

ZAQUEO

Lucas 19, 1-10

Muchas veces el Señor llega a nuestra vida por sorpresa, al igual que inesperadamente salió al encuentro de Zaqueo. La vida cristiana es la atenta espera para encontrarnos con Dios en cada rincón de nuestra existencia. Zaqueo, sin saberlo, preparó el camino del Señor. Por curiosidad salió a la calle a ver pasar a Jesús.

En este rato de lectura del Evangelio, vamos a encontrarnos con la grata sorpresa de Jesús. Que la mirada y la palabra del Señor nos otorguen el perdón y nos permitan vivir la misericordia.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor invocándolo de esta manera: *Ven, Señor Jesús.*

Hacemos después unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1er Paso: Lectura atenta del texto (lectio)

En este primer momento la atención se fija en el

texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee de nuevo el pasaje y consulta las notas de su Biblia. Tratamos de responder a estas preguntas:

* ¿Qué dificultades tiene que superar Zaqueo para encontrarse con Jesús?

* ¿Qué dificultades tiene que superar Jesús para encontrarse con Zaqueo?

* ¿Cómo afecta a la vida de Zaqueo su encuentro con Jesús?

* *A fin de cuentas, ¿es Zaqueo quien busca a Jesús o Jesús quien busca a Zaqueo?*

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (meditatio)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social.



- a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: Nos preguntamos:
- * ¿Qué dificultades experimentas en tu vida para encontrarte con Jesús?
 - * ¿En qué debería cambiar tu vida si dejases que Jesús se encontrara contigo? ¿Estarías dispuesto a asumir esos cambios?
- c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

- a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura hace decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación de Dios. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social.
- c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común o con un canto apropiado. Quizás podríamos rezar juntos el Salmo 51, (50) en que el orante implora de Dios el perdón y la misericordia.

LECTIO DIVINA NO. 3

PURIFICACIÓN DE LOS DIEZ LEPROSOS

Lucas 17, 11-19

El milagro de los diez leprosos nos ha presentado la misericordia de Jesús convertida en curación. Esta narración es muy adecuada para explicarnos tres cosas: la naturaleza de los milagros, el verdadero discipulado cristiano y la naturaleza de la fe.

El verdadero milagro no consiste en la desaparición de la lepra. Para nueve leprosos ha habido una simple purificación de la lepra, pero solamente para uno de ellos se ha producido un milagro. Este leproso mediante el hecho de la desaparición de la lepra, ha descubierto el signo de la presencia del Dios liberador. Éste es el verdadero milagro.

El núcleo de la vida cristiana estriba en el encuentro personal con Jesús. Durante la pasión, Pilato preguntó a Jesús: «¿Qué es la verdad?» (Jn 18, 38). Jesús no responde a esta pregunta porque la verdad cristiana no es un qué, es un quién. Jesús es ese alguien, es el «camino, la verdad y la vida» (cf. Jn 14, 6).

A veces los cristianos consideramos a Jesús como a un buen maestro o un excelente líder y lo admiramos por su doctrina. El cristiano no es el seguidor de ninguna doctrina, ni de ningún libro ni de ningún *qué*. Los cristianos seguimos a *alguien* vivo entre nosotros. Si nos falta el encuentro personal con Jesús, habremos conocido una excelente moral, pero nos faltará lo más esencial: la amistad íntima con el Dios que nos ama.

La fe es la capacidad de contemplar nuestra vida y el devenir del mundo con los ojos de Dios. Para un creyente cualquier cosa que le sucede en la vida es un milagro, un signo de la presencia cercana de Dios. Acostumbrémonos a ver nuestra vida desde la mirada tierna de Dios y desde la certeza de estar en sus manos. Entre los cristianos, ésta ha de ser la única visión de la vida: la lectura creyente de la realidad.

A lo largo de nuestra vida se dan, ciertamente, muchos milagros. Pequeños o grandes signos que

nos anuncian la presencia salvadora de Jesús entre nosotros. Al comentar el episodio de la purificación de los diez leprosos intentaremos comprender mejor lo que es un milagro. También nos daremos cuenta de que para descubrir los signos de la presencia de Dios entre nosotros, nos es necesaria la fe. No una fe cualquiera, sino la fe que tiene su confianza puesta en la liberación otorgada por Jesús.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Hacemos después unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria o una invocación al Espíritu Santo, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus primeros destinatarios.

- a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: todos leen de nuevo el pasaje ayudados por las notas de su Biblia. Reflexionamos sobre estas preguntas:
 - * ¿Por qué se acercan los leprosos a Jesús? ¿Qué le piden?
 - * ¿Cómo reacciona Jesús ante esta petición?
 - * ¿Qué hacen los leprosos al ver que han quedado limpios de su enfermedad?
 - * ¿Qué gestos realiza el leproso samaritano? ¿Nos enseñan algo sobre Jesús?
 - * ¿Qué revelan las palabras de Jesús dirigidas al leproso samaritano?



- c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2^o Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social.

- a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: Nos preguntamos:

- * Mira a tu alrededor y contesta: ¿quiénes son en nuestra sociedad actual los «leprosos»? ¿Cómo reaccionamos ante ellos?
- * ¿De qué «lepra» necesitas tú ser curado?
- * ¿De qué cosas te sientes agradecido? ¿Qué lugar ocupa en tu vida de fe la acción de gracias?

- c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

- a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere para decir a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación hecha por el Señor. Deja que brote espontáneamente de tu corazón la acción de gracias.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio o, compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración realizada en común o con un canto apropiado. Podríamos leer también algún Salmo, tal vez el Salmo 40 que es a la vez acción de gracias y petición de auxilio; o el 41, la plegaria de un enfermo abandonado.

Un maestro de la Ley era un personaje dedicado a la enseñanza de la Ley judía contenida en la Escritura y transmitida por la tradición oral. Además juzgaba y discernía la mejor manera de aplicar la Ley del Antiguo Testamento a cada circunstancia concreta de la vida. El Antiguo Testamento tiene diversas partes: *Ley, Profetas y Escritos*. Para el mundo judío la parte más destacada era la Ley constituida por los cinco libros del *Pentateuco*: (Gn, Éx, Lv, Nm, Dt). El Pentateuco no contiene únicamente leyes, en él hay muchas secciones de historia, pero el apartado de las leyes constituyen una parte muy sustancial. Además de las leyes contenidas en la Ley escrita, había numerosos preceptos y normas que se transmitían solamente de una manera oral y que sólo conocían e interpretaban los maestros de la Ley.

El *Pentateuco* presenta numerosas leyes, por ejemplo Nm 29, 7 que nos habla de las ofrendas del día de la expiación. El texto dice: «...ayunaréis y no realizaréis ningún trabajo». Pero podía suceder que realizar un trabajo fuera imprescindible. Era necesario -por ejemplo- caminar; entonces el maestro de la Ley estudiaba la cuestión, y respondía a quien le preguntaba cuántos pasos se podían dar sin cometer pecado durante la fiesta de la expiación.

Eran unos maestros muy eruditos en el conocimiento de la Ley y, a veces, muy diestros para inventar subterfugios que rebajaban la exigencia en el cumplimiento de los preceptos legales. Tendían a conocer bien la Ley pero la practicaban poco. Observemos que este maestro ignora -o hace ver que ignora- saber quién es su prójimo, cuando el AT no se cansa de insistir en la relación privilegiada que debe guardarse en favor de los débiles:

«Cuando coseches la mies de tu tierra, no siegues hasta el borde del campo... los dejarás para el pobre y el forastero. No oprimirás a tu prójimo. No retendrás el salario del jornalero. No maldecirás a un mudo...» (Lv 19, 9-14).

Jesús cuenta la parábola del *buen samaritano* al maestro. Pero fijémonos que después no le pregunta: «¿Quién de estos tres te parece que *ha cumplido la Ley* con este hombre asaltado?». Le pregunta: «¿Cuál de estos tres hombres te parece que *se comportó como prójimo* con el hombre que ha sido asaltado?».

El maestro no responde diciendo que el buen comportamiento lo habría tenido el levita o el sacerdote. Estos dos personajes cumplieron bien la Ley, no tocaron sangre ni entraron en contacto con un desconocido que les hubiera impedido participar en el culto. Pero ninguno de los dos amó al hombre herido, no tuvieron misericordia de él. El maestro responde que el que contempló al hombre herido como prójimo fue el que trató al herido con amor, con misericordia.

El texto no ha descrito teóricamente la misericordia, ha puesto un ejemplo claro de lo que es actuar con misericordia: cuando el samaritano ve al hombre herido siente misericordia, el texto bíblico nos dice que «se le conmovieron las entrañas», ante la presencia de aquel hombre maltratado. Se acerca a su lado: le venda las heridas echándole aceite y vino; lo monta en su propia cabalgadura lo lleva a la posada y lo cuida; al día siguiente da dinero al posadero y le pide que lo cuide y añade: «...cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta».

Jesús le dice al maestro: «Vete y haz tú lo mismo». No le dice: «Ve y aprende lo que has oído», ni tampoco le dice: «Explica a la gente lo que yo te he enseñado». Jesús habla de acción, y acción realizada desde la capacidad de amar: «Vete y haz tú lo mismo». Hábilmente, Jesús ha cambiado la pregunta de su interlocutor. No se ha limitado a responder: ¿quién es mi prójimo?, sino que ha insistido en enseñar ¿qué debo hacer yo para ser prójimo de los demás? El Evangelio no se lee sólo para conocer a Jesús, se estudia para seguir a Cristo mejor: el Evangelio no son datos sino vivencia de la misericordia.

PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

Lucas 10, 25-37

Introducción: Preparamos nuestro interior

La parábola del *buen samaritano* se halla enmarcada entre otros textos que nos hablan de la oración: la oración de Jesús (Lc 10, 21-23) y la narración concerniente a Marta y María (Lc 10, 38-41). Una vida de oración es lo único que nos permite descubrir en el rostro de los pobres la presencia sufriendo de Jesús. Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor y leemos el fragmento de la oración de Jesús (Lc 10, 21-24). Hacemos después unos momentos de silencio y concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios a través de él.

- a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: todos leen de nuevo el texto ayudados por las notas de su Biblia. Reflexionamos sobre las siguientes preguntas:
 - * ¿En qué situación narra Jesús esta parábola? ¿Qué pregunta le había formulado el maestro de la Ley?
 - * ¿Cómo reaccionan el sacerdote y el levita ante el hombre herido? ¿Por qué actúan así?

- * ¿Cómo reacciona el samaritano? ¿Por qué? Haz una lista de todas las cosas que hace por aquel hombre.
- * ¿Qué quiere enseñar Jesús por medio de esta parábola?



- c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2° Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social ...

- a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, tratando de descubrir su voluntad. Nos preguntamos:
 - * ¿Nos comportamos a veces como el sacerdote o el levita? ¿Por qué lo hacemos?
 - * ¿Podrías contar alguna experiencia personal en la que te hayas sentido tocado por la compasión como el samaritano?
 - * Aunque en teoría sabemos de sobra que todos los hombres son nuestros prójimos, ¿de qué personas te cuesta más «hacerte prójimo»?

- c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

- a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere para decir a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que el Señor le hace.
- c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración o con un canto apropiado. Podemos elegir algún salmo (Sal 31) o alguna plegaria que conozcamos todos.

La narración de los *discípulos de Emaús* es un fiel reflejo de la celebración de la **Eucaristía**. Comparemos las partes en que se divide nuestra Eucaristía con las secciones que integran la narración:

- Acto penitencial

Al principio de la Eucaristía reconocemos con humildad nuestras faltas. Observamos las veces que hemos cambiado de dirección en el camino o las ocasiones en las que en lugar de dirigirnos hacia Jerusalén hemos elegido la ruta de Emaús. Cuando reconocemos nuestros pecados no lo hacemos desde

la desesperación, los confesamos desde la certeza de que, aunque nuestra vida haya tomado un derrotero equívoco, el Señor ha continuado caminando a nuestro lado. Jesús resucitado nos otorga el perdón y nos recuerda de nuevo la dirección precisa del camino de la vida.

- Lectura de la Palabra de Dios

La segunda parte de la Eucaristía consiste en la celebración de la Palabra de Dios. Leemos escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Pero al oír la proclamación de la Palabra, no la percibimos como la narración de acontecimientos pasados. La escuchamos como la voz de Dios que tiene algo concreto que decirnos en nuestra vida. La voz de la Palabra en la Eucaristía nos comunica siempre dos cosas: Cristo es el Señor resucitado y sólo en Él encuentra fundamento nuestra existencia. La Palabra de Dios nos pone en el auténtico camino de la vida cristiana, que no es otro que estar con los pobres y los débiles de nuestra sociedad.

- Liturgia eucarística

Una vez que hemos reconocido nuestras culpas, y hemos escuchado la Palabra de Dios que nos motiva a volver al Señor, celebramos la fracción del pan. Recibimos después, en la comunión, el Cuerpo de Cristo que se hace carne de nuestra carne. Dejamos de percibirlo con los sentidos externos, pero lo experimentamos en la profundidad de nuestro corazón.

- Bendición final y despedida

Propiamente, al final de la Eucaristía no se nos despide, sino que se nos bendice. Se nos invita a anunciar, con la ayuda de Dios, aquello que hemos celebrado: ¡Cristo ha resucitado! La celebración de la Eucaristía motiva a todo cristiano a convertirse en misionero de la presencia viva del Señor. Ese es el sentido de la bendición final.



LECTIO DIVINA NO. 5

LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS

Lucas 24, 13-35



El pasaje de los *discípulos de Emaús* es una catequesis que tiene como objetivo manifestarnos la presencia de Jesús resucitado en la celebración de la Eucaristía. Jesús acompaña siempre nuestra vida, pero se nos hace presente de una manera privilegiada en dos momentos: en el rostro de los pobres (parábola del *buen samaritano*) y en la celebración de la Eucaristía (*discípulos de Emaús*).

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor con una breve oración o invocando la presencia del Espíritu.

1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus primeros destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo el texto ayudados por las notas de su Biblia. En nuestra reflexión podemos ayudarnos de las siguientes preguntas:

- * ¿Cómo cambia la situación de los discípulos entre el principio y el final del episodio?
- * ¿Qué hace posible esta transformación tan radical?
- * ¿Cómo se produce el reconocimiento de Jesús resucitado por parte de los discípulos?
- * ¿Qué paralelismos encuentras entre este episodio y la celebración de la Eucaristía?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en su reflexión.

2^o Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: Nos preguntamos:

- * ¿Cómo te ayuda este pasaje a comprender mejor la celebración de la Eucaristía?
- * ¿Son nuestras celebraciones actuales de la Eucaristía verdaderos encuentros con Jesús resucitado?

- c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas.

- a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le sugiere para decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace.
- c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en tiempo de silencio, o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración o una canción conocida por todos. Sería bueno leer como plegaria un fragmento de la misma perícopa de los discípulos de Emaús. O, tal vez, releer la misma institución de la Eucaristía (22, 14-23) y pedir al Señor que nos ayude a vivir con intensidad nuestra celebración dominical.

El Señor de la misericordia sale al encuentro de nuestra vida en dos momentos especialmente importantes: cuando celebramos la Eucaristía y cuando nos encontramos con el rostro sufriente de los pobres. Para poder percibir a Jesús en esos dos momentos cruciales es necesario contemplar la realidad con los ojos del corazón: la humildad

y la plegaria. Únicamente un corazón humilde y orante, descubre la presencia del Señor entre los pobres y en el seno de la comunidad cristiana.

La parábola del fariseo y el publicano pretende enseñarnos la naturaleza de la humildad cristiana. La humildad es la virtud de ser realista ante la vida que nos ha tocado vivir. Humilde es aquel que tiene los pies en el suelo. Humilde es aquel que mirándose a sí mismo se ve tal cual es, que contempla a los demás tal como son, y que intenta observar el mundo como realmente se presenta. Ciertamente la humildad es la virtud interior de ser realista ante la vida, pero no se limita a eso. La humildad de nuestra vida solamente crece y se desarrolla cuando estamos en contacto con los pobres y débiles de nuestro mundo. Ellos nos hacen tener los pies en el suelo y ser realistas ante la vida.

La verdadera humildad es lo único que permite el crecimiento personal. Cuando la persona humilde contempla la interioridad de su vida descubre siempre dos cosas: aquellas cosas de las cuales debe convertirse y aquellas cosas en las cuales debe aceptarse. En definitiva ser humilde es ser sabio. Es ver aquello en que me he de aceptar y aquello en que debo convertirme. Cuando nos hemos dado cuenta de eso, nuestro corazón está ya abierto a Dios y presto a participar de su ternura. María es el modelo de humildad ante el Señor. Ella, mejor que nadie, nos ha mostrado la realidad de un corazón abierto ante Dios. Un corazón humilde, pobre y sabio, las entrañas en las que el Todopoderoso ha engendrado su ternura.

Lo opuesto a la humildad es el orgullo. Ser orgulloso es sinónimo de ser necio. Implica tomar una actitud irreal ante la vida, y pasar toda la existencia sin llegar a conocerse ni a sí mismo ni a los demás. Y esto, tristemente, cierra nuestro corazón a la llamada del Dios de la misericordia.



LECTIO DIVINA NO. 6

EL FARISEO Y EL PUBLICANO

Lucas 18, 9-14

Humilde es aquel que «tiene los pies en el suelo», el que es realista y además vive su vida como una experiencia de entrega en favor de los pobres. Solo el corazón humilde percibe la bondad de Dios. En esta reflexión revisemos nuestra actitud humilde frente a nosotros mismos, ante los demás y en la presencia de Dios.

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor mediante una plegaria. Podríamos comenzar leyendo un fragmento del Eclesiástico (32, 14-24).

1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

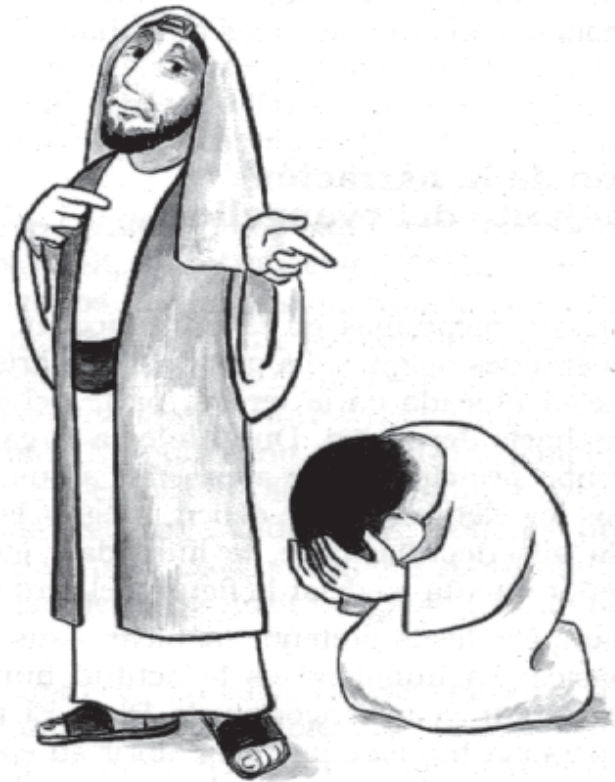
- a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Observamos los matices de la oración de cada personaje, apreciamos la forma como se dirigen a Dios. En nuestra reflexión pueden ayudarnos las siguientes preguntas:
 - * En esta parábola se contrasta la oración de dos personajes. ¿Quiénes son?
 - * Señala dos actitudes que caractericen la oración del fariseo.
 - * ¿Cómo es la oración del publicano?
 - * ¿Quién de los dos está abierto a la misericordia? ¿Por qué?
 - * En este contexto, ¿qué significa el v. 14: «el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado»?

- c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las

notas, también aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2^o Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social.



- a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio. Conviene fijarse en la actitud de humildad del publicano y en el orgullo del fariseo. Discernir claramente lo que es la humildad. Ver las consecuencias que se derivan del orgullo y de la humildad. Podemos preguntarnos:
 - * Según lo que hemos visto en esta parábola, ¿Qué significa ser humilde?

* ¿Qué actitud puedo favorecer en mi vida para ir creciendo en la auténtica humildad?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (oratio-actio)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

- a) *Lectura*: Una persona lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le hace decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace.
- c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común. Podríamos rezar el «Magnificat» como oración que refleja la humildad de María (1, 46-55). Con esta plegaria le pedimos a Dios la fuerza para llevar a término el compromiso propuesto.

La narración del *fariseo y el publicano* (18, 9-14) juntamente con el relato del *buen ladrón* (23, 32-46), nos describen las dos actitudes necesarias para experimentar conscientemente al Dios de la

misericordia: la humildad y la plegaria. Ambos escritos son complementarios. De la humildad brota la oración, y la plegaria lleva a una vida humilde en manos de Dios.

La crucifixión y el episodio del *buen ladrón* constituyen el «cierre» de los actos de la vida pública de Jesús. El Señor abrió sus labios para invocar a Dios como Padre y los cierra depositando su vida en las manos del Padre. Jesús comenzó ejerciendo la misericordia con el endemoniado de Cafarnaún (4, 31-37) y concluye su vida dando sentido a la existencia del hombre crucificado a su lado.

La narración del *buen ladrón* nos comunica una triple enseñanza. Dios es quien nos ha amado primero, nos ha liberado antes de que se lo pidamos. Por eso toda oración cristiana tiene en su raíz la acción de gracias. La más genuina oración cristiana nace del sufrimiento y se caracteriza por la gratuidad y la confianza total en Dios. Y, finalmente, la plegaria cristiana nunca implica la evasión, sino que conduce a vivir con mayor intensidad el mensaje evangélico: el deseo de estar con Jesús en el Paraíso.

El evangelio de Lucas aparece dirigido a un personaje misterioso. El llamado «Teófilo» que figura en el prólogo (1, 1-4). La palabra Teófilo significa «amigo de Dios». La amistad con Dios se labra especialmente en el diálogo personal con el Señor, es decir, en la plegaria. Al acercarnos a la Palabra de Dios oigámosla en actitud de plegaria, percibiendo la voz de Dios que llega a nuestra

vida para liberarnos. La escucha constante de la Palabra de Dios modelará delicadamente nuestra vida y nos convertirá en lo que realmente estamos llamados a ser: amigos de Dios.



LECTIO DIVINA NO. 7

EL BUEN LADRÓN

Lucas 23, 32-47

Contemplando el misterio de la cruz adquirimos la convicción de que Dios nos ha amado primero. En la cima del Calvario Jesús construyó el reino al que todos anhelamos entrar. Como el *buen ladrón*, vamos a acercarnos a la cruz de Jesús y pedirle lo que el pidió: «Jesús, acuérdate de mí cuando vengas como rey».

Introducción: Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en silencio, durante unos momentos, ante el misterio de la Cruz. Concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

- a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Luego reflexionan sobre estas preguntas:
 - * Fíjate en los dos malhechores crucificados. ¿Qué actitudes reflejan las palabras que dirigen a Jesús?
 - * ¿Qué sentimientos manifiesta la respuesta de Jesús al buen ladrón?
 - * Si observas en tu Biblia los lugares paralelos, te darás cuenta de que en este pasaje hay muchas referencias al AT. ¿Qué querrá decirnos Lucas con esto?
- c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas, también aquello que o han entendido o les ha sorprendido.

2^o Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

- a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.



- b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle. Pueden ayudarnos estas preguntas:
 - * ¿Es mi oración como la del buen ladrón: gratuita y confiada?
 - * ¿Rezo en los momentos de sufrimiento? ¿Cómo lo hago?
 - * Mi oración, ¿me lleva a encontrarme con el Dios de la misericordia?
- c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que ha descubierto en el

momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3er. Paso: La Palabra nos exige una respuesta (oratio-actio)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

- a) *Lectura*: se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le inspira para decirle a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación que Dios le hace. Buscar un compromiso concreto fruto de la reflexión de este pasaje evangélico.
- c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

El encuentro termina con una oración común (Padrenuestro u otra oración conocida por todos). Podríamos rezar juntos el Salmo 23, que proclama la delicadeza con que Dios pastorea

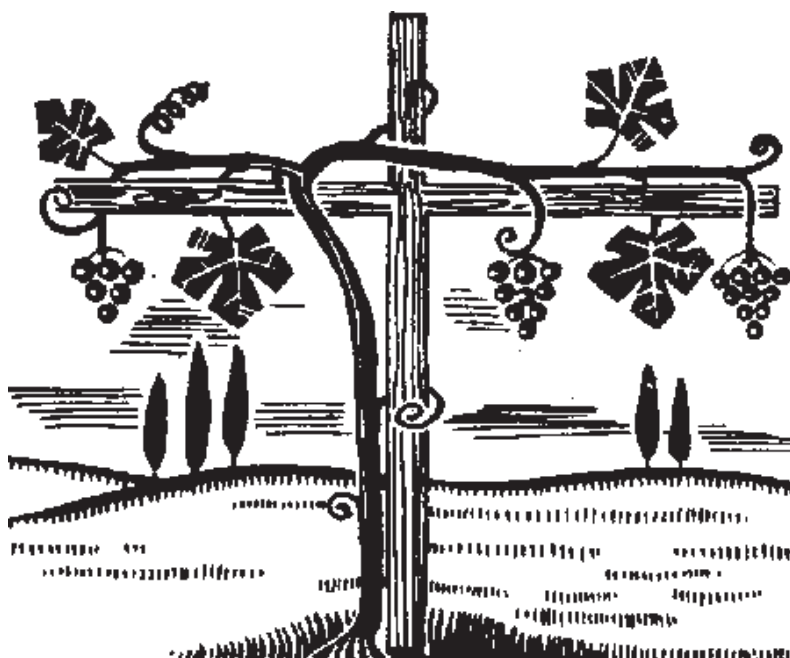
nuestra vida. Con esta plegaria le pedimos a Dios la fuerza para llevar a término el compromiso que hemos elegido.

El episodio de la sinagoga de Cafarnaún nos ha presentado el proyecto de Jesús. Y mostrándonos ese proyecto nos enseña cuál ha de ser el proyecto de vida cristiana. El proyecto de Jesús es muy claro: sintiéndose lleno del Espíritu del Señor, se lanza a proclamar la misericordia y la liberación de Dios. Cristiano es aquel que, lleno del Espíritu del Señor, proclama en su entorno, tanto de palabra como de obra, la liberación de Jesús.

Jesús no se limita a anunciar en Nazaret un plan de vida teórico. Él se compromete con su propia vida en aquel proyecto. Jesús vivirá en su propia carne la narración del profeta Isaías. Él será el Mesías humilde que, desde la humildad y la entrega, propiciará la salvación para todos.

El será el salvador, que aparecerá a los ojos de los hombres como un fracasado en la cruz, pero a través de la entrega de su vida nos dará la auténtica Vida: la Vida Nueva que brota el Domingo de Pascua.

El cristiano es aquel que no sólo habla, sino que compromete su vida en aquellas cosas que predica. Aquel que, desde la experiencia de la vida compartida, la humildad y el servicio, transmite a todos la Vida Nueva de Jesús.



LECTIO DIVINA NO. 8

LA SINAGOGA DE NAZARET

Lucas 4, 14-22

Jesús, lleno del Espíritu del Señor, comunica en la sinagoga de Nazaret su proyecto de liberación para todo el mundo. El proyecto de todo cristiano ha de coincidir con el proyecto de Cristo. Cristiano es aquel que, sintiéndose lleno del Espíritu del Señor, siembra en el mundo la liberación misericordiosa de Dios.

**Introducción: Preparamos nuestro interior**

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor en actitud de silencio y oración. Concluimos con una breve plegaria, pidiéndole a Dios que abra nuestros corazones para entender su Palabra.

1º Paso: Lectura atenta del texto (lectio)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

- a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Nos preguntamos:

* *Compara Lc 4, 18-19 con Is 61, 1-2. ¿Qué cambios observas? ¿A qué pueden deberse estos cambios?*

* *Al leer el texto de Isaías, Jesús proclama su misión. ¿En qué consiste? (Fíjate en los verbos). ¿Por qué puede cumplir esta misión?*

* *¿Qué dice Jesús sobre las palabras que lee del AT? ¿Qué significa lo que dice?*

- c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas. También aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2º Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (meditatio)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social...

- a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.
- b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, y se pregunta:

* *En tu vida, ¿te sientes acompañado por el Espíritu del Señor?*

* *Este Espíritu, ¿cómo te ayuda a comprometerte en la liberación de los necesitados?*

- c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

- a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.
- b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le hace decir a Dios, buscando cómo poner en práctica la invitación de Dios. Buscar una conversión personal, una acción en favor de la comunidad, un trabajo social...
- c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

Terminamos nuestro encuentro con un oración comunitaria. Tal vez podríamos leer un fragmento de la *primera Carta de Pablo a los cristianos de Corintio* (1 Cor 13, 1-13). Pablo nos recuerda que el amor ha de ser el eje del proyecto cristiano. Acabamos nuestra plegaria rezando juntos el *Padrenuestro*.

Lucas nos propone a María como ejemplo fiel del seguimiento de Jesús. Nos la sitúa como paradigma palpable del creyente forjado por la palabra de Dios. María aparece ante nuestra mirada con los ojos del corazón muy abiertos. La humildad y la plegaria son las dos grandes actitudes que hacen de María el mejor ejemplo del testimonio vivo del Señor.

En el corazón de María late la experiencia del Altísimo descrita en el Antiguo Testamento: el Señor libera. Dios conoce nuestros límites, pero incluso con nuestros límites -si nos dejamos poseer por el Señor- Dios es capaz de hacer grandes maravillas. Dios se deja encontrar por todos aquellos que lo buscan sinceramente. El Señor está cerca de los que padecen. Dios guarda nuestra vida y es siempre fiel a sus promesas.

La maravilla que Dios realiza en nuestra vida consiste en hacernos siervos suyos. Nos invita a participar de su misma vida de amor y eternidad. La vocación cristiana –como la de María– consiste en dejarse amar profundamente por el Señor. Dios nos ama tal como somos, y desde nuestros límites nos hace hombres nuevos mediante su Palabra. Únicamente desde la certeza de sentirnos amados por Dios, podemos engendrar a Jesús en el mundo que nos ha tocado vivir, para la liberación de todos los hombres.

LECTIO DIVINA NO. 9

MARIA DE NAZARET

Lucas 1-2

María es la mujer forjada por la Palabra de Dios. Nuestra vida cristiana ha de ser el fiel reflejo de la Palabra de Dios que forja nuestra existencia. Para que la Palabra de Dios modele con eficacia la arcilla de nuestra vida es necesario cultivar dos actitudes: la humildad y la plegaria. En la medida en que la voz de Dios nos trabaje, nuestra vida se convertirá en testimonio de liberación para todos.

Introducción:

Preparamos nuestro interior

Antes de acercarnos al texto preparamos nuestro interior para acogerlo como Palabra de Dios. Nos ponemos en presencia del Señor con una breve oración: *Habla, Señor, que tu siervo escucha* (1 Sm 3, 10). Hacemos un breve tiempo de silencio y comenzamos nuestro encuentro con una breve plegaria.

1^{er} Paso: Lectura atenta del texto (*lectio*)

En este primer momento la atención se fija en el texto con el deseo de descubrir cuál era el mensaje que el autor quiso transmitir a sus destinatarios.

a) *Lectura*: se proclama en voz alta el texto elegido mientras todos lo escuchan atentamente.

b) *Silencio*: todos leen de nuevo otra vez el texto ayudados por las notas de su Biblia. Estas preguntas pueden ayudarnos a reflexionar sobre el pasaje:

* ¿Cuál es el proyecto de Dios para María? ¿Cómo se va a realizar?

* ¿Cómo reacciona María ante el anuncio del ángel?

* ¿Qué actitudes de María resaltan más en este texto?

c) *Compartir*: los participantes comparten lo que han descubierto en la lectura del texto y de las notas, también aquello que no han entendido o les ha sorprendido.

2^o Paso: Nos dejamos interpelar por el texto (*meditatio*)

En este segundo momento la atención se centra en descubrir el mensaje del texto en nuestra situación personal, comunitaria, social ...

a) *Lectura*: de nuevo se lee el texto en voz alta mientras los demás escuchan atentamente.

b) *Silencio*: cada uno lee el texto en silencio preguntándose qué es lo que el Señor quiere decirle, tratando de descubrir su voluntad.



* ¿Cómo intentas descubrir en tu vida la voluntad de Dios?

* ¿Cómo te ayuda la figura de María a entender mejor lo que significa seguir a Jesús?

c) *Compartir*: los participantes comparten con las demás personas lo que han descubierto en el momento de silencio, tanto a nivel personal como comunitario.

3^{er} Paso: La Palabra nos exige una respuesta (*oratio-actio*)

En este tercer momento respondemos a la Palabra de Dios. Podemos hacerlo a través de una oración, de un compromiso personal o de ambas cosas a la vez.

a) *Lectura*: Se lee de nuevo el texto mientras los demás escuchan con atención.

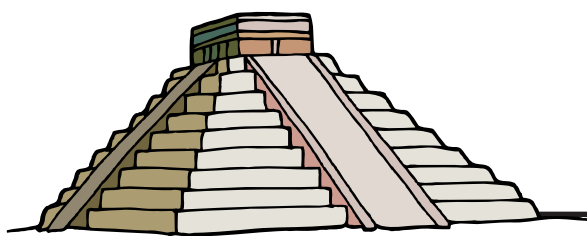
b) *Silencio*: cada uno ora personalmente expresando aquello que este pasaje de la Escritura le hace decirle a Dios, buscando como poner en práctica la invitación que Dios le hace. Podríamos proponernos leer con más constancia la Palabra de Dios, y anunciarla con mayor tesón.

c) *Compartir*: cada uno puede hacer una breve plegaria que sea reflejo de lo que ha hecho en el tiempo de silencio o compartir con los demás el compromiso personal o comunitario a que ha llegado.

Conclusión

Terminemos nuestro encuentro rezando juntos el Magnificat. Al rezarlo pidámosle al Señor que su Palabra modele y transforme nuestra vida.

Mensaje de la Conferencia Episcopal Mexicana antes del viaje de Su Santidad en 1999



· · Un llamado para todos

· · El Sucesor de Pedro el pescador

· · Cuarta visita del Papa a México

· · Juan Pablo II en América

· · Nos preparamos para recibir al Papa

«Simón Pedro: rema mar adentro y echa las redes para pescar» (cf. Lc 5, 4).

Un llamado para todos

Los obispos de México, conscientes de la gran importancia de la cuarta visita del Papa a México, hacemos una fraterna invitación a todos los mexicanos, particularmente a los católicos, para que seamos afectuosos y alegres anfitriones del Papa, que viene como pregonero y apóstol de Jesucristo, mensajero de reconciliación y de unidad, misionero itinerante por los caminos del mundo, peregrino al santuario de la celestial Señora de Guadalupe, Reina de México y de América.

Todos estamos llamados a sentirnos corresponsables de este magno acontecimiento de fe, don del Señor a nuestro país y expresión del amor del Papa por México. ¡Que nadie se excluya de vibrar con esta visita!

Este viaje pastoral del Santo Padre tiene como primordial propósito realizar, para la Iglesia que peregrina en nuestro continente, la etapa celebrativa-conclusiva de la Asamblea especial para América del Sínodo de los obispos. El Papa quiere que la basílica de Guadalupe sea, durante su visita, el aula Sinodal de toda América unida bajo el manto de la Madre de Dios en el Tepeyac.

El Sucesor de Pedro el pescador

El Evangelio de San Juan nos ofrece aquella entrañable escena en el lago de Galilea: «Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar», y le dijeron: «No-

sotros también vamos contigo». Salieron y subieron a la barca» (Jn 21, 3). Pedro camina adelante en la misión de la Iglesia. «Les haré pescadores de hombres» (Mc 1, 17). Pedro toma la iniciativa para comenzar la tarea evangelizadora: «voy a pescar». Él mismo termina la faena, llevando la red, llena de peces, a la orilla y manteniendo la unidad de la Iglesia.

Juan Pablo II es Pedro hoy, es el Pescador en el umbral del tercer milenio. Realiza la pesca en alta mar, en el mundo, sabiendo que el Señor está presente y vigilante, acompañando y alentando el trabajo apostólico. Juan Pablo II es la piedra de la Iglesia universal; es la roca firme para que la Iglesia no sucumba ante las dificultades: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia» (Mt 16, 18); el Papa ha recibido las llaves como mayor-domo-servidor de «la Casa de Dios vivo»; es el heraldo de Jesucristo que, desde el inicio de su pontificado, ha proclamado su fe apostólica: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16, 16). Juan Pablo II es Pedro hoy, llamado a seguir el camino de la entrega total por el rebaño de Jesús: «Apacienta mis ovejas» (Jn 21, 17).

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña: «El Papa, Obispo de Roma y Sucesor de Pedro, «es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles» (Lumen gentium, 23). «El Pontífice Romano, en efecto, tiene en la Iglesia, en virtud de su función de Vicario de Cristo y pastor de toda la Iglesia, la potestad plena, suprema y universal, que puede ejercer siempre con entera voluntad» (ib., 22)» (n. 882).

El mandato y el amor de Cristo impulsan, una vez más, al Sucesor de Pedro para que sea pescador, maestro y profeta peregrino en tierras de

América y de México. Él ha viajado continuamente desde su corazón de Pastor al corazón de las muchedumbres. «Yo he rogado por ti, Pedro, para que tu fe no desfallezca; y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos» (Lc 22, 32).

Juan Pablo II tiene una visión global de la historia y del presente de la humanidad. Su mensaje tiene dimensiones continentales y universales. Como Sucesor de Pedro, impulsa la plenitud de la misión de la Iglesia, su catolicidad, su universalidad misionera. El Papa, hoy, alza la mirada hacia el mar de las multitudes de hombres y mujeres de México y de América diciendo: «Voy a pescar».

Su pontificado está constituido por veinte años de amorosa solicitud pastoral para que la humanidad acepte a Jesucristo: «¡No tengan miedo! No tengan miedo del misterio de Dios; no tengan miedo de su amor. ¡Abran, de par en par, las puertas a Jesucristo!»; veinte años defendiendo la dignidad y los derechos de todo hombre y mujer; veinte años de tender puentes hacia todos los cristianos; veinte años de constantes llamados a la santidad en la Iglesia; veinte años de solicitud por todas las Iglesias y de confirmar la fe de sus hermanos.

Éste es el Papa que nos visita. El Papa misionero itinerante, que trae una palabra de aliento y esperanza a todos los hombres y mujeres que sufren el azote de la enfermedad y la pobreza, el azote del ateísmo y la crisis de valores: «¡Date cuenta, quienquiera que seas, que eres amado! ¡Advierte que el Evangelio es una invitación a la alegría! ¡No te olvides que tienes un Padre, y que cualquier vida, incluso la que para los hombres es más insignificante, tiene un valor eterno e infinito a sus ojos» (Juan Pablo II, Cruzando el umbral de la esperanza, p. 19).

Cuarta visita del Papa a México

Si acaso la primera visita del Papa a nuestro país pudo tener un mayor acento de emoción, entusiasmo y fiesta, pensamos que la próxima debe calar más hondo en la vida de los creyentes. Esta cuarta visita, don de Dios y regalo del Papa, se convierte para nosotros en compromiso de mayor fidelidad a Cristo y a su Evangelio, en esperanza y renovación de la vida cristiana, en impulso de reconciliación y unidad entre todos los mexicanos.

Hoy recordamos cómo el primer viaje de Juan Pablo II a México marcó profundamente la vida y la historia de nuestra patria y el Papa quedó impresionado por las multitudes y por la preciosa imagen de la Virgen de Guadalupe. De hecho, lo anunció con estas palabras en la basílica de San Pedro en Roma el 12 de diciembre del año pasado, al clausurar el Sínodo de América: «Iré a Méxi-

co a postrarme ante la Virgen de Guadalupe. Le confío todo proyecto y anhelo a Ella. Pero ya desde ahora me postro espiritualmente a sus pies, recordando mi primera peregrinación, en enero de 1979, cuando me arrodillé delante de su prodigiosa imagen para invocar, sobre mi recién iniciado servicio pontifical, su maternal asistencia y protección» (Homilía, n. 5).

El Papa, en su primer mensaje, en la catedral de México, el 26 de enero de 1979, pidió la fidelidad: «Tenéis un pasado espléndido de amor a Cristo, aun en medio de las pruebas; a vosotros, que lleváis en lo hondo del corazón la devoción a la Virgen de Guadalupe, el Papa quiere hablaros hoy de algo que es, y debe ser más, una esencia vuestra, cristiana y mariana: La fidelidad a la Iglesia (...). De todas las enseñanzas que la Virgen da a sus hijos de México, quizás la más bella e importante es esta lección de fidelidad. Esa fidelidad que el



Papa se complace en descubrir y que espera del pueblo mexicano. De mi patria se puede decir: «Polonia semper fidelis». Yo quiero poder decir también: ¡México semper fidelis, siempre fiel! De hecho, la historia religiosa de esta nación es una historia de fidelidad».

En su segundo viaje, del 6 al 13 de mayo de 1990, México recibió al Papa con el lema: «Peregrino de amor y de esperanza». El país vivía tiempos difíciles. En su mensaje radiotelevisado del 2 de mayo, el mismo Santo Padre expuso el propósito de su visita pastoral: «Ayudar a renovar vuestra vida cristiana, impulsar la nueva evangelización e infundir aliento y esperanza en todos, particularmente en los más pobres y necesitados». Retomó algunos de sus temas favoritos: los jóvenes, la familia, los pobres, para iluminarlos con nuevas luces. Y dijo a los obispos: «Pensar en México es referirse a una tierra bendecida por la predilección de la Madre del Señor (...). México es una realidad que ha hecho de la fe parte de su propia identidad (...). ¡México católico! ¡México siempre fiel!, palabras que reflejan con toda nitidez la firme adhesión del pueblo humilde y sencillo a la Iglesia y al Evangelio que ella anuncia» (Discurso a los obispos de México, I, II).

Fue en su discurso de llegada al aeropuerto de la ciudad de México, cuando nos hizo esta confidencia: «Puedo decir que aquella primera visita pastoral a México marcó realmente mi pontificado, haciéndome sentir la vocación de Papa peregrino, misionero».

La tercera visita del Papa, en el Estado de Yucatán, llamó la atención por su cercanía con los fieles indígenas y su llamada a valorarlos y apreciarlos en su cultura. Significativas fueron las palabras del Papa: «Quiero rendir homenaje a los pueblos indígenas de América (...). Vengo a traeros un mensaje de esperanza, de solidaridad y de amor. (...) Debo expresaros que la Iglesia contempla vuestros auténticos valores con amor y esperanza (...). Conozco las dificultades de vuestra situación actual y quiero aseguraros que la Iglesia, como Madre solícita, os acompaña en vuestras legítimas aspiraciones y justas reivindicaciones (...). La noble lucha por la justicia nunca os ha de llevar al enfrentamiento» (Discurso en Izamal, nn. 1, 3, 6, 7 y 10).

Hemos querido recordar parte del mensaje que el Santo Padre ha dejado a los mexicanos para motivar-

nos a hacer un examen de conciencia sobre la manera como hemos recibido y puesto en práctica sus palabras. Así nos prepararemos mejor a su cuarta visita y ésta tendrá más frutos. Preguntémosnos, pues: ¿Qué resonancias y qué efectos ha tenido el mensaje y el amor del Papa a México? ¿Qué importancia evangelizadora hemos dado al legado del Papa para los mexicanos?

Juan Pablo II en América

Sabemos que la peregrinación del Papa tiene carácter continental y cristológico. Así lo destacaba el cardenal Etchegaray en su intervención durante el Sínodo de América: «Después de doce días de Sínodo, embarcados en una gran carabela, ahora comprendemos mejor la acertada visión del Papa. Como un nuevo Cristóbal Colón, Juan Pablo II nos ayuda a descubrir que, si hay todavía varias Américas, es más cierto que también hay una América que las engloba a todas y está emergiendo, de forma cada vez más clara y nítida, del oscuro pasado de la historia. De este nuevo mundo, que empieza a envejecer como los demás, estamos llamados a hacer un mundo nuevo de justicia y de paz «con la fuerza del Evangelio», como dice San Pablo, ese otro gran trotamundos de Cristo. ¡Qué responsabilidad apasionante en el doble sentido de la palabra para la Iglesia de este continente! No hay otro continente que se pueda arropar completamente con el manto cristiano. No hay otro continente donde los signos del Evangelio sean tan numerosos en medio del pueblo. No hay otro continente donde la Iglesia esté mejor equipada en documentos pastorales y en brújulas tan preciosas como las de Medellín, Puebla y Santo Domingo. ¿Qué falta a este fascinante continente, convertido a los ojos de la humanidad en la prueba de la capacidad de los cristianos para ser la sal de la tierra? ¿Qué le falta? Al Sínodo toca decirlo con lucidez, serenamente, para reavivar la relación siempre nueva y frágil entre fe e historia. ¿Qué le falta? El encuentro con Jesucristo vivo».

Éste es el continente que peregrina, sinodalmente, hacia el «Encuentro de Jesucristo vivo, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad», y al encuentro con la «Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el Creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la intermediación, el dueño del cielo, el dueño de la tierra» (Nican Mopohua), en el espacio luminoso del Tepeyac.

El Sínodo de América se realizó en el espléndido marco de la preparación al gran jubileo de la Encarnación redentora (cf. *Tertio millennio adveniente*, 38); se insertó en el proyecto universal de la nueva evangelización; es floración y fruto continental que hunde sus raíces en el concilio Vaticano II (cf. *ib.*, 36).

La Iglesia católica, en Sínodo para el continente americano, contempló, con respeto y amor, a la multitud de pueblos, razas y culturas con múltiples orígenes históricos. La Iglesia, en este Sínodo, se sintió nuevamente llamada a cumplir la misión de promover la integración fraterna, superando los nacionalismos herméticos, los antagonismos étnicos y las situaciones de odios, divisiones, exclusiones y violencias, para ser, como dice el profeta Isaías, «un gran signo elevado delante de las naciones» que atraiga a todos los pueblos a la reconciliación fraterna en Jesucristo; se sintió llamada a promover la globalización de la fraternidad y la globalización de la solidaridad, como necesaria condición de la paz y de una vida armoniosa entre todos los pueblos americanos.



Ante esta realidad, el Sínodo de América habló de los gozos, preocupaciones y desafíos de la Iglesia que está en América y proclamó, acentuando la dimensión trascendente como lo pidió el cardenal Ratzinger, su fe invicta y su gozosa esperanza: «Con la fuerza del Espíritu Santo, les decimos: Jesucristo ha vencido al mundo. Él ha enviado su Espíritu Santo entre nosotros para hacer nuevas todas las cosas. Es más, en palabras de la sagrada Escritura, «para renovar la faz de la tierra». Éste es, pues, nuestro sencillo mensaje: ¡Jesucristo es Señor! (cf. Flp 2, 11). Su resurrección nos llena de esperanza; su presencia en nuestro caminar nos llena de valor. Les decimos, como el Santo Padre nos dice tan a menudo, «no tengan miedo». El Señor está con ustedes en el camino, salgan a su encuentro» (Mensaje, 35).

Nos preparamos para recibir al Papa

A dos meses de su llegada, con alegría y gratitud, esperamos al Vicario de Cristo, Pastor intrépido.

Nuestros corazones se abrirán a su mensaje para que avance la solución de los «problemas de justicia y solidaridad entre las naciones de América» y aparezca una nueva floración de santidad americana.

Nos preparamos, con espíritu de fe y gran amor, para recibir a Juan Pablo II. También seremos fraternos anfitriones de la Iglesia que peregrina en los demás países del continente americano.

Les recordamos que, ante todo, la preparación debe llevarse a cabo a través de una amplia, adecuada e intensiva catequesis. Es necesario conocer, con mayor profundidad, la misión apostólica del Santo Padre en la Iglesia y en el mundo; entender que él ha sido llamado por Cristo «a fortalecer en la fe a sus hermanos» y a obedecer junto con los Once, la orden, pascual y mañanera, del Señor: «Echen la red» (Jn 21, 6).

Es muy importante, por otro lado, promover un clima de reconciliación y unidad en todos los ambientes; trabajar por reconstruir el tejido social que ha sufrido desgarramientos por nuestro egoísmo; promover la comunión eclesial, herida por el pecado; y crecer en espíritu de amor y obediencia al Vicario de Cristo.

Intensifiquemos, igualmente, la oración por el Papa: que Dios le conceda anunciar sin desfallecer la palabra divina; que le colme de sabiduría y fortaleza para guiar al pueblo cristiano por los caminos del Evangelio; que lo mire con bondad y, ya que lo ha constituido Sucesor de Pedro, le conceda ser para su pueblo principio y fundamento visible de la unidad en la fe y de la comunión en el amor.

Mantengámonos en espera cariñosa de la cuarta visita pastoral de Juan Pablo II a México. Estamos ciertos que provocará una nueva primavera de fe en nuestra patria. A Nuestra Señora de Guadalupe le confiamos el éxito espiritual de este viaje apostólico del Papa.

México, D.F., 22 de noviembre de 1998, Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del universo.

Los Obispos de México

Exhortación Pastoral en el Año de Dios Padre, 1999

Obispos de la Región Pastoral de Occidente.

En el caminar emocionado de nuestras comunidades diocesanas hacia el ya cercano Año Jubilar, por tercera vez, nosotros, los Obispos de la Región Pastoral de Occidente, tomamos la palabra para alabar y bendecir a Dios, Nuestro Padre, quien nos ha adoptado como hijos desde nuestro Bautismo, por la gracia del Espíritu Santo.

Bendito sea Dios, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, quien nos ha bendecido con toda clase de bienes en Cristo, por cuanto nos ha elegido en Él antes de la fundación del mundo para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor (Cfr. Ef 1,3). Dios Padre de Misericordia se ha inclinado hacia el hombre de generación en generación, hasta nosotros que nos disponemos a vivir el último año de preparación para la celebración del Año Santo del 2000.

Nuestra palabra, inspirada por el Espíritu y unida a la alabanza de Cristo, se dirige al Padre para aclamar: «¡Gracias Padre, porque Tú siempre me escuchas!» (Jn 11,41); muestra tu misericordia de generación en generación.

Nosotros, asumiendo la recomendación del Papa Juan Pablo II, en su Exhortación Pastoral «En Vísperas del Tercer Milenio» (TMA), de prepararnos al Gran Jubileo, ofrecemos a todos ustedes, miembros del Pueblo de Dios la presente Exhortación Pastoral para invitarlos a reforzar nuestra preparación a tan importante celebración.

1.- 1999: Año de Dios Padre Misericordioso.

En 1999, tercer y último año de preparación al Gran Jubileo, queremos abrir nuestro horizonte al inmenso amor de Dios Padre, a la reconciliación y a la caridad.

El descubrimiento de Dios como Padre, revelado por Cristo, está presente en la Santa Escritura con expresiones llenas de comprensión: «Yahvéh, Yahvéh, Dios misericordioso y clemente, tardo a la

cólera y rico en amor y fidelidad, que mantiene su amor por millares, que perdona la iniquidad, la rebeldía y el pecado» (Ex 34, 6-7).

La experiencia del amor divino ha acompañado al hombre, pues Dios se ha mostrado «clemente y compasivo, tardo a la cólera y lleno de amor... cual la ternura de un padre con sus hijos, así de tierno es Yahvéh para quienes le aman; que Él sabe de lo que estamos hechos: se acuerda de que somos barro frágil» (Cfr. Salmo 103, 14).

Ese amor llegó al extremo de entregar al mundo a su Hijo Predilecto, para que todo el que crea en Él no perezca sino que tenga vida eterna (Cfr. Jn 3, 16).

De este modo, Jesús mismo es Encarnación del amor y misericordia del Padre. Es, en su Persona, en sus actitudes, el Rostro Misericordioso del Padre (Cfr. Ef 2,4).

Así pues, en este año del amor y de la misericordia, nosotros los obispos queremos presentar a una sociedad dividida y alejada de la Casa del Padre, su verdadero rostro, para lograr la reconciliación, vivir la fraternidad e impulsar la caridad.

Ya que el amor del Padre se nos manifiesta, en primer lugar, dándonos la vida. En el principio, su Palabra poderosa creó los cielos y la tierra y, al hombre, con especial predilección lo hizo a su imagen y semejanza. Todo lo hizo bueno (Cfr. Gn 1, 27-28).

Ese amor creador de Dios nos llama a darle gracias y a tener amor y cuidado con la Creación que nos ha dejado como una responsabilidad. No es pues de extrañar, que de nuestro pueblo hayamos aprendido a acudir a Dios Padre como Divina Providencia. Así, oramos diciendo: «Que la Divina Providencia nos asista en cada momento para que nunca nos falte casa, vestido y sustento y los santos Sacramentos en los últimos momentos».

La confianza de los hijos ante Dios, nuestro Padre, la aprendemos de Jesús cuando nos enseña que tenemos un Dios Padre que conoce nuestras necesidades y se preocupa por ellas; como viste a los lirios del campo, como alimenta a los pájaros del cielo, así el Señor se inclina ante nosotros con un amor que no tiene fin (Cfr. Mt 6, 25-34).

Su bondad y su lealtad nos acompañan todos los días de la vida. Por ello, los cristianos hoy, revelamos el rostro de Dios creador y providente cuando nos responsabilizamos del mundo que nos rodea cuidándolo y protegiéndolo.

Y cuando oramos, sabemos que lo hacemos por la fuerza del Espíritu quien nos capacita para poder exclamar «Abbá, Padre» (Rom 8, 15). Y de Jesús mismo hemos aprendido a orar diciendo: «Padre nuestro que estás en los Cielos...» (Mt 6, 9-15).

Por otra parte, si en nuestras familias y en la sociedad constatamos una lucha sorda entre paternidad y maternidad, entre filiación y autoridad, es de los rasgos paternos de Dios de donde debemos aprender el amor a la vida, la responsabilidad en la procreación, el cariño y respeto a nuestros padres y la protección de los más débiles.

Los padres de familia podrán ejercer mejor su función de padres, si acuden a vivir los rasgos paternos de Dios Padre. El trabajo de los maestros asume muchos rasgos paternos; también ellos pueden acudir a la figura paterna de Dios que nos guía y nos enseña. Pero somos nosotros los sacerdotes a quienes el pueblo de Dios por prolongación de la presencia de Dios llama padres, quienes por la reconciliación, el consejo y la caridad podemos hacer cercano ese rostro paterno de Dios.

En esta tarea, María Hija predilecta del Padre y Mujer llena del Espíritu Santo, nos invita a vivir y

proclamar las maravillas que Dios ha realizado: «Porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre y su misericordia alcanza de generación en generación a los que le aman» (Lc 1, 49-50).

2.- El Año de la Reconciliación y la Fraternidad.

Toda nuestra vida la podemos considerar como una peregrinación a la Casa del Padre. Un año dedicado a Dios Padre nos brinda la oportunidad de regresar a sus brazos misericordiosos. Esta buena noticia es regeneración y liberación de falsos temores y falsas imágenes de Dios.

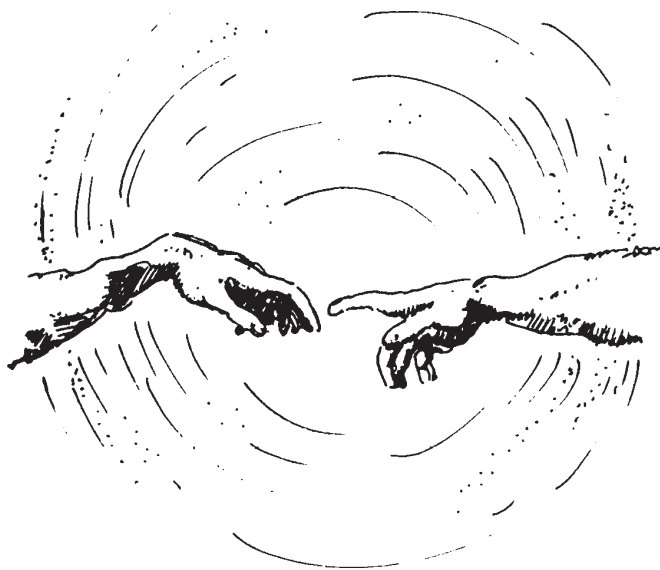
Más de alguno tiene la imagen de un Dios justiciero y vengativo. Nada más alejado del rostro amoroso del Dios de Jesucristo. San Juan nos abre el secreto del amor divino, cuando nos dice «porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgarlo, sino para que el mundo se salve por Él» (Jn 3, 17).

Jesús mismo, profeta del Dios amor, comenzó su predicación invitando a la reconciliación. «El tiempo se ha cumplido. El Reino de Dios está cerca. Conviértanse, y crean en el Evangelio» (Mc 1,15).

Cuando el hombre insatisfecho y angustiado, busca fuera de la casa paterna su independencia y su realización, el amor y la libertad, no hace otra cosa que anhelar el amor absoluto de Dios Padre, que nunca podrá encontrar lejos de Quien lo creó por amor.

Dios Padre solicita nuestro amor, puesto que decidió arrancarnos de las cadenas devastadoras del pecado. Aunque nosotros hayamos rechazado el amor, Dios jamás nos ha rechazado; Él siempre espera el regreso del hijo pródigo (Cfr. Lc 15,1 ss).

Pues Dios mismo, de acuerdo a la maravillosa parábola de Jesús, confía y espera al hijo pródigo



para darle su amor y brindarle seguridad. Cuando lo vio venir, afirma el texto bíblico, se conmovió desde lo más profundo de su ser. Corrió y lo cubrió de besos porque el hijo estaba perdido y había sido encontrado y el que había muerto había vuelto a la vida. Y en el profeta Jeremías encontramos: «pues en efecto, se han conmovido mis entrañas por él, ternura por él no ha de faltarme» (Jer 31,20)

Desde que salió de los labios de Jesús, esta parábola ha quedado por los siglos hendida en el corazón del pecador como un clavo de ternura; Jesús sabía que podemos resistirnos a la verdad, a la belleza pero que caeremos rendidos ante la ternura y la acogida, ante esa admirable floración del amor gratuito. El oficio de Dios es amar y perdonar.

En nuestros días, el hijo pródigo que es cada uno de nosotros, puede regresar a la casa del Padre a través del Sacramento de la Reconciliación.

En efecto, todos estamos invitados a experimentar la alegría y la paz de Dios cuando el sacerdote, en la persona de Jesús nos dice, «Dios Padre de misericordia que ha reconciliado al mundo, con Él, mediante la Muerte y Resurrección de su Hijo Jesucristo y ha enviado al Espíritu Santo para el perdón de los pecados, te conceda, por medio de la Iglesia, la reconciliación y la paz, y yo te absuelvo de tus pecados, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Cfr. Ritual de la Penitencia).

Sin embargo, la alegría de la fiesta por el hijo que regresa no es plena sin la experiencia del perdón y la aceptación de los hermanos. El Padre, de la parábola, reconcilia también al hermano mayor con el pródigo. Y nuestra oración expresa otro tanto cuando decimos, «perdónanos nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden».

Al final del milenio vemos con tristeza las desuniones y la desintegración de la sociedad y de las familias; por ello, el llamado del Padre a la unión y fraternidad es más urgente.

La unidad de la sociedad se va forjando en la unidad de las familias, y la unidad de éstas empieza cuando se vive en el corazón, con la gracia del Espíritu Santo, la fe en Dios y la misericordia con los demás.

En este sentido, María es para nuestros pueblos, Madre de la misericordia, porque la experimenta-

mos como Refugio de pecadores, bajo cuyo amparo nos acogemos con grande confianza. Ella ha hecho de nuestros pueblos una comunidad de hermanos; Ella ha sido Pacificadora y Unificadora del occidente del País.

3.- Año de la Virtud Teologal de la Caridad.

Volver a la Casa del Padre por una reconciliación auténtica, requiere de la experiencia de la penitencia y la práctica de la caridad. En este sentido, la Sagrada Escritura nos exhorta: «Aprendan a hacer el bien, busquen lo justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, aboguen por la viuda» (Is 1,17).

Por ello, en este año será oportuno insistir en la virtud teologal de la caridad que es un regalo y una responsabilidad, puesto que se dirige a Dios y a los demás: «quien ama a Dios, ame también a sus hermanos» (1Jn 4,21).

El amor es un misterio central en el cristiano, pero no es abstracto, sino algo experimentado cada día, ya que el amor divino quiere ser comunicado al corazón del hombre para renovarlo; es la fuerza que da a la Iglesia su vida y su misión.

Hablamos de un amor-caridad encarnado, crucificado y resucitado que no es una simple sensación indefinida, ni una genérica benevolencia filantrópica; hablamos del amor que es más fuerte que la muerte y el pecado, como fruto de una profunda unidad radical en el amor de Dios. Amor que puede transformar al mundo y a los seres humanos que lo habitan.

Para el cristiano, el amor es su fuerza y garantía: ¿quién nos separará del amor de Cristo? Ni la muerte, ni la vida, ni el éxito o el fracaso, ni la pobreza o la persecución... «Nada podrá separarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor Nuestro» (Cfr. Rom 8,35).

Este amor vivido de manera radical se hace preocupación y solicitud por las carencias del mundo. Cómo no subrayar nuestra opción preferencial por los pobres y los marginados, ya que el compromiso por la justicia y por la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y crisis, por intolerables desigualdades sociales y económicas, reclama la participación decidida, organizada y eficaz de los creyentes y de cuantos tengan buena voluntad (Cfr. TMA 51).

Para que nuestra caridad supere las distancias originadas por la exclusión de la miseria del hermano, como el caso del rico y el pobre Lázaro (Cfr. Lc 16, 19ss), debemos atender a la advertencia que nos hace San Lucas Evangelista: «Si alguno que posee bienes de la tierra, ve a su hermano padecer necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él la caridad de Dios. Hijos míos, no amemos de palabra y de boca, sino con obras y según la verdad» (1Jn 3, 17-18). De igual modo, el Apóstol Santiago nos urge a la caridad concreta: «la fe si no tiene obras, está muerta» (Cfr. Sant 2, 15-17).

Así, pues, en las actuales situaciones de duro individualismo, de crisis recurrentes que sufrimos, debemos ser más sensibles a las carencias de los hermanos más necesitados, siguiendo el mandato de Cristo que nos dice: «Sean misericordiosos como su Padre celestial es misericordioso. El que hace nacer el sol sobre buenos y malos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos» (Lc 6,36). Sólo así podemos colaborar en la reconstrucción de la imagen de Dios en cada ser humano, según la cual fuimos creados, en cada persona y en cada familia.

Aprendamos a ejemplo de nuestra Señora de Guadalupe, quien se acercó al indígena reconociendo su dignidad, la práctica de la caridad y la fraternidad entre nosotros, para que nuestras comunidades diocesanas, sus agentes de evangelización, sus familias y sus jóvenes vayan entrando en el nuevo «fervor espiritual» que el Papa desea como ambiente adecuado para abrir las puertas del tercer milenio cristiano.

En nuestro camino, acudimos a María Santísima, ejemplo perfecto de amor a Dios y al prójimo. Sentímos su maternal cobija en nuestra Región Pastoral, y a Ella encomendamos nuestro peregrinar hacia el tercer milenio cristiano.

Concluimos la presente exhortación pastoral, invocando la misericordia de Dios Padre, el amor de su Hijo Jesucristo y la fuerza del Espíritu Santo, sobre todos aquéllos que tendremos el privilegio y la responsabilidad de ofrecer a nuestros hermanos y hermanas, el Rostro verdadero del Dios que nos llena de amor y de consuelo.

Con nuestra bendición de Padres y Pastores:

Los Obispos de la Región de Pastoral de Occidente:

- Emmo. Sr. Cardenal D. Juan Sandoval Íñiguez, Arzobispo de Guadalajara.
- Mons. José Trinidad González Rodríguez, Obispo Auxiliar de Guadalajara.
- Mons. Javier Navarro Rodríguez, Obispo Auxiliar de Guadalajara.
- Mons. Ramón Godínez Flores, Obispo de Aguascalientes.
- Mons. Lázaro Pérez Jiménez, Obispo de Autlán.
- Mons. Serafín Vásquez Elizalde, Obispo de Ciudad Guzmán.
- Mons. Gilberto Valbuena Sánchez, Obispo de Colima.
- Mons. Antonio Pérez Sánchez, Obispo del Nayar.
- Mons. Trinidad Sepúlveda Ruiz-Velasco, Obispo de San Juan de los Lagos.
- Mons. Alfonso H. Robles Cota, Obispo de Tepic.
- Mons. Luis Chávez Botello, Obispo Auxiliar de Guadalajara.
- Mons. Fernando Mario Chávez, Administrador Diocesano de Zacatecas.

Familias para las Familias

Sierra Fría 475. Lomas de Barrilaco
11000 México, D.F.
México, D.F. a 24 de febrero de 1999

EXCMO. SR. JOSE T. SEPÚLVEDA RUIZ V.

Obispo de San Juan de los Lagos
Apartado Postal # 1
47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Excelentísimo Sr. Sepúlveda:

Reciba un cordial saludo de parte de nuestra Asociación «Familias para las Familias».

En nuestro compromiso como laicos de promover la cultura de la vida, según la encomienda que nos ha hecho el Presidente de la Comisión de Pastoral Familiar, su Excelencia Mons. Francisco Javier Chavolla Ramos, les mandamos con carácter de urgente la siguiente información.

Vivimos en el alma y en el corazón una gran alegría cuando nuestro querido Santo Padre, Juan Pablo II en su homilía de la Santa Misa Dominical del Autódromo Hermanos Rodríguez, el 24 de enero de 1999, fortaleció nuestro compromiso de proclamar el Evangelio de la Vida cuando exhortó «¡que ningún mexicano se atreva a vulnerar el don precioso y sagrado de la vida en el vientre materno!».

Sin embargo, la amenaza de la aprobación del aborto en el Distrito Federal aumenta de forma alarmante y real debido a los últimos acontecimientos pues, la semana pasada, el PRD pasó una iniciativa para que en la próxima Asamblea Legislativa del D.F. se trate de despenalizar el aborto. Esto, en el caso de que prosperara, sin duda tendrá consecuencias nefastas para toda la nación y presenta un gran desafío para la promoción de la cultura de la vida.

«Familia para las Familias», en una reunión el día de ayer con representantes de algunas agrupaciones laicas a favor de la vida propuso las siguientes recomendaciones:

- 1) Cada agrupación institucional mandará una carta de inconformidad a Cuauhtémoc Cárdenas y a cada asambleísta.
- 2) En forma individual se mandarán cartas de inconformidad a C. Cárdenas y a cada asambleísta.
- 3) Cada agrupación se comprometió a entrevistarse personalmente con asambleístas del PRD.
- 4) Se mandarán boletines de prensa a los medios de comunicación de cada agrupación, expresándole su inconformidad.

De esta forma, en un tipo de coalición abierta de todas las agrupaciones cívicas y laicas, se espera manifestar una fuerte presión en contra de una legislación que despenalice el aborto, desde la primera iniciativa que se presentará el 15 de marzo en la Asamblea Legislativa del D.F.

Deseamos que esta información sea útil a su Excelencia y que, según las circunstancias de su iglesia particular, pueda ayudar a ir creando juntos la estrategia a favor de la vida que nos pide el Santo Padre. Desde luego hacemos la invitación a cualquier agrupación a favor de la vida a adherirse a la coalición abierta por la defensa de la vida, en contra de las amenazas programadas de manera científica y sistemática, no solo del exterior sino también del interior de la nación. Igualmente serviría mucho que pudiera usted contactar a los diputados y senadores de su Estado e ir hablando con ellos sobre estos temas, con el fin de sensibilizarlos sobre la dignidad de la persona humana, el derecho inviolable a la vida desde el seno materno, etc.

Por último, nos ponemos nuevamente a su disposición para servirle en su Iglesia particular y pedimos su Bendición para nuestras familias y nuestro trabajo.

Erik y Melissa Carlberg
Presidentes de «Familias para las Familias»

Jesús y Marie-Claire Hernández
Consejeros de «Familias para las Familias»

ABRIL

CUMPLEAÑOS

- 1 Abril 1962..... SR. PBRO. MIGUEL ARIZAGA OCEGUEDA
1968..... SR. PBRO. EFRAIN FLORIDO ANTIMO
- 3 Abril 1964..... SR. PBRO. VICTOR LIZARDE RODRIGUEZ
- 5 Abril 1968..... SR. DIACONO JUAN GUILLEN RODRIGUEZ
1936..... SR. PBRO. VICENTE GUTIERREZ PADILLA
- 6 Abril 1966..... SR. PBRO. MIGUEL DELGADO CEDILLO
1967..... SR. PBRO. SERGIO GUTIERREZ VAZQUEZ
1964..... SR. PBRO. GUILLERMO HUERTA MURO
- 7 Abril 1963..... SR. PBRO. J. GUADALUPE PRADO GUEVARA
- 9 Abril 1954..... SR. CURA FRANCISCO ESTRADA RIOS
1943..... SR. PBRO. JOSE HUGO OROZCO SANTOYO
- 16 Abril 1962..... SR. PBRO. RODOLFO MORALES PEDROZA
- 17 Abril 1946..... SR. PBRO. MIGUEL AGUIRRE SANCHEZ
1963..... SR. PBRO. JOSE ANTONIO ANGEL GONZALEZ
1929..... SR. PBRO. ELIAS SANCHEZ GARCIA
- 19 Abril 1955..... SR. CURA GERARDO OROZCO ALCALA
- 20 Abril 1972..... SR. DIACONO JAIME JAUREGUI DELGADILLO
1949..... SR. CURA J. JESUS MELANO GONZALEZ
- 21 Abril 1964..... SR. PBRO. GONZALO OLIVA HERNANDEZ
1974..... SR. DIACONO ELIAS PEREZ MARTINEZ
1964..... SR. PBRO. J. JESUS ROCHA RAMOS
1969..... SR. PBRO. LUIS ENRIQUE SOTELO BARRERA
- 25 Abril 1922..... SR. PBRO. ANASTACIO AGUAYO ZARAGOZA
1961..... SR. PBRO. RAUL HERNANDEZ HERNANDEZ
- 27 Abril 1970..... SR. DIACONO FELIPE HERNANDEZ ALCALA

ANIVERSARIOS DE DEFUNCION

- 3 abril 1978..... SR. PBRO. ATANACIO TORRES NAVARRO
- 10 abril 1976..... SR. CANGO. MANUEL FLORES FLORES
- 14 abril 1994..... SR. PBRO. IGNACIO NUÑO SÁNCHEZ
- 15 abril 1975..... SR. PBRO. CANDELARIO MATA
- 16 abril 1996..... SR. CURA RAYMUNDO MALDONADO CERVANTES
- 23 abril 1988..... SR. PBRO. GERARDO M. ELIZONDO
1988..... SR. PBRO. GERARDO MAGDALENO
- 25 abril 1987..... SR. OBISPO D. JOSÉ LÓPEZ LARA

ABRIL

ANIVERSARIOS DE ORDENACION

- 2 Abril 1949 ... SR. PBRO. MANUEL DIAZ DIAZ
1949 ... SR. PBRO. IGNACIO MONTOYA MALACARA
1949 ... SR. PBRO. AGUSTIN SORIA DELGADO
- 5 Abril 1947 ... SR. PBRO. FRANCISCO JIMENEZ GUTIERREZ
- 6 Abril 1957 ... SR. CANGO. J. GUADALUPE BECERRA BARAJAS
1957 ... SR. PBRO. ADOLFO GARCIA RIZO
1957 ... SR. PBRO. AGUSTIN MONTES SEGURA
- 7 Abril 1928 ... SR. CANGO. IGNACIO GUTIERREZ DE LA TORRE
- 8 Abril 1989 ... SR. CURA JUAN CASILLAS PLASCENCIA
1989 ... SR. PBRO. ALFREDO GARCIA GUZMAN
1989 ... SR. PBRO. MANUEL MARTIN ALCALA
1989 ... SR. CURA JOSE GUADALUPE VAZQUEZ GONZALEZ
- 10 Abril 1977 ... SR. PBRO. LUIS GUTIERREZ VELAZQUEZ
- 12 Abril 1971 ... SR. PBRO. VICENTE GUTIERREZ PADILLA
1941 ... SR. CANGO. LUIS NAVARRO ROMERO
- 14 Abril 1974 ... SR. PBRO. FELIPE DE JESUS RODRIGUEZ VELAZQUEZ
- 15 Abril 1979 ... SR. CURA MIGUEL CHAVEZ GONZALEZ
1979 ... SR. CURA SALVADOR GONZALEZ RUIZ
1979 ... SR. PBRO. HELIODORO GUILLEN DELGADILLO
1979 ... SR. CURA JUAN MANUEL OROZCO BARBA
1979 ... SR. CURA PEDRO VAZQUEZ VILLALOBOS
- 16 Abril 1974 ... SR. CURA JOSE LUIS MUÑOZ DIAZ
- 17 Abril 1971 ... SR. CURA J. GUADALUPE RODRIGUEZ RUIZ
- 19 Abril 1997 ... SR. PBRO. JESUS MA. AGUIÑAGA FERNANDEZ
1997 ... SR. PBRO. FILEMON DIAZ SANCHEZ
Abril 1997 ... SR. PBRO. JOSE RAMON FLORES CONTRERAS
1997 ... SR. PBRO. EFRAIN FLORIDO ANTIMO
1997 ... SR. PBRO. ERMINIO GOMEZ GONZALEZ
1997 ... SR. PBRO. ANDRES GONZALEZ GONZALEZ
1997 ... SR. PBRO. JOEL HERNANDEZ DIAZ
1997 ... SR. PBRO. CARLOS ROCHA HERNANDEZ
- 20 Abril 1991 ... SR. PBRO. MIGUEL ARIZAGA OCEGUEDA
1991 ... SR. PBRO. PASCUAL AVELAR MARQUEZ
1991 ... SR. PBRO. JOSE LUIS DELGADO CARRION
1991 ... SR. CURA SANTIAGO LOPEZ VAZQUEZ
1946 ... SR. PBRO. FELICIANO MACIAS MENDOZA
1991 ... SR. CURA RAMON MAGAÑA CUIEL
1991 ... SR. PBRO. TARCISIO MARTIN MARTIN
1991 ... SR. PBRO. J. GUADALUPE PRADO GUEVARA
1991 ... SR. PBRO. JAVIER RODRIGUEZ OROZCO
- 22 Abril 1947 ... SR. PBRO. JOSE INES RODRIGUEZ SANCHEZ
- 23 Abril 1983 ... SR. PBRO. J. JESUS ARELLANO HERNANDEZ
1983 ... SR. CURA JUAN ROBERTO CHAVEZ BOTELLO
1983 ... SR. PBRO. FRANCISCO ESCOBAR MIRELES
1983 ... SR. CURA RAUL GOMEZ GONZALEZ
1983 ... SR. CURA ESPIRIDION GUTIERREZ LIMON
1983 ... SR. CURA RAMON PEREZ MATA
1983 ... SR. CURA RAFAEL VILLALOBOS ORTEGA
1994 ... SR. PBRO. AGUSTIN ACEVES HERNANDEZ
1994 ... SR. PBRO. JOSE ANTONIO ANGEL GONZALEZ
1994 ... SR. PBRO. IGNACIO BARBA PALOS
1994 ... SR. PBRO. ALBERTO ESCOBAR GOMEZ
1994 ... SR. PBRO. LUIS FLORES VILLA
1994 ... SR. PBRO. JUAN DE JESUS FUENTES HERNANDEZ
1994 ... SR. PBRO. RAUL HERNANDEZ HERNANDEZ
1994 ... SR. PBRO. CELEDONIO MARTINEZ SOTELO
1994 ... SR. PBRO. RODOLFO MORALES PEDROZA
1994 ... SR. PBRO. LUIS TORRES GONZALEZ
1994 ... SR. PBRO. MARTIN VAZQUEZ MUÑOZ
1994 ... SR. PBRO. ALBERTO VILLASEÑOR JIMENEZ
- 24 Abril 1943 ... SR. PBRO. JUAN PEREZ GALLEGOS
- 27 Abril 1996 ... SR. PBRO. LEOPOLDO ANAYA MORENO
1996 ... SR. PBRO. JUAN FRANCISCO GARCIA FLORES
1996 ... SR. PBRO. JUAN CARLOS GONZALEZ OROZCO
1996 ... SR. PBRO. VICTOR LOPEZ ARRAÑAGA
1996 ... SR. PBRO. FRANCISCO JAVIER MACIEL ESTRADA
1996 ... SR. PBRO. TRINIDAD ANTONIO MARQUEZ GUERRERO
1996 ... SR. PBRO. MIGUEL ANGEL PADILLA GARCIA
1996 ... SR. PBRO. ANTONIO RAMIREZ MARQUEZ
1996 ... SR. PBRO. MAURO SAMUEL RODRIGUEZ GARCIA
1996 ... SR. PBRO. RAUL RODRIGUEZ HERNANDEZ
1996 ... SR. PBRO. JOSE RODRIGUEZ PARADA
1996 ... SR. PBRO. ANDRES SAINZ MARQUEZ
1996 ... SR. PBRO. JUAN JOSE SALDAÑA VALADEZ
1996 ... SR. PBRO. JUAN TAVARES RAMIREZ
- 28 Abril 1990 ... SR. PBRO. ANTONIO CAMARENA VALADEZ
1990 ... SR. CURA MIGUEL FRANCO GONZALEZ
1990 ... SR. PBRO. JUAN MARTIN GONZALEZ DAVALOS
1990 ... SR. PBRO. GABRIEL GONZALEZ PEREZ
1990 ... SR. PBRO. FRANCISCO GUTIERREZ VAZQUEZ
1990 ... SR. PBRO. GERARDO JIMENEZ MORONES
1990 ... SR. PBRO. MIGUEL MARTIN RIOS
1990 ... SR. PBRO. JOSE BRIGIDO PEREZ GUTIERREZ

AGENDA DE ABRIL 1999

J. 1 **JUEVES SANTO.**

J. 1-4 Jornadas de Vida Cristiana. *Arandas.*

V. 2 **VIERNES SANTO.**

S. 3 **SABADO SANTO.**

D. 4 **DOMINGO DE RESURRECCION.** Termina en toda la Diócesis la Campaña de la Caridad.

L. 5 Reunión Decanato Arandas. *Divina Providencia, Arandas.* Pastoral Social.

J. 8 Reunión Decanato Lagos. *San Francisco Javier.* Convivencia de Pascua.

L. 12 Reunión Decanato Yahualica. Paseo.

Reunión Decanato San Julián. *Unión de San Antonio.* Campesinos y M.C.S.

Reunión Decanato Tepatitlán. *San José.* Pastoral Social, Migrantes y Religiosidad Popular.

Reunión Decanato Capilla de Guadalupe. *San Ignacio.* Catecismo de la Iglesia Católica.

Reunión Decanato Atotonilco. *S. Miguel Arcángel.* Parroquia, comunidad evangelizadora.

Reunión Decanato San Juan. *San Sebastián.* Intercambio entre los equipos de prioridades.

M^a. 13 Convivencia Equipo Diocesano de Liturgia. *San Juan.*

Reunión Equipo Diocesano de Pastoral Urbana. Problemática de las ciudades. Casa de Ejercicios de Tepatitlán.

Fiesta Patronal. *Capellanía San Antonio (Tepatitlán), San Antonio*

V. 16-17 **REUNION DEL CONSEJO DIOCESANO DE PASTORAL.** Preparar Asambleas Parroquiales. Casa Juan Pablo II. *San Juan.*

M^a. 20 a 12 de Mayo Visita de la Imagen Peregrina Ntra. Sra. de San Juan al Decanato de Yahualica.

Mⁱ. 21 Reunión Equipo Diocesano de Campesinos. Preparar Tianguis y Semana del Campesino. *Tepatitlán.*

J. 22 Reunión Equipo Diocesano de Medios de Comunicación Social. *Ayotlán.* Afinar Día del Comunicador.

S. 24 **ORDENACIONES SACERDOTALES.** Seminario. *San Juan.*

Reunión del Equipo de Pastoral Juvenil. Organizar convivencia Pre-Pentecostés. *Jesús María.*

D. 25 Concurso Vocacional (Canción). Casa Juan Pablo II. *San Juan.*

L. 26-28 Equipo Diocesano de Pobres. Encuentro de papás. Albergues. *San Juan.*

J. 30 Decanato Tepatitlán: Santuario del Sr. de la Misericordia. Celebración-Convivencia. Fiesta Patronal. *Capellanía Sr: de la Misericordia (Tepatitlán) Sr. de la Misericordia*

Oración a Nuestra Señora de Guadalupe

¡**D**h Madre! tú conoces los caminos que siguieron los primeros evangelizadores del Nuevo Mundo, desde la isla Guanahaní y La Española hasta las selvas del Amazonas y las cumbres andinas, llegando hasta la tierra del Fuego en el Sur y los grandes lagos y montañas del Norte. Acompaña a la Iglesia que desarrolla su labor en las naciones americanas, para que sea siempre evangelizadora y renueve su espíritu misionero. Alienta a todos aquellos que dedican su vida a la causa de Jesús y a la extensión de su Reino.

¡**D**h dulce Señora del Tepeyac, Madre de Guadalupe! Te presentamos esta multitud incontable de fieles que rezan a Dios en América. Tú que has entrado dentro de su corazón, visita y conforta los hogares, las parroquias y las diócesis de todo el Continente. Haz que las familias cristianas eduquen ejemplarmente a sus hijos en la fe de la Iglesia y en el amor del Evangelio, para que sean semillero de vocaciones apostólicas. Vuelve hoy tu mirada sobre los jóvenes y anímalos a caminar con Jesucristo.

¡**D**h Señora y Madre de América! Confirma la fe de nuestros hermanos y hermanas laicos, para que en todos los campos de la vida social, profesional, cultural y política actúen de acuerdo con la verdad y la ley nueva que Jesús ha traído a la humanidad. Mira propiamente la angustia de cuantos padecen hambre, soledad, marginación o ignorancia. Haznos reconocer en ellos a tus hijos predilectos y danos el ímpetu de la caridad para ayudarlos en sus necesidades.

¡**V**irgen Santa de Guadalupe, Reina de la Paz! Salva a las naciones y a los pueblos del Continente. Haz que todos, gobernantes y ciudadanos, aprendan a vivir en la auténtica libertad, actuando según las exigencias de la justicia y el respeto de los derechos humanos, para que así se consolide definitivamente la paz.

¡**P**ara ti, Señora de Guadalupe, Madre de Jesús y Madre nuestra, todo el cariño, honor, gloria y alabanza continua de tus hijos e hijas americanos! Amén.